TÁCTICAS REVOLUCIONARIAS

MIGUEL BAKUNIN

TÁCTICAS REVOLUCIONARIAS

UTOPÍA LIBERTARIA

Miguel, Bakunin
Tácticas revolucionarias
Titulo de la obra en inglés:
The Political Philosophy of Bakunin
Editada por The Free Press of Glenco,
Macmillan Company
12,5 x 20 cm - 120 p (Utopía libertaria)
1° ed. - Buenos Aires
ISBN 987-987-617-171-7

Agradecemos a *Editorial Proyección* por la posibilidad de editar este libro.

Edición: Teodoro Boot

Av. Mayo 1110
1085, Buenos Aires
Tel: (54-11) 4382-3592 / www.terramarediciones.com.ar

Traducción: Mario Raúl Dos Santos

Armado y diseño de tapa: Julieta Leo

Revisión y corrección: Raúl Blanco

ISBN 978-987-617-171-7

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina/ Printed in Argentina

Miguel Bakunin

Miguel Alejandrovich Bakunin nació en mayo de 1814 en la aldea de Priamújino, distrito do Toryok, provincia de Tver. Su padre, que había seguido la carrera diplomática, vivió en su juventud en Florencia y en Nápoles, pues era agregado de embajada; después volvió a establecerse en su dominio patrimonial, donde se casó a la edad de cuarenta años con una muchacha de dieciocho, perteneciente a la familia Muravief. De ideas liberales, se había afiliado a una de las asociaciones de los "decabristas", pero después del advenimiento de Nicolás I, desanimado, un tanto escéptico, no pensó sino en cultivar, su tierra y en educar a sus hijos. Miguel era el mayor de ellos y tenía cinco hermanos y cinco hermanas. Hacia los quince años, el joven Miguel entró en la Escuela de Artillería de Petersburgo y paso allí tres años; después fue enviado como alférez a un regimiento de guarnición en la provincia de Minsk.

Esto ocurría poco después de ser sofocada la insurrección polaca; el espectáculo de la Polonia aterrorizada obró poderosamente en el corazón del joven oficial y contribuyó a inspirarle horror al despotismo. Al cabo de dos años renunció a la carrera militar y, luego de presentar su dimisión (1834), se marchó a Moscú. En esta ciudad vivió los seis años siguientes, a excepción de algunas temporadas –durante el verano– que pasó en la morada paterna. En Moscú se dedicó al estudio de la filosofía. Después de los enciclopedistas franceses, se entusiasmó –lo mismo que sus amigos Nicolás Stankevitch y Belinsky– con Fichte, de quien tradujo (1836) las *Vorlesungen caber die-Bestimmung des Gelehrten*. Llegó enseguida a Hegel, que por entonces dominaba el pensamiento alemán. El joven Bakunin se hizo un convencido del sistema hegeliano y se dejó deslumbrar momentáneamente por la idea de que "Todo lo que es real es racional", por la que se justifica la existencia de todos los gobiernos. En 1839,

Alejandro Herzen y Nicolás Ogarev –desterrados desde hacía algunos años– volvieron a Moscú y se encontraron con Bakunin, pero en ese momento sus ideas eran demasiado diferentes para que pudiesen entenderse.

En 1840, a los veintiséis años, se trasladó a Petersburgo y de allí a Berlín, con la intención de estudiar el movimiento filosófico alemán, pues pensaba consagrarse a la enseñanza y tal vez ocupar un día una cátedra de historia o de filosofía en Moscú.

Cuando Nicolás Stankevitch murió ese mismo año en Italia, Bakunin admitía aún la creencia en la inmortalidad del alma como una doctrina necesaria (carta a Herzen del 23 de octubre de 1840). Pero había llegado el momento de su evolución intelectual y de que la filosofía de Hegel se transformara para él en una teoría revolucionaria. Ya Ludwig Feuerbach había sacado del hegelianismo, en el dominio religioso, sus consecuencias lógicas; Bakunin haría otro tanto en el dominio político y social. En 1842, dejó Berlín y se radicó en Dresde, donde se unió con Arnold Ruge, que publicaba allí los *Deutsche Jahrbücher*; fue en esa revista donde Bakunin publicó, bajo el seudónimo de "Julio Elysard", un trabajo de conclusiones revolucionarias.

El artículo fue titulado "La reacción en Alemania fragmento, por un francés", y terminaba con estos párrafos, el último de los cuales se hizo célebre: "Confiemos, pues, en el espíritu eterno, que no destruye y no aniquila más que porque es la fuente insondable y eternamente creadora de toda la vida. El deseo de la destrucción es al mismo tiempo un deseo creador". Herzen, creyendo en un primer momento que el artículo era realmente obra de un francés, escribió en su diario después de haberlo leído: "Es un llamado poderoso, firme, triunfante del partido democrático... El artículo es, desde el principio al fin, de un gran alcance. Si los franceses comienzan a popularizar la ciencia alemana –los que la comprenden, se entiende–, la gran fase de la acción va a iniciarse". El poeta Jorge Herwehg –autor ya ilustre de las *Gedichteeines Leben*–, estando en Dresde, se alojó en casa de Bakunin, con el cual trabó íntima amistad. Fue también en Dresde donde Miguel Alejandrovich conoció al músico Adolf Reichel, que se convirtió en uno de sus más fieles amigos. Una carta escrita a Ruge desde la isla de San Pedro (lago de Vienne), en mayo de 1843 (publicada en París en 1844 en los *Deutschfranzösische Jahrbücher*, termina con este vehemente

apóstrofe: "¡Es aquí donde comienza el combate y tan fuerte es nuestra causa que nosotros –sólo algunos hombres dispersos y con las manos atadas– con nuestro grito de guerra inspiraremos espanto a sus miríadas! Adelante, bravamente! Quiero romper vuestras; ligaduras –¡ah germanos que deseáis haceros griegos!– yo, el escita. Enviadme vuestras obras; las haré imprimir en la isla de Rousseau, y con letras de fuego escribiré una vez más en la historia: ¡Muerte a los persas!"

En Suiza, Bakunin conoció a los comunistas alemanes, agrupados alrededor de Weitling; pasó el invierno de 1843-44 en Berna, donde se relacionó con la familia Vogt. Uno de los cuatro hermanos Vogt, Adolfo (más tarde profesor en la facultad de Medicina de la Universidad de Berna), se hizo su amigo íntimo. Pero, inquietado por la policía suiza y requerido por la embajada rusa, Bakunin dejó Berna en febrero de 1844, se dirigió a Bruselas y de allí a París, donde permanecería hasta diciembre de 1847.

En París, adonde llegó con su fiel amigo Reichel, encontró a Herwregh y a su mujer (Emma Siegmund). Conoció a Carlos Marx, quien, llegado a París en 1843, fue en principio colaborador de Arnold Ruge, pero pronto lo abandonó para comenzar con Engels la elaboración de una doctrina especial. Bakunin se relacionó con Proudhon, a quien veía frecuentemente; coincidentes en ciertos puntos esenciales y distanciados en otros, se trababan en discusiones que se prolongaban noches enteras. Conoció también a George Sand, de quien admiraba el talento y que por entonces tenía influencias de Pierre Leroux. Los años de París fueron los más fecundos para el desarrollo espiritual de Miguel Bakunin; fue entonces cuando esbozó las ideas que habían de constituir luego su programa revolucionario. Pero estaban todavía mal desbrozadas sobre más de un punto y mezcladas con un recto de idealismo metafísico del que no se desembarazaría por completo sino más tarde.

Ha sido él mismo quien caracterizó sus relaciones con Marx y con Proudhon en esa época:

"Marx –ha escrito en 1871 (manuscrito francés)– estaba mucho más adelantado que yo, como lo está aún hoy; no más adelantado, sino que era incomparablemente más sabio. Yo no sabía entonces nada de la economía política, no me había deshecho todavía de las abstracciones metafísicas, y mi

socialismo no era más que de instinto. Él, aunque más joven que yo, era ya un ateo, un sabio materialista y un socialista consciente. Fue precisamente en esa época cuando elaboró los primeros fundamentos de su sistema actual. Nos vimos bastante a menudo, pues yo lo respetaba mucho por su ciencia y por su abnegación apasionada y seria –aunque siempre mezclada con la vanidad personal– hacia la causa del proletariado, y yo buscaba con avidez su conversación siempre instructiva y espiritual cuando no se inspiraba en mezquinos odios, lo que sucedía demasiado a menudo. Nunca, por consiguiente, hubo intimidad franca entre nosotros. Nuestros temperamentos no lo permitían. Él me llamaba idealista y sentimental y tenía razón."

En cuanto a Engels, Bakunin lo ha caracterizado así en un pasaje en que habla de la sociedad secreta fundada por Marx (*Gosudarstvennost i Anarkhia* 1874, pág.224): "Hacia 1845, Marx se ha puesto a la cabeza de los comunistas alemanes y poco después –con M. Engels, su amigo constante, tan inteligente como él, aunque menos erudito, pero en cambio más práctico y no menos dotado para la calumnia política, la mentira y la intriga– ha fundado una sociedad secreta de comunistas alemanes o de socialistas autoritarios".

He aquí lo que dice de Proudhon en un manuscrito francés de 1870: "Proudhon, a pesar de todos los esfuerzos que ha hecho por sacudir las tradiciones del idealismo clásico, no por eso ha dejado de ser, toda su vida, un idealista incorregible –inspirándose, como lo dijo dos meses antes de su muerte, ya en la Biblia, ya en el derecho romano– y metafísico hasta el extremo. Su gran desgracia es no haber estudiado nunca las ciencias naturales y no haber, por lo tanto, adoptado su método. Tuvo instintos de genio que le permitieron entrever el camino justo, pero, arrastrado por sus malos hábitos idealistas, volvió a caer siempre en los viejos errores, los que han hecho de él una contradicción perpetua: un genio vigoroso, un pensador revolucionario, pero enfrentado siempre con los fantasmas del idealismo, a los que no llegó jamás a vencer".

"Marx, como pensador, está en el buen camino. Ha establecido como principio que todas las soluciones jurídicas en la historia son no las causas sino los efectos de las evoluciones económicas. Es éste un grande y fecundo pensamiento que no ha inventado absolutamente nada: ha ido entrevisto, expresado en parte por muchos otros antes que él; pero, en fin, a él le pertenece el honor de haberlo establecido sólidamente y de haberlo planteado como base de todo su sistema económico. Por otra parte, Proudhon había comprendido y sentido la libertad mucho más que él. Proudhon, cuando no hacía doctrina metafísica, tenía el instinto del revolucionario: adoraba a Satanás y proclamaba la anarquía. Es muy posible que Marx pueda elevarse teóricamente a un sistema todavía más racional de la libertad que Proudhon, pero carece del instinto de la libertad. Es, de pies a cabeza, un autoritario..."

En 1847, Bakunin recibió en París a Herzen y a Ogarev, que habían dejado Rusia para vivir en Occidente; también a Belinsky –entonces en toda la madurez de su talento–, quien moriría al año siguiente.

Como consecuencia de un discurso pronunciado el 29 de noviembre de 1847, en conmemoración de la insurrección polaca de 1830, Bakunin fue expulsado de Francia a pedido de la embajada rusa. Para tratar de restarle las simpatías que se habían manifestado tan pronto a su alrededor, el representante de Rusia en París, Kisselev, hizo correr el rumor de que Bakunin había estado al servicio de la embajada, que lo había empleado, pero que se veía obligada a desembarazarse de él por haber ido demasiado lejos (carta de Bakunin a Fanelli, 29 de mayo de 1867). El conde Duchatel, ministro del Interior, interpelado en la Cámara de los Pares, se atrincheró tras calculadas reticencias para dar aliento a la calumnia imaginada por Kisselev y que tendría pronto gran repercusión. Bakunin marchó a Bruselas, donde vivía Marx, expulsado también de Francia desde 1845, y desde allí escribió a su amigo Herwehg: "Los alemanes Bornstedt, Marx y Engels –Marx sobre todo– hacen aquí su mal habitual: vanidad, malevolencia, chismes, fanfarronería en teoría y pusilanimidad en la práctica –disertaciones sobre la vida, la acción y la sencillez, y ausencia completa de vida, de acción y de sencillez–, coqueterías repugnantes con los obreros más instruidos y locuaces. Según ellos, Feuerbach es un burgués, y el epíteto de burgués es repetido hasta la saciedad por gentes que no son de pies a cabeza más que burgueses de ciudad provinciana; en una palabra, tontería y mentira, mentira y tontería. En una sociedad semejante no hay medio de respirar libremente. Me mantengo alejado de ellos y he declarado claramente que no iré a su *Kommunistischer Handwerkerverein*, y que no quisiera tener nada que ver con esa sociedad".

La revolución del 24 de febrero reabrió a Bakunin las puertas de Francia. Se apresuró a volver a París, pero pronto los acontecimientos de Viena y de Berlín lo decidieron a partir para Alemania (abril), desde donde esperaba poder tomar parte en los movimientos insurreccionales de Polonia. Pasó por Colonia, donde Marx y Engels iban a comenzar la publicación de la *Neue Rheinische Zeitung*; era el momento en que la legión democrática alemana de París, que acompañaba a Herwegh, acababa de hacer en el gran ducado de Bade una tentativa insurreccional que concluyó en un lamentable fracaso. Marx atacó violentamente a Herwegh por este motivo; Bakunin tomó la defensa de su amigo, lo que lo llevó a una ruptura con Marx. Escribió más tarde (manuscrito francés de 1871): "En esta cuestión, pienso hoy y lo digo francamente, eran Marx y Engels los que tenían razón: juzgaban mejor la situación general. Atacaron a Herwegh con el descaro que caracterizaba sus ataques y yo lo defendí con calor, personalmente, contra ellos, en Colonia. De ahí procede nuestra discordia."

Se dirigió luego a Berlín y a Breslau y de allí a Praga, donde trató inútilmente de hacer propaganda democrática y revolucionaria en el congreso eslavo (junio), y donde tomó parte en el movimiento insurreccional duramente reprimido por Windischgratz; después volvió a Breslau. Durante su permanencia en esta ciudad, la *Neue Rheinische Zeitung* publicó (6 de julio) una carta fechada en París cuyo autor decía: "A propósito de la propaganda eslava, se nos ha afirmado ayer que George Sand posee documentos que comprometen profundamente al ruso expulsado de aquí, Miguel Bakunin, y lo presentan como instrumento o agente de Rusia, nuevamente enrolado, al cual se atribuye la parte principal del reciente arresto de los desgraciados polacos. George Sand ha mostrado esos papeles a algunos de sus amigos." Bakunin protestó inmediatamente contra esa infame calumnia con una carta que público el *Allgemeine Oder Zeitung* de Breslau (carta que la *Neue Rheinische Zeitungre* reprodujo el 16 de julio), y escribió a Mme. George Sand pidiéndole que se explicara sobre el uso que había hecho de su nombre. George Sand respondió con una carta al redactor de la *Neue Rheinische Zeitung*, fechada en la Chatre (Indre) el 20 de julio de 1848, en la que decía: "Los hechos comunicados por su corresponsal son completamente falsos. Yo no he poseído nunca la menor prueba de las insinuaciones que usted trata de acreditar contra M. Bakunin. No estuve, pues, nunca autorizada a expresar la menor duda sobre la lealtad de su carácter y la sinceridad de sus opiniones. Apelo a su honor y a su conciencia para la inserción de esta carta en su periódico." Marx insertó la carta y dio al mismo tiempo la siguiente explicación sobre la publicidad que había acordado a la calumnia de su corresponsal en París: "Hemos cumplido el deber de la prensa de ejercer sobre los hombres públicos una estricta vigilancia y hemos dado al mismo tiempo, por eso, a M. Bakunin la ocasión de disipar una sospecha que había sido verdaderamente emitida en ciertos círculos de París." Es inútil insistir sobre esta singular teoría, según la cual la prensa tendría el deber de acoger la calumnia y de publicarla, sin tomarse el trabajo de corroborarla con los hechos.

Al mes siguiente, Bakunin encontró a Marx en Berlín y tuvo lugar una reconciliación aparente. Bakunin escribió con este motivo en 1871 (manuscrito francés): "Los amigos comunes nos obligaron a abrazarnos. Y entonces, en medio de una conversación medio en serio, medio en broma, Marx me dijo: ¿Sabes tú que estoy a la cabeza de una sociedad comunista secreta tan bien disciplinada que si dijera a uno solo de sus miembros: *Vete a matar a Bakunin*, te mataría? Después de esta conversación no nos volvimos a ver hasta 1864."

La amenaza que Marx había hecho risueñamente a Bakunin en 1848 intentaría concretarla seriamente 24 años más tarde: cuando la oposición del anarquista revolucionario en la Internacional se hizo molesta para el dominio personal que Marx pretendía ejercer, éste intentó desembarazarse de él por medio de un verdadero asesinato moral.

Expulsado de Prusia y de Sajonia, Bakunin pasó el resto del año 1848 en el principado de Anhalt. Allí publicó en alemán su folleto *Aufrufan die Slaven, von sinemrussischen Patrioten, Michael Bakunin. Mitgles des Slavencongresses*.

En él desarrolla este programa: unión de los revolucionarios eslavos con los revolucionarios de las otras naciones –húngaros, alemanes, italianos– para la destrucción de las tres monarquías opresoras: Imperio de Rusia, Imperio de Hungría, Reino de Prusia; luego, libre federación de los pueblos eslavos emancipados. Marx creyó su deber combatir estas ideas; escribió en la *Neue Rheinische Zeitung* (14 de febrero de 1849): "Bakunin es nuestro amigo; esto no nos impedirá criticar su folleto."

Y formulaba así su punto de vista: "Aparte de los polacos, los rusos y quizá también los eslavos de Turquía, ningún pueblo eslavo tiene un porvenir, por la sencilla razón de que faltan a todos los otros eslavos las condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales de independencia y de vitalidad". Respecto de esta diferencia entre las ideas de Marx y las suyas en la cuestión eslava, Bakunin escribió (1871, manuscrito francés): "En 1848 nos encontramos enfrentados por nuestras opiniones, y debo decir que la razón estaba más de su parte que de la mía… Arrastrado por la embriaguez del movimiento revolucionario, yo estaba más interesado en el aspecto negativo que en el aspecto positivo de la revolución. Sin embargo, hubo un punto en que tuve razón. Como eslavo, yo quería la emancipación de la raza eslava del yugo de los alemanes y, como patriota alemán, Marx no admitía entonces, como no lo admite todavía hoy, el derecho de los eslavos a emanciparse del yugo de los alemanes, pensando hoy como entonces que los alemanes están llamados a civilizarlos, es decir, a germanizarlos por las buenas o por las malas".

En enero de 1849, Bakunin llegó secretamente a Leipzig. Allí, con un grupo de jóvenes checos de Praga, se dedicó a preparar una sublevación en Bohemia. A pesar de los avances de la reacción en Alemania y en Francia, todavía podía esperarse mucho, pues en más de un punto de Europa la revolución no había sido aún aplastada. Pío IX, expulsado de Roma, había dejado el puesto a la república romana, dirigida por el triunvirato Mazzini, Saffi y Armeilini, con Garibaldi como general. Venecia –nuevamente libre– sostenía contra los austriacos un sitio heroico; los húngaros, rebelados contra Austria y dirigidos por Kossuth, proclamaban la decadencia de la casa de los Habsburgo. Por esa época estalló en Dresde (3 de mayo de 1849) una sublevación popular provocada por la negativa del rey de Sajonia a aceptar la constitución del imperio alemán, votada por el Parlamento de Frankfurt. El rey huyó el día 4; fue instalado un gobierno provisorio (Heubner, Tzschirner y Todt) y los insurrectos permanecieron dueños de la ciudad durante cinco días. Bakunin, que había cambiado Leipzig por Dresde a mediados de abril, se convirtió en uno de los jefes rebeldes y contribuyó a tomar las más enérgicas medidas para la defensa de las barricadas contra las tropas prusianas. (El comandante militar fue primeramente el lugarteniente coronel Heinze; después, a partir del 8 de mayo, el joven tipógrafo Stephan Born, que había organizado el año precedente la primera asociación general de los obreros alemanes, la *Arbeiter-Verbriiderung*.) La estatura gigantesca de Bakunin y su condición de revolucionario ruso atrajeron particularmente la atención sobre él; se formó pronto una leyenda en torno de su persona; se atribuían a él solo los incendios provocados por la defensa. Fue –se escribió– "el alma verdadera de toda la revolución"; "ejerció un terrorismo que difundió el espanto"; actuó siempre ingeniosamente: aconsejó, para impedir a los prusianos tirar sobre las barricadas, colocar en ellas las obras maestras de la galería de arte.

El día 9 los insurrectos, retrocediendo ante la superioridad de las fuerzas enemigas, efectuaron su retirada sobre el Freiberg. Allí Bakunin intentó vanamente convencer a Born para que pasase, con los combatientes que le quedaban, al territorio de Bohemia para provocar en esa zona una nueva sublevación. Born rehusó y licenció a sus tropas. Entonces, viendo que ya no había nada que hacer, Heubner, Bakunin y el músico Ricardo Wagner se dirigieron a Chemnitz. Durante la noche del 9 al 10 de mayo, los burgueses armados arrestaron a Heubner y a Bakunin y los entregaron a los prusianos; Wagner, que se había refugiado en la casa de su hermana, logró escapar.

La conducta de Bakunin en Dresde fue la de un combatiente decidido y la de un jefe previsor. En una de sus cartas al *New York Daily Tribune* (número del 2 de octubre de 1852) –*On Revolution and Contrerevolution in Germany*–, Marx, a pesar de su hostilidad, reconoció el servicio prestado por Bakunin a la causa revolucionaria. Así escribió: "En Dresde la lucha se continuó durante cuatro días en las calles de la ciudad. Los tenderos de Dresde, la guardia comunal, no sólo no combatieron, sino que en varios casos favorecieron la acción de las tropas contra los insurrectos. Estos se componían casi exclusivamente de obreros de los distritos manufactureros circundantes. Encontraron un jefe capaz y de sangre fría en el refugiado ruso Miguel Bakunin."

Conducido a la fortaleza de Knigstein (Sajonia), Bakunin, después de largos meses de prisión, fue condenado a muerte el 14 de enero de 1850; en junio se le conmutó la pena por la de detención perpetua y, simultáneamente, fue entregado al gobierno de Austria, que lo reclamaba. Allí estuvo primero detenido en Praga y luego (marzo de 1851), en la ciudadela de

Olmütz, donde el 15 de mayo de ese mismo año fue condenado a la horca; pero nuevamente se le conmutó la pena por la de detención perpetua. En las prisiones austríacas, Bakunin fue tratado duramente: tenía hierros en los pies y en las manos, y en Olmütz, estuvo incluso encadenado por la cintura.

Austria lo entregó al gobierno ruso poco después de su condena. En Rusia fue encerrado en la fortaleza de Pedro y Pablo, en el "revellin de Alejo". Al principio de su cautiverio, por intermedio del conde Orlov, el zar le pidió una confesión escrita. Bakunin, pensando "que se encontraba en poder de un oso" y que, por los demás, "siendo todos sus actos conocidos, no tenía ningún secreto que revelar" (carta a Herzen, 8 de diciembre de 1860, Irkustk), se decidió a escribir. En su carta decía al zar: "Deseáis mi confesión, pero no debéis ignorar que el penitente no está obligado a confesar los pecados ajenos. Yo no tengo más que el honor y la conciencia de no haber traicionado a nadie que haya querido confiarse a mí, y es por esto que no os daré nombres". Cuando Nicolás tuvo la carta de Bakunin –cuenta Herzen, *(Obras póstumas*)–, dijo: "Es un buen muchacho, lleno de espíritu, pero es un hombre peligroso; es preciso guardarlo bien bajo cerrojos.

Al comenzar la guerra de Crimea, temiendo que la fortaleza de Pedro y Pablo pudiese ser bombardeada o tomada por los ingleses, se transfirió al prisionero a Schlüsselburg (1854). Allí enfermó de escorbuto y, como consecuencia, perdió todos sus dientes. He aquí lo que el autor de la presente nota escribió –al día siguiente de la muerte de Bakunin y de acuerdo con los relatos recogidos de labios de éste– sobre el último período de su cautiverio: "El atroz régimen de la prisión había destrozado completamente su estómago; al final, nos contó él mismo, había tomado asco a todos los alimentos, y se nutría exclusivamente de coles agrias picadas (*chitchi*). Pero si el cuerpo se debilitaba, el espíritu permanecía inflexible. Temía sobre todo una sola cosa: el encontrarse un día, por la acción debilitante de la prisión, en el estado de postración espiritual del que Silvio Pellico ofrece un ejemplo tan conocido; temía cesar de odiar, de sentir en su corazón el sentimiento de rebeldía que lo sostenía y de llegar a perdonar a sus verdugos y resignarse a su suerte. Pero este temor era superfluo; su energía no lo abandonó un solo día y salió de la prisión tal como había entrado. Nos ha contado también

que para distraerse en los largos hastíos de su soledad se complacía en repasar mentalmente la leyenda de Prometeo, el titán bienhechor de los hombres, encadenado por orden del zar del Olimpo a una roca del Cáucaso; pensaba dramatizarla y nosotros hemos retenido la melodía suave y quejumbrosa, compuesta por él, de memoria, de las ninfas del océano que iban a llevar sus consuelos a la víctima de las venganzas de Júpiter". (*Bulletin de la Federation Jurassienne de l'International*, suplemento al número del 9 de julio de 1870.)

A la muerte de Nicolás se esperaba que el cambio de gobierno aportara algún alivio a la situación del indomable revolucionario, pero fue el mismo Alejandro II quien borró con su propia mano el nombre de Bakunin de la lista de amnistiados. La madre del prisionero se presentó un mes más tarde al nuevo zar para suplicarle concediese gracia a su hijo, pero el autócrata respondió: "Sepa usted, señora, que mientras su hijo viva no podrá ser liberado". El cautiverio de Bakunin se prolongó aún dos años después de la muerte de Nicolás, pues Alejandro permanecía sordo a todos los ruegos que se le dirigían. Un día, el zar, teniendo en la mano la carta que Miguel Bakunin había escrito en 1851 a Nicolás, se dirigió al príncipe Gontcharov diciéndole. "¡Pero yo no veo el menor arrepentimiento en esta carta!". Finalmente, en 1857, Alejandro se dejó ablandar y consintió en trocar la condena perpetua por el destierro en Siberia.

Bakunin fue internado en Tomsk. Se casó hacia fines de 1858 con una joven polaca, Antonia Kwiatkowska, y poco después, por intervención de un pariente por la línea materna, Muraviev Amursky, gobernador de la Siberia oriental, pudo ir a residir a Irkutsk (marzo de 1859), donde empezó a trabajar en la compañía del Amour y más tarde en una empresa minera. Esperaba obtener pronto su libertad y volver a Rusia, pero Muraviev se había visto obligado a abandonar su puesto en vista de la oposición que le hacía la burocracia y Bakunin comprendió entonces que no le quedaba más que un medio: la evasión. Saliendo de Irkutsk (5/17 de julio de 1861) con el pretexto de un viaje de negocios y estudios autorizado por el gobierno como representante de un comerciante llamado Sabachniokov, llegó a Nicolaievsk (julio) y allí se embarcó en una unidad del Estado, el *Strelok*, yendo a De-Kastri, puerto situado más al sur. Después logró pasar sin despertar sospechas a un navío mercante, el Vikera, que lo condujo al Japón, a Hakodadi; de allí

pasó a Yokohama, luego a San Francisco (octubre) y a New York (noviembre) y el 27 de diciembre de 1861 llegó a Londres, donde fue recibido por Herzen y Ogarev.

Se pueden resumir rápidamente los seis primeros años del segundo refugio de Bakunin en Occidente.

Pronto comprendió que, a pesar de la amistad personal que lo unía a Herzen y a Ogarev, no podía asociarse a la acción política de la que *Kolokol* era el órgano. Expuso sus ideas en el curso del año 1861 en dos folletos rusos: "A los amigos rusos, polacos y a todos los amigos eslavos" y "La causa del pueblo, ¿Romanov, Pugatchev o Pestel?" Cuando estalló en 1863 la insurrección polaca trató de unirse a ella, pero la organización de una legión rusa fracasó; la expedición de Lapinski no pudo llegar a un resultado y Bakunin, que había ido a Estocolmo –donde se le reunió su mujer– con la esperanza de obtener una intervención sueca, debió regresar a Londres (octubre) sin haber conseguido su propósito. Se marchó entonces a Italia, desde donde hizo, a mediados de 1864, otro viaje a Suecia; regresó por Londres, donde volvió a ver a Marx, y por París, donde volvió a ver a Proudhon. Como consecuencia de la guerra de 1859 y de la heroica expedición de Garibaldi en 1860, Italia acababa de nacer a una vida nueva; Bakunin permaneció en ese país hasta el otoño de 1867, estableciéndose primero en Florencia y luego en Nápoles y sus alrededores. Había concebido el plan de una organización revolucionaria secreta con miras a la propaganda y, llegado el momento, decidida a la acción. Desde 1864 consiguió agrupar cierto número de italianos, franceses, escandinavos y eslavos en esa sociedad secreta, que se llamó *Fraternidad Internacional* o *Alianza de los revolucionarios socialistas*. En Italia, Bakunin y sus amigos se aplicaron sobre todo a luchar contra los mazzinianos, republicanos autoritarios y religiosos, que tenían por divisa *Dios y pueblo*; en Nápoles se fundó un periódico, *Libertá e Giustizia*, en el que Bakunin desarrollo su programa. En julio de 1866 participaba a Herzen y a Ogarev de la existencia de la sociedad secreta, a la que consagraba desde hacía dos años toda su actividad, y les comunicaba el programa, del que sus antiguos amigos, según él mismo, se escandalizaron mucho. En ese momento, la organización –según testimonio de Bakunin– tenía adherentes en Suecia, Noruega, Dinamarca, Inglaterra, Bélgica, Francia, España e Italia, y comprendía también polacos y rusos entre sus miembros.

En 1867, los demócratas burgueses de diversas naciones, principalmente los franceses y los alemanes, fundaron la "Liga de la paz y de la libertad" y convocaron a un congreso, en Ginebra, que tuvo mucha repercusión. Bakunin tenía aún algunas ilusiones respecto de los demócratas; fue a este congreso, donde pronunció un discurso, se hizo miembro del comité central de la Liga, estableció su residencia en Suiza, cerca de Vevey, y, durante el año que siguió, se esforzó por inclinar a sus colegas del comité en favor del socialismo revolucionario. En el segundo congreso de la Liga –en Berna (setiembre de 1868)– hizo, con algunos de sus amigos, miembros de la organización secreta en 1864 (Eliseo Reclus, Arístides Rey, Charles Keller, Victor Jaclard, Giuseppe Fanelli, Saverio Friscia, Nicolás Jukovsky, Valeriano Mroczkowsky y otros), una tentativa para que la Liga votara resoluciones francamente revolucionarias. Después de varios días de debate, los socialistas revolucionarios, encontrándose en minoría, declararon que se separaban de la Liga (25 de setiembre de 1868) y fundaron el mismo día, bajo el nombre de *Alianza internacional de la democracia socialista*, una asociación nueva, de la que Bakunin redactó el programa. Este programa, que resumía las concepciones a que su autor había llegado en el transcurso de una larga evolución comenzada en Alemania en 1842, decía entre otras cosas:

"La Alianza se declara atea; quiere la abolición definitiva y completa de las clases y la igualación política, económica y social de los individuos de ambos sexos; quiere que la tierra, los instrumentos de trabajo, como todo otro capital, convirtiéndose en propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales. Reconoce que todos los Estados políticos y autoritarios actualmente existentes, reduciéndose más y más a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, deberán desaparecer en la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas coma industriales."

Al constituirse, la *Alianza internacional de la democracia socialista* declaró que deseaba ingresar en la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la que aceptaba los estatutos generales.

Con fecha 1° de setiembre de 1868, había aparecido en Ginebra el primer número de un periódico ruso, *Naroanoe Dielo*, redactado

por Miguel Bakunin y Nicolás Jukovsky, Contenía un editorial titulado "Programa de la democracia socialista rusa", idéntico en el fondo al programa que adoptó algunos días después la *Alianza internacional de la democracia socialista*. Pero desde su segundo número el periódico cambió de redacción y pasó a manos de Nicolás Utin, que le imprimió una orientación totalmente diferente.

La Asociación Internacional de los Trabajadores había sido fundada en Londres el 23 de setiembre de 1864, pero su organización definitiva y la adopción de sus estatutos no databan más que de su primer congreso, celebrado en Ginebra del 3 al 8 de setiembre de 1866.

A su paso por Londres, en octubre de 1864, Bakunin, que no había vuelto a ver a Marx desde 1848, recibió la visita de éste. Marx acababa de explicarse con él sobre la calumnia acogida en 1848 por la *Neue Rheinische Zeitung* y que los periodistas alemanes habían vuelto a poner en circulación en 1853. Mazzini y Herzen habían tomado entonces la defensa del calumniado, encerrado en una fortaleza rusa; Marx, en esa ocasión, en el periódico inglés *Morning Advertiser*, había declarado una vez más que Bakunin era su amigo y, en 1864, se lo reiteró. Como consecuencia de esta conversación, Marx comprometió a Bakunin a unirse a la Internacional, pero éste, de regreso en Italia, prefirió consagrarse a la organización secreta de que he hablado ya. La Internacional en sus comienzos no estaba representada, fuera del Consejo General de Londres, más que por un grupo de obreros mutualistas de París, y nada hacía prever la importancia que más tarde adquiriría. Fue sólo después de su segundo congreso de Lausanne (setiembre de 1867), después de los dos procesos de París y de la gran huelga de Ginebra (1868) que la atención se dirigió seriamente hacia ella, convertida en una potencia de la que ya no se podía ignorar su influencia y su acción revolucionaria. En su tercer congreso en Bruselas (setiembre de 1868) se habían expuesto las ideas colectivistas en oposición al cooperativismo. Desde julio de 1868, Bakunin se hizo admitir como miembro de la sección de Ginebra, y desde su salida de la Liga de la Paz –en el Congreso de Berna– se radicó en Ginebra, para poder unirse activamente al movimiento obrero de esta ciudad.

Inmediatamente le dio un gran empuje a la organización y a la propaganda. Un viaje a España del socialista italiano Fanelli

tuvo por resultado la fundación de las secciones internacionales de Madrid y de Barcelona. Las secciones de la Suiza francesa se unieron en una federación que tomó el nombre de Federación Romanda y tuvo por órgano al periódico *L'Egalité*, creado en enero de 1869. Se emprendió una lucha tenaz contra los falsos socialistas que en el Jura suizo obstaculizaban el movimiento y se consiguió la adhesión de la mayoría de los obreros jurasianos al socialismo revolucionario. En varias ocasiones Bakunin fue al Jura para ayudar con su palabra a destruir lo que él llamaba "la reacción enmascarada en cooperación"; éste fue el origen de la amistad que contrajo con los militantes de esa región.

En Ginebra misma, un conflicto entre los obreros de la construcción –socialistas revolucionarios por instinto– y los obreros relojeros y joyeros –llamados de la "fábrica"–, que querían participar en las luchas electorales y aliarse a los políticos radicales, terminó por la influencia de Bakunin– que hizo en *L'Egalité* una campaña enérgica y expuso en una serie de notables artículos el programa "político de la Internacional"– con la victoria, desgraciadamente momentánea, del sector revolucionario. Las secciones de la Internacional en Francia, Bélgica y España, marchaban de acuerdo con las de la Suiza francesa y se podía prever que en el próximo congreso general de la Asociación el colectivismo reuniría la mayoría de los votos.

El consejo general de Londres no había querido admitir la *Alianza internacional de la democracia socialista* como una rama de la Internacional porque la nueva sociedad constituía un segundo cuerpo internacional y porque presumía que su presencia en la Internacional sería causa de desorden. Uno de los motivos que movió a esta decisión fue la malevolencia de Marx contra Bakunin, en quien el ilustre comunista alemán creía ver un "intrigante" que quería 'trastornar la Internacional y transformarla en su instrumento". Pero, independientemente de los sentimientos personales de Marx, era razonable pensar que la creación de una segunda organización, paralela a la Internacional, era una idea poco feliz, y así lo manifestaron a Bakunin sus amigos belgas y jurasianos. Él se rindió a estas razones y reconoció la justicia de la decisión del consejo general. En consecuencia, el buró central de la *Alianza*, después de haber consultado a los adherentes a esta organización, resolvió –de acuerdo con ellos– la disolución. El grupo local, que se había constituido en Ginebra, se transformó

en una simple sección de la Internacional y fue entonces admitido como tal por el consejo general (julio de 1869).

En el cuarto congreso general, en Bale (6-12 de setiembre de 1869), la casi unanimidad de los delegados de la Internacional se pronunció por la propiedad colectiva, pero se pudo constatar entonces que había entre ellos dos corrientes distintas: unos –alemanes, suizos alemanes, ingleses– eran comunistas de Estado; otros –belgas, franceses, suizos franceses, españoles– eran comunistas antiautoritarios o federalistas o anarquistas, que tomaron el nombre de colectivistas. Bakunin pertenecía, naturalmente, a esta segunda fracción, en la que se contaban, entre otros, el belga De Paepe y el parisiense Varlin.

La organización secreta fundada en 1864 se había disuelto en enero de 1869 como consecuencia de una crisis interna, pero muchos de sus miembros seguían relacionados entre sí y a ese pequeño grupo se habían añadido nuevos elementos suizos, españoles, franceses y el mismo Varlin. Se suponía que este libre contacto entre quienes se unían para la acción colectiva en una fraternidad revolucionaria daría más fuerza y cohesión al gran movimiento del que era expresión la Internacional.

En el verano de 1869 un amigo de Marx, Borkbein, reprodujo en el *Zukunftde Berlin* la vieja calumnia de que Bakunin era un "agente del gobierno ruso" y Liebknecht repitió esta afirmación en varias circunstancias. Encontrándose éste en Basilea con motivo del congreso, Bakunin lo invitó a explicarse ante un jurado de honor. Allí, el socialista sajón afirmó que no había acusado nunca a Bakunin, que sólo se había limitado a repetir versiones leídas en un diario. Por unanimidad, el jurado declaró que Liebknecht había obrado con ligereza culpable y remitió a Bakunin una declaración escrita y firmada por todos sus miembros. Liebknecht, reconociendo que había cometido un error, tendió la mano a Bakunin y éste, frente a todos, quemó la declaración del jurado y encendió con ella un cigarrillo.

Después del Congreso de Basilea, Bakunin se retiró a Locarno (Tessino). Esta decisión obedeció a motivos estrictamente privados: la necesidad de establecerse en un lugar donde le fuese posible vivir con pocos recursos y donde además pudiese entregarse con tranquilidad a los trabajos de traducción encargados por un editor de Petersburgo (se trataba, principalmente, de una traducción del primer volumen de *El capital*, de Marx,

aparecido en 1867). Pero al marcharse Bakunin de Ginebra, dejó desgraciadamente el campo libre a los intrigantes políticos, quienes asociándose a las maniobras de un emigrado ruso, Nicolas Utin –demasiado conocido por el triste papel que desempeñó en la Internacional, para que haya necesidad de caracterizarlo aquí–, lograron en algunos meses desorganizar la Internacional ginebrina, ocupar sus puestos directivos y apoderarse del periódico *L'Egalité*. Marx, a quien cegaban sus rencores y sus mezquinas envidias contra Bakunin, no se avergonzó de rebajarse a concertar una alianza con Utin y la camarilla de los políticos seudosocialistas de Ginebra, los hombres del "Templo Único", al mismo tiempo que por una "comunicación confidencial" (28 de marzo de 1870), enviada a sus amigos de Alemania, trataba de denigrar a Bakunin ante los demócratas socialistas alemanes, representándolo como un agente del partido paneslavista, del cual recibía –afirmaba Marx– veinticinco mil francos por año.

Las intrigas de Utin y de sus asociados ginebrinos lograron provocar una escisión en la Federación Romanda: ésta se dividió (abril de 1870) en dos fracciones, de las cuales una –de acuerdo con las Internacionales de Francia, Bélgica y de España– se había pronunciado por la política revolucionaria, declarando que "toda participación de la clase obrera en la política burguesa gubernamental no podía tener otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente". La otra fracción, en cambio, profesaba "la intervención política y las candidaturas obreras". El consejo general de Londres, así como los alemanes y los suizos alemanes, tomaron partido por la segunda de estas fracciones (fracción de Utin y del Templo Único), mientras que los franceses, los belgas y los españoles tomaban partido por la primera (fracción del Jura).

Bakunin estaba en ese momento absorbido por los asuntos rusos. En la primavera de 1869 había entrado ya en relaciones con Netchaiev; creía entonces en la posibilidad de organizar en Rusia una vasta sublevación de campesinos, como en tiempos de Stenka Ratkin: pues el aniversario, luego de dos siglos, del año de la gran revuelta (1869), parecía una coincidencia casi profética. Es entonces cuando escribió en ruso el manifiesto titulado "Algunas palabras a los jóvenes hermanos de Rusia", y el folleto *La ciencia y la causa revolucionaria actual*. Netchaiev había vuelto a Rusia, pero debió huir nuevamente después del arresto de casi todos sus amigos y de la destrucción de su organización.

Regresó a Suiza en enero de 1870.

Exigió a Bakunin que abandonase la traducción comenzada de *El capital* para consagrarse enteramente a la propaganda revolucionaria rusa; obtuvo de Ogarev –para el comité ruso que decía representar– la entrega que constituía el "fondo Bakhmetiev". Una parte de este dinero había sido ya confiada por Herzen el año precedente. Bakunin escribió el folleto en ruso *A los oficiales del ejército ruso* y, en francés, *El oso de Berna y el oso de San Petersburgo*. Hizo también aparecer algunos números de una nueva serie de *Kolokol* y desplegó durante muchos meses una gran actividad, pero acabó por comprender que Netchaiev sólo buscaba servirse de él como de un simple instrumento y que había recurrido a procedimientos jesuíticos para conseguir una verdadera dictadura personal. Después de una explicación decisiva que tuvo lugar en Ginebra en julio de 1870, rompió completamente con el joven revolucionario. Había sido víctima de su excesiva confianza y de la admiración que le había inspirado primeramente la energía salvaje de Netchaiev. "No es preciso decir –escribió Bakunin a Ogarev después de esta ruptura–, que nosotros hemos desempeñado un hermoso papel de idiotas. ¡Cómo se burlaría Herzen de ambos, si viviese, y con cuánta razón! Y bien, no hay ya más remedio que tragar está amarga píldora, que nos hará más circunspectos de aquí en adelante." (2 de agosto de 1870.)

En ese momento acababa de estallar la guerra entre Alemania y Francia y Bakunin seguía sus peripecias con un apasionado interés, "Tú no eres más que ruso –escribía el 11 de agosto a Ogarev–, mientras que yo soy internacional." A sus ojos, la derrota de Francia por la Alemania feudal y militar era el triunfo de la contrarrevolución y ésta no podía ser evitada más que llamando al pueblo francés a levantarse en masa, para rechazar al mismo tiempo al invasor extranjero y a los tiranos internos que lo tenían en la servidumbre económica y política. Escribió a sus amigos socialistas de Lyon:

"El movimiento patriótico de 1792 no es nada en comparación con el que debéis hacer vosotros ahora si queréis salvar a Francia. Por lo tanto, levantáos, amigos, al canto de La Marsellesa, que se convierte hoy otra vez en el canto legítimo de Francia, palpitante de actualidad, el canto de la libertad, el canto del pueblo, el canto de humanidad, porque la causa de Francia se ha convertido

otra vez en la causa de la humanidad obrando coma patriotas salvaremos en libertad universal ¡Ah, si fuese joven no escribiría cartas, estaría con vosotros!"

Un corresponsal del *Volksstaat* (el periódico de Licbknecht) había escrito que los obreros parisienses eran "indiferentes a la guerra actual". Bakunin se indignó de que pudiera suponérseles una empatía casi criminal y entonces escribió para demostrarles que no podían desinteresarse de la invasión alemana, que debían defender su libertad contra las bandas armadas del despotismo prusiano "¡Ah! –exclama– si Francia fuese invadida por un ejército de proletarios alemanes, ingleses, belgas, españoles, italianos, llevando en alto la bandera del socialismo revolucionario y anunciando al mundo la emancipación final de los trabajadores, hubiera sido el primero en gritar a los obreros franceses: «¡Abridles vuestros brazo, son vuestros hermanos, y uníos a ellos para barrer los restos podridos del mundo burgués!. Pero la invasión que deshonraba a Francia era una invasión aristocrática, monárquica y militar… Permaneciendo pasivos ante esa invasión, los obreros franceses no traicionarían sólo su propia libertad, traicionarían también la causa del proletariado del mundo entero, la causa sagrada del socialismo revolucionario."

Las ideas de Bakunin sobre la situación y sobre los medios necesarios para salvar a Francia y a la causa de la libertad fueron expuestas por él en un corto folleto, que apareció anónimamente, en setiembre, bajo el título de *Cartas a un francés sobre la crisis actual*.

El 9 de setiembre salió de Locarno para dirigirse a Lyon, donde llegó el día 15. Un "Comité de salvación de Francia", del que Bakunin fue el miembro más activo y más audaz, se había organizado en esos días para intentar una sublevación revolucionaria. El programa de este movimiento fue publicado el 26 de setiembre en un cartel rojo que llevaba las firmas de los delegados de Lyon, de Saint Etienne, de Tarare, de Marsella; Bakunin, aunque extranjero, no vaciló en añadir su firma a las de aquellos, a fin de compartir los riesgos y la responsabilidad. El cartel, después de haber declarado que "la máquina gubernamental del Estado, reducida a la impotencia, era abolida", y que "el pueblo de Francia entraba en posesión plena de sí mismo", proponía la formación, en todas las comunas federadas, de comités de salvación de Francia y el envío inmediato a Lyon de dos delegados de ese comité de cabecera de departamento "para formar la convención

revolucionaria de la salvación de Francia". Un movimiento popular puso el 28 de setiembre a los revolucionarios en posesión del ayuntamiento de Lyon, pero la traición del general Cluzeret y la cobardía de algunos en quienes el pueblo había puesto su confianza, hicieron fracasar esta tentativa. Bakunin –contra quien el procurador de la República, Andrieux, había lanzado una orden de arresto– logró huir a Marsella, donde se mantuvo algún tiempo oculto, tratando de preparar un nuevo movimiento. Durante este período, las autoridades francesas hicieron correr el rumor de que era un agente a sueldo de Prusia y de que el gobierno de la Defensa Nacional tenía la prueba. Por su parte, el *Volksstaat*, de Liebknecht, imprimía estas líneas a propósito del movimiento del 28 de setiembre y del programa del cartel rojo: "No se podría haber hecho mejor en la oficina berlinesa de prensa para servir a los designios de Bismarck".

El 24 de octubre, desalentado por la actitud de Francia, Bakunin salió de Marsella a bordo de un navío cuyo capitán era amigo de sus compañeros; pensaba volver a Locarno por Génova y Milán. En la víspera escribía a un socialista español, Sentiñon, que había ido a Francia con la esperanza de unirse al movimiento revolucionario: "El pueblo de Francia no es ya revolucionario. El militarismo y el burocratismo, la arrogancia nobiliaria y el jesuitismo protestante de los prusianos, aliados tiernamente al Knut de mi querido soberano y amo, el emperador de todas las Rusias, van a triunfar en Europa. Dios sabe durante cuántas decenas de años. ¡Adiós todos nuestros sueños de emancipación inmediata!". El movimiento que estalló en Marsella el 31 de octubre, siete días después de su partida, no hizo más que confirmar su juicio pesimista: la comuna revolucionaria, que se había instalado en el ayuntamiento ante la noticia de la capitulación de Bazaine, no pudo mantenerse más que cinco días y abdicó el 4 de noviembre ante el comisario Alfonso Gent, enviado por Gambetta.

Vuelto a Locarno, donde pasó el invierno en la soledad, luchando contra la penuria y la miseria, Bakunin escribió como continuación a las *Cartas a un francés* una exposición de la nueva situación de Europa, que apareció en la primavera de 1871 con el título de *El imperio Knuto-germánico y la revolución social*. La noticia de la insurrección parisiense del 8 de marzo vino a desbaratar una parte de sus sombríos pronósticos, demostrando que el proletariado parisiense había conservado, al menos, su

energía y su espíritu de rebeldía. Pero el heroísmo del pueblo de París resultaría impotente para despertar a Francia, agotada y vencida; las tentativas hechas en varias provincias para generalizar el movimiento comunalista fracasaron; los valerosos insurrectos parisienses fueron finalmente aplastados por la superioridad numérica de los enemigos, y Bakunin –que había ido (27 de abril) con sus amigos del Jura para encontrarse más cerca de la frontera francesa– debió volver a Locarno sin haber podido actuar (1° de junio). Pero esta vez no se dejó ganar por el desaliento. La Comuna de París, objeto de los odios furiosos de todas las reacciones coaligadas, había encendido una chispa de esperanza en el corazón de todos los explotados. El proletariado universal saludaba en el pueblo heroico, cuya sangre acababa de correr a torrentes por la emancipación humana, "al Satán moderno, al gran rebelde vencido, pero no pacificado", según la expresión de Bakunin. El patriota italiano Mazzini había unido su voz a las que maldecían a París y a la Internacional; Bakunin escribió la *Respuesta de un internacional a Mazzini*, que aparecía a la vez en italiano y en francés (agosto de 1871). Este escrito tuvo una inmensa repercusión en Italia y produjo en la juventud y en los obreros de ese país un movimiento de opinión que dio nacimiento, antes del fin de 1871, a numerosas secciones de la Internacional. Un segundo folleto, *La teología política de Mazzini y la Internacional*, acabó la obra comenzada, y Bakunin, que –por el envío de Fanelli a España– había sido el creador de la Internacional española, fue –por su polémica contra Mazzini en 1871– el creador de esa Internacional italiana que iba a lanzarse con tanto ardor a la lucha, no solamente contra la dominación de la burguesía sobre el proletariado sino también contra las tentativas de quienes quisieron, en ese momento, instaurar el principio de autoridad en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

La escisión, en la Federación Romanda –que hubiera podido terminarse por una reconciliación, si el consejo general de Londres lo hubiese querido y si su agente, Utin, hubiese sido menos pérfido– se había agravado y era ya inevitable. En agosto de 1870, Bakunin y tres de sus amigos fueron expulsados de la sección de Ginebra por manifestar su simpatía por los jurasianos. Poco después del fin de la guerra de

1870-71, los agentes de Marx fueron a Ginebra para reavivar las discordias. Los miembros de la sección de la Alianza creyeron dar una prueba de sus intenciones pacíficas resolviendo la disolución de su sección, pero el partido de Marx y de Utin no cesó. Una nueva sección –llamada de propaganda y de acción revolucionaria socialista–, constituida en Ginebra por los refugiados de la Comuna y en la que habían ingresado los antiguos miembros de la sección de la Alianza, vio rechazada su admisión por el consejo general. En lugar de un congreso general de la Internacional, el consejo general –dirigido por Marx y Engels– convocó en Londres, en setiembre de 1871, una conferencia secreta, compuesta casi exclusivamente por gente de confianza de Marx, y en la cual éste hizo tomar decisiones que destruían la autonomía de las federaciones y secciones de la Internacional, concediendo al consejo general una autoridad contraria a la establecida por los estatutos fundamentales de la Asociación. La conferencia pretendió al mismo tiempo organizar, bajo la dirección de ese consejo, lo que llamaba la "acción política de la clase obrera".

Había urgencia por no dejar absorber la Internacional –vasta federación de agrupaciones organizadas para luchar en el terreno económico contra la explotación capitalista– por una pequeña camarilla de sectarios marxistas y blanquistas. Las secciones del Jura, unidas a la sección de propaganda de Ginebra, se constituyeron el 12 de noviembre de 1871 en Federación Jurasiana y dirigieron a todas las federaciones de la Internacional una circular invitándolas a luchar para rechazar las usurpaciones del consejo general y para reivindicar enérgicamente su autonomía. "La sociedad futura –decía la circular– no debe ser otra cosa que la universalización de la organización que la Internacional se haya dado. Debemos preocuparnos por acercar lo más posible esta organización a nuestro ideal. ¿Cómo se espera que una sociedad igualitaria y libre surja de una organización autoritaria? Es imposible. La Internacional, embrión de la futura sociedad humana, debe ser desde ahora la imagen fiel de nuestros principios de libertad y de federación, y debe alejar de su seno todo principio tendiente a la autoridad y a la dictadura."

Bakunin acogió con entusiasmo la circular de Sonvillier y se dedicó activamente a propagar esos principios en las secciones

italianas. España, Bélgica, la mayor parte de las secciones reorganizadas en Francia (a pesar de la reacción versallesa) bajo la forma de grupos secretos, la mayoría de las secciones de Estados Unidos, se pronunciaron en el mismo sentido que la Federación Jurasiana y se pudo asegurar que la tentativa de Marx y de sus aliados para establecer su dominio en la Internacional pronto sería contrarrestada. La primera mitad del año 1872 fue signada por una circular confidencial del consejo general, obra de Marx, impresa coma folleto y titulada "Las pretendidas escisiones en la Internacional". En ella eran atacados y difamados los principales militantes del partido autonomista o federalista y todas las protestas que se habían levantado contra ciertos actos del consejo general aparecían como el resultado de una intriga tramada por los miembros de la antigua *Alianza internacional de la democracia socialista* que, bajo la dirección del "Papa misterioso de Locarno", trabajaban en la destrucción de la Internacional. Bakunin calificó esta circular como lo merecía, escribiendo a sus amigos: "La espada de Damocles con que se nos amenazó tanto tiempo acaba de caer por fin sobre nuestras cabezas. No es propiamente una espada, sino el arma habitual del señor Marx: un montón de basura".

Bakunin pasó el verano y el otoño de 1872 en Zurich, donde se fundó (en agosto) por su iniciativa una sección eslava –formada casi enteramente por estudiantes serbios y rusos– que adhirió a la federación jurasiana de la Internacional. En el mes de abril, desde Locarno, se había relacionado con algunos jóvenes rusos que residían en Suiza y los había organizado en un grupo secreto de acción y de propaganda. Entre los miembros de ese grupo, el militante más activo fue Armando Ross (Miguel Sajin) quien, íntimamente ligado a Bakunin desde el verano de 1870, fue hasta la primavera de 1876 el principal intermediario entre el gran agitador revolucionario y la juventud de Rusia. Es posible afirmar que a la propaganda hecha en ese momento por Bakunin se debió el impulso de los años siguientes, pues fue él quien lanzó la idea de que la juventud *debía ir al pueblo*. Sajin creó en Zurich una imprenta rusa que publicó en 1873, bajo el título de *Istoritchesko erazvitte Internatsionala*, una colección de artículos aparecidos en los periódicos socialistas belgas y suizos, con algunas notas explicativas de diversos autores, entre ellos un capítulo sobre la Alianza escrito por Bakunin y, en 1874,

de Bakunin solo, *Gosudarstoennost I Anarkhia*. Un conflicto con Pedro Lavrov y discusiones personales entre algunos miembros debían llevar a la disolución de la sección eslava de Zurich, en 1873.

Por entonces, el consejo general decidió convocar un congreso general para el 2 de setiembre de 1872, pero como sede de ese congreso eligió La Haya, para poder llevar allí más fácilmente desde Londres y en gran número, delegados provistos de mandatos complacientes o ficticios, totalmente adeptos a su política. De este modo, el acceso al congreso se hacía muy difícil a los representantes de las federaciones alejadas, e imposible a Bakunin. La federación italiana, nuevamente constituida, se abstuvo de enviar delegados; la federación española envió cuatro; la federación jurasiana, dos; la federación belga, siete; la federación holandesa, cuatro; la federación inglesa, cinco. Estos veintiúm delegados, únicos representantes verdaderos de la Internacional, formaron el núcleo de la minoría.

La mayoría –un total de cuarenta hombres– no representaba en realidad más que a sus integrantes y estaba comprometida por adelantado a ejecutar todo lo que le dictara la fracción de la que Marx y Engels eran los jefes. El único acto del congreso de La Haya del que hablaremos aquí es la expulsión de Bakunin, determinada el último día (7 de setiembre) –cuando ya un tercio de los delegados había partido– por veintisiete votos contra siete, y ocho abstenciones. Los motivos expuestos por Marx y sus partidarios para exigir –después de un irrisorio simulacro de encuesta realizada "en familia" por una comisión de cinco miembros– la expulsión de Bakunin eran los siguientes: "Que está demostrado por un proyecto de estatutos y cartas firmadas *Bakunin* que este ciudadano ha intentado, y quizá logrado, fundar en Europa una sociedad llamada Alianza, que tiene estatutos completamente diferentes desde el punto de vista social y político de los de la Asociación Internacional de los Trabajadores; que el ciudadano Bakunin se ha servido de maniobras fraudulentas tendientes a apropiarse total o parcialmente de la fortuna de otro, lo que constituye un hecho de estafa; que, además, para no cumplir sus compromisos, él o sus agentes han recurrido a la intimidación". Es esta segunda parte del acta de acusación marxista –que hace alusión a los trescientos rublos recibidos como adelanto por Bakunin a cuenta de la traducción de *El capital*, y a la carta escrita por Netchaiev al editor Poliakov– lo que yo he calificado más arriba de tentativa de asesinato moral.

Inmediatamente fue publicada una protesta contra esta infamia por un grupo de emigrados rusos; he aquí los principales pasajes:

"Ginebra y Zurich, 4 de octubre do 1872… Se han atrevido a lanzar contra nuestro amigo Miguel Bakunin la acusación de estafa y de chantaje... No creemos necesario ni oportuno discutir aquí los pretendidos hechos sobre los cuales se creyó poder apoyar la extraña acusación dirigida contra nuestro compatriota y amigo. Estos hechos no son bien conocidos, en sus menores detalles, y consideramos un deber restablecerlos con toda su verdad tan pronto como nos sea permitido hacerlo. Ahora estamos impedidos por la situación desgraciada de otro compatriota, que no es nuestro amigo, pero a quien las persecuciones de que es en este mismo momento víctima por parte del gobierno ruso, nos lo hacen sagrado.

"El señor Marx, del que nosotros no queremos, por lo demás, discutir la habilidad, en esta ocasión al menos, ha calculado muy mal. Los corazones honrados, en todos los países, experimentarán más que indignación y disgusto ante una intriga tan grosera y una violación tan flagrante de los más sencillos principios de la justicia. En cuanto a Rusia, nosotros podemos asegurar al señor Marx que todas sus maniobras estarán siempre condenadas al fracaso: Bakunin es demasiado estimado y conocido allí para que la calumnia pueda llegar a él... (firmado): Nicolás Ogarev, Bartolomé Zayzev, Woldemar Ozerov, Armando Ross, Woldemar Holstein, Zemphiri Rally, Alejandro Oelsnitz, Valeriano Smirnov."

El 15 de setiembre, al día siguiente del congreso de La Haya, se reunió en Saint-Imier (Jura suizo) otro congreso internacional, formado por los delegados de las federaciones italiana, española y jurasiana, y los representantes de las secciones francesas y norteamericanas. Este congreso declaró por unanimidad "rechazar absolutamente todas las resoluciones del congreso de La Haya y no reconocer de ningún modo los poderes del nuevo consejo general nombrado por él" (consejo que, por otra parte, había sido trasladado a Nueva York). La federación italiana había confirmado por adelantado las resoluciones de Saint-Imier por su votación, emitida en la Conferencia de Rímini el 4 de agosto; la federación jurasiana las confirmó en

un congreso especial celebrado el mismo día 15 de setiembre; la mayor parte las secciones francesas se apresuraron a enviar su completa aprobación; la federación española y la federación belga confirmaron a su vez estas resoluciones en sus respectivos congresos, celebrados en Córdoba y en Bruselas durante la semana de navidad de 1872; la federación norteamericana hizo lo mismo en la sesión de su consejo federal (Nueva York, Spring Street) del 19 de enero do 1873, y la federación inglesa, donde, se encontraban dos de los antiguos amigos de Marx –Eccarius y Jung, que se separaron de él a causa de sus procedimientos–, en su congreso del 26 de enero de 1873. El consejo general de Nueva York, queriendo hacer uso de los poderes otorgados por el congreso de La Haya, pronunció el 5 de enero de 1873 la "suspensión" de la federación jurasiana, declarada rebelde. Pero este acto tuvo solamente por resultado que la federación holandesa, que en principio había tratado de conservar la neutralidad, saliera de su reserva y se uniera a las otras siete federaciones de la Internacional, declarando el 14 de febrero de 1873 que no reconocía la suspensión de la federación jurasiana.

La publicación por Marx y el pequeño grupo de sus seguidores, en la segunda mitad de 1873, de un panfleto lleno de groseras alteraciones de la verdad bajo el título de *La Alianza de la democracia socialista y la Asociación Internacional de los Trabajadores*, no tuvo otros resultados que provocar el disgusto de los que leyeron esa triste página, producto de un odio ciego.

El 1° de setiembre de 1873 se abría en Ginebra el sexto congreso general de la Internacional: las federaciones belga, holandesa, italiana, española, francesa, inglesa y del Jura suizo estaban representadas; los socialistas lassallianos de Berlín habían enviado un telegrama de simpatía firmado por Hassenclever y Hasselmann. El congreso se ocupó de la revisión de los estatutos de la Internacional, declaró la supresión del consejo general e hizo de la Internacional una federación libre, sin ninguna autoridad dirigente a su cabeza. Las federaciones y secciones que componen la Asociación –dicen los nuevos estatutos (artículo 3)– conservan su completa autonomía, es decir, el derecho a organizarse según su voluntad, de administrar sus propios asuntos sin ninguna injerencia exterior y de determinar ellas mismas la marcha que estimen más conveniente para ligar a la emancipación del trabajo."

Bakunin estaba cansado luego de una larga vida de luchas; la prisión lo había envejecido prematuramente, su salud se había quebrantado y deseaba el reposo y el retiro. Cuando vio a la Internacional reorganizada bajo el principio de libre federación, pensó que había llegado el momento de apelar a la tolerancia de sus compañeros, y dirigió a los miembros de la federación jurasiana una carta (publicada el 12 de octubre de 1873) "para rogarles aceptasen su dimisión como miembro de la federación jurasiana y como miembro de la Internacional", añadiendo: "No me siento ya con las fuerzas necesarias para la lucha; no podría, pues, ser en el campo del proletariado más que un estorbo, no una ayuda. Me retiro, por consiguiente, queridos compañeros, lleno de agradecimiento hacia vosotros y de simpatía por vuestra grande y santa causa, la causa de la humanidad. Continuaré siguiendo con ansiedad todos vuestros pasos y saludaré con placer cada uno de vuestros nuevos triunfos. Seré vuestro hasta la muerte." No le quedaban más que tres años de vida.

Su amigo, el revolucionario italiano Carlo Cafiero, le dio hospitalidad en una casa que acababa de ocupar en Locarno. Allí Bakunin vivió hasta mediados de 1874, exclusivamente absorbido, según parece, por ese nuevo género de vida, en el que encontraba por fin la tranquilidad, la seguridad y un relativo bienestar. Pero no había dejado de considerarse un soldado de la revolución: sabiendo que sus amigos italianos habían preparado un movimiento insurreccional, partió para Bologna (julio de 1874) para tomar parte en él. El movimiento, mal combinado, fracasó y Bakunin debió volver a Suiza clandestinamente.

En ese momento se produjo un malentendido en la amistad que unía a Bakunin y a Cafiero. Éste, que había sacrificado su fortuna desinteresadamente por la causa de la revolución, se encontró de pronto arruinado y se vio obligado a poner en venta su casa. Bakunin debió salir de Locarno y fue a establecerse en Lugano donde, gracias a la remesa que le enviaron sus hermanos de una parte de la herencia paterna, pudo continuar subviniendo a sus necesidades y a las de su familia. Por lo demás, el enfriamiento de la amistad entre Bakunin y Cafiero no duró mucho y las relaciones se restablecieron pronto. Pero la enfermedad progresaba, sus estragos llegaban al cuerpo y al espíritu y Bakunin no era, en 1875, más que la sombra de sí mismo. En junio de 1876, con la esperanza de hallar algún alivio a sus males, salió de

Lugano para dirigirse a Berna; al llegar allí dijo a su amigo, el doctor Adolfo Vogt: "Vengo para que me devuelvas la salud o para morir." Se lo instaló en una clínica (J. L. Hug Brain 15 Krankenpension, Mattenhof, 317), donde recibió durante quince días las atenciones afectuosas de sus viejos amigos Vogt y Reichel. En una de sus últimas conversaciones, que han sido anotadas por Reichel, hablando de Schopenhauer (el día 15) hizo esta observación "Toda nuestra filosofía parte de una base falsa; es decir, comienza siempre considerando al individuo como individuo y no, como debería hacerlo, como un ser perteneciente a una colectividad. De ahí la mayor parte de los errores filosóficos, que concluyen sea en la concepción de la felicidad en las nubes, sea en un pesimismo como el de Schopenhauer y Hartmann. El día 21 dijo a su amigo, que se lamentaba de que Bakunin jamás hubiese tenido tiempo de escribir memorias: "¿Y para qué quieres que las hubiese escrito? No vale la pena abrir la boca. Hoy los pueblos de todos los países han perdido el instinto de la revolución. No, si yo encontrarse todavía un poco de salud, quisiera más bien escribir una ética basada en los principios del colectivismo, sin frases filosóficas ni religiosas". Murió el 1° de julio a mediodía.

El 3 de julio, socialistas procedentes de todas partes de Suiza llegaron a Berna para rendir los últimos honores a Miguel Bakunin.Sobre su tumba pronunciaron discursos algunos de sus amigos de la federación jurasiana: Adhemar y Schwitzguebel, James Guillaume, Elisco Reclus; Nicolás Jukovsky, en nombre de los rusos; Paul Brousse, en nombre de la juventud revolucionaria francesa; Carlo Salvioni, en nombre de la juventud revolucionaria italiana; Betsien, en nombre del proletariado alemán. En una reunión que tuvo lugar después de la ceremonia, un mismo deseo salió de todos los corazones: olvidar los rencores personales y la unión, sobre el terreno de la libertad, de todas las fracciones del socialismo de ambos mundos. Y se aprobó por unanimidad la resolución siguiente: "Los trabajadores reunidos en Berna con motivo de la muerte de Miguel Bakunin, pertenecientes a cinco naciones diferentes, unos partidarios del Estado obrero, los otros partidarios de la libre federación de los grupos de productores, piensan que una reconciliación es no sólo útil, deseable, sino que es fácil, sobre el terreno de los principios de la Internacional, tales como se han formulado en el artículo 3 de los estatutos revisados en el Congreso de Ginebra de 1873.

"En consecuencia, la asamblea reunida en Berna propone a todos los trabajadores olvidar las inútiles y enfadosas disensiones pasadas, y unirse más estrechamente sobre el reconocimiento do los principios enunciados en el artículo 3 de los mencionados estatutos."

¿Qué respuesta se dio a esta proposición de unión en la libertad y de olvido de los odios pasados? La *Taguacht* de Zurich (redactor Hermann Greulich), publicó el 8 de julio las líneas siguientes: "Bakunin era mirado por muchos buenos socialistas, hombres imparciales, como un agente ruso; esta sospecha, errónea, sin duda, está fundada en el hecho de que la acción destructiva de Bakunin hizo mucho daño al movimiento revolucionario y benefició a la reacción." Esta injuria de la *Taguacht*, así como los juicios malevolentes emitidos por el *Volksstat* de Leipzig y el *Vpered* de Londres, hicieron reconocer a los amigos de Bakunin que quienes lo habían perseguido con su odio no estaban dispuestos a cesar, y el *Bulletin de la Federation Jurassienne*, en presencia de estas manifestaciones hostiles, debió hacer esta declaración (setiembre de 1876): "Deseamos –nuestra conducta lo ha demostrado siempre– el acercamiento, en la medida de lo posible, de todos los grupos socialistas; estamos dispuestos a tender la mano de la reconciliación a todos los que quieran luchar sinceramente por la emancipación del trabajo; pero estamos bien decididos a no dejar insultar a nuestros muertos".

¿Ha llegado por fin el momento de que la posteridad juzgue la persona y los actos de Miguel Bakunin con la imparcialidad que hay derecho a esperar de ella? ¿Se podrá esperar que el voto emitido por sus amigos sobre su tumba recién cubierta se realice algún día?

James Guillaume

Capítulo I
Racionalidad de las tácticas revolucionarias

Admito que el orden actual, tanto el político como el civil y el social existentes en cada país, es el resumen final o el resultado del choque, de la lucha, del triunfo y de la aniquilación mutua, como así también de la combinación e interacción de todas las fuerzas heterogéneas, tanto internas como externas, que operan en un país y actúan sobre él. ¿Qué se deduce de esto? En primer lugar, que es posible un cambio del orden dominante y que tal cambio sólo puede darse como resultado de la modificación del equilibrio de fuerzas que actúan en una sociedad.

A fin de resolver cómo el desequilibrio existente de las fuerzas sociales fue modificado en el pasado y cómo puede ser modificado en el presente –lo que constituye un importante problema– debemos examinar más de cerca la naturaleza esencial de esas fuerzas.

Tal como ocurre en el mundo orgánico e inorgánico, donde todo lo que vive o simplemente existe –en sentido mecánico, físico o químico– influye su entorno en alguna medida, en la sociedad humana hasta el ser más humilde encarna una pequeña parte de la fuerza social.

Por cierto que esta fuerza, tomada aisladamente o en comparación con la inmensa totalidad de las fuerzas sociales, resulta insignificante y su efecto es casi nulo. Es decir, si yo solo, sin ayuda, tratase de cambiar el orden existente, únicamente porque no me satisface –y sólo a mí no satisface–, demostraría ser un tonto detestable y nada más que eso.

Sin embargo, si tuviéramos diez, veinte o treinta personas que persiguen la misma meta, eso sería algo más serio, aunque todavía tristemente inadecuado, a menos que la meta final fuese trivial e insignificante. Los esfuerzos combinados de unas pocas decenas de personas deben ser tomados mucho más seriamente que los de una sola persona, no solamente porque su número sea mayor –en una sociedad de muchos millones la suma de

unas pocas decenas de unidades es casi nula comparada con la totalidad de las fuerzas sociales– sino porque allí donde unas pocas decenas de individuos unen sus esfuerzos para lograr un objetivo común, nace una nueva fuerza que excede mucho la simple suma de sus esfuerzos individuales aislados.

En el campo de la economía política, este hecho fue observado por Adam Smith y adscripto a la consecuencia natural de la división del trabajo. Pero en el caso particular que analizamos, no es sólo la división del trabajo la que crea la nueva fuerza, sino –y en una medida aún mayor– es el *acuerdo* y luego el desenvolvimiento de un plan de acción, seguido invariablemente por la mejor *distribución y la combinación calculada o mecánica de las escasas fuerzas disponibles*, que el plan antedicho elabora.

Lo cierto es que desde el comienzo de la historia, en todos los países –aun en los más cultos e inteligentes– la suma total de las fuerzas sociales está dividida en dos categorías principales, que difieren esencialmente entre sí y casi siempre se oponen. Una categoría abarca las fuerzas inconscientes, instintivas, tradicionales y, por así decirlo, elementales, las que están escasamente organizadas aunque vivas y en movimiento, mientras que la otra representa una suma incomparablemente menor de fuerzas conscientes, organizadas, unidas con vistas a un fin y que actúan y se estructuran mecánicamente según un plan dado. La primera categoría abarca varios millones de personas y, en muchos sentidos, una considerable mayoría de las clases instruidas y privilegiadas e inclusive las capas inferiores de la burocracia y del ejército; la clase gobernante, militar y burocrática, por su naturaleza esencial, las ventajas de su posición y su expeditiva organización, más o menos mecánica, pertenece a la segunda categoría, con el gobierno como centro. En una palabra, la sociedad se halla dividida en una minoría compuesta de explotadores y una mayoría que comprende la inmensa masa popular, explotada con mayor o menor conciencia por los otros.

Por cierto, resulta prácticamente imposible dibujar una línea firme e inflexible que separe un mundo de otro. En la sociedad, como en la naturaleza, las fuerzas más contrarias se tocan en los extremos. Pero podemos decir que entre nosotros, por ejemplo, son los campesinos, la pequeña burguesía y los obreros quienes representan a los explotados. Sobre ellos se levantan en orden jerárquico todos los estratos que a medida que se acercan a la gente común más pertenecen a la categoría de los explotados y menos explotan a los demás e, inversamente, cuanto más se alejan del pueblo, más forman parte de la categoría de los explotadores y menos sufren ellos mismos la explotación.

Las capas sociales que se elevan un escalón por encima del campesinado, del obrero, la clase media y de las corporaciones de comerciantes, que sin duda explotan al pueblo, pero que a su vez son explotadas por las que están sobre ellos: las corporaciones financieras, y, sobre todo, la burocracia estatal.

La burocracia y el ejército constituyen una extraña mezcla de elementos activos y pasivos en lo que se refiere a la explotación por parte del Estado, existiendo mayor pasividad en las filas inferiores y mayor actividad consciente en las superiores.

En la cima de esta escala se ubica un pequeño grupo que representa a la categoría de los explotadores en su sentido más puro y activo: los altos funcionarios militares, civiles y eclesiásticos y, con ellos, los que ocupan la cúpula del mundo financiero, industrial y comercial, que devoran –con el consentimiento y bajo la protección del Estado– la riqueza, o mejor dicho, la pobreza del pueblo.

El interrogante es ahora éste: ¿Cómo pudo llegar a darse esta monstruosa desproporción? ¿Cómo es posible que de los millones que forman la sociedad el 60 o el 80% pertenezcan al pueblo llano y el 20 o 30% sean los intermedios, y un 10% para la categoría del gran capital? ¿Cómo es posible que el 20% sea capaz de explotar impunemente al 80%? ¿Acaso tiene ese 20% más fuerza física o inteligencia natural que el otro 80%? Basta haber planteado la pregunta para contestarla negativamente. La fuerza física está por supuesto fuera de cuestión, y en cuanto a inteligencia innata, si tomamos al azar 200.000 personas del estrato inferior y las comparamos con 200.000 explotadores en lo referido a capacidad mental, nos convenceremos de que los primeros poseen mayor inteligencia innata que los últimos, pero estos tienen una enorme ventaja sobre la masa de pueblo, la ventaja de la educación.

Sí, la educación es una fuerza, y por muy distorsionada, superficial y deficiente que sea la de las clases superiores, no hay duda que, unida a otras causas, contribuye poderosamente a conservar el poder en manos de una minoría privilegiada. Pero aquí surge este interrogante: ¿Por qué es educada la minoría en tanto que la inmensa mayoría permanece sin educación? ¿Acaso la minoría tiene más capacidad en ese sentido? De nuevo basta

plantearse esta pregunta para contestarla negativamente. Existe más capacidad en la masa del pueblo que en la minoría, lo que significa que esta última goza del privilegio de la educación por razones completamente diferentes.

¿Cuál pudo haber sido la base de su poder antes de ese momento? Pudo haber sido solamente el poder del acuerdo.

Todos los Estados, pasados y presentes, tienen como punto de partida constante y principal el acuerdo. En vano se busca esa base principal para la formación de los Estados en la religión. Indudablemente, la religión –es decir, la ignorancia del pueblo, el fanatismo salvaje y la estupidez condicionada por estos factores– contribuyó mucho a formar esa organización sistematizada para la explotación de las masas que es el Estado. Pero a fin de que esa estupidez pudiera ser explotada, fue necesaria la existencia de explotadores que llegasen a un entendimiento mutuo y formaran un Estado.

Tomen cien campesinos e invariablemente encontrarán entre ellos unos pocos que sean algo más astutos que el resto, aunque continúen siendo campesinos. Por consiguiente, es natural que se conviertan en jefes y que, como tales, probablemente luchen entre sí hasta que lleguen a comprender que de esa manera se destruirían mutuamente sin ninguna ventaja o provecho. Habiendo comprendido esto, comienzan a esforzarse por lograr la unidad. Quizá no se unan completamente, pero se agruparán en dos o tres facciones, mediante otros tantos acuerdos. Luego sobrevendrá una lucha entre estas facciones; cada una usará todos los medios disponibles para poner al pueblo de su lado: demagogia, soborno, engaños y, por supuesto, religión. Allí tenemos el comienzo de la explotación por parte del Estado.

Por último, un partido, basado en el pacto más amplio e inteligente, habiendo vencido a todos los demás, logra el poder exclusivo y crea la ley del Estado. Esa victoria naturalmente atrae hacia el vencedor a varios integrantes del campo de los vencidos, y si el partido victorioso es lo bastante lúcido los acepta de buen grado, demostrando respeto por los miembros más influyentes y fuertes, otorgándoles todo tipo de privilegios según sus cualidades especiales; es decir, los métodos y los medios, adquiridos por hábito o herencia, mediante los cuales explotan más o menos conscientemente a todos los otros; algunos provienen del clero, otros de la nobleza y otros del campo comercial. Así, una vez creados los poderes, surge abiertamente el Estado. Posteriormente, una u otra religión lo explica, sacraliza el hecho de violencia consumado y con ello fundamenta la pretendida razón de Estado.

Una vez lograda la consolidación, los estratos privilegiados continúan desarrollando y fortaleciendo su dominio sobre las masas por medio del crecimiento natural y de la herencia. Los hijos y los nietos de los fundadores de las clases gobernantes se convierten en explotadores cada vez más poderosos, en virtud principalmente de su posición social y no de la existencia de un plan consciente o elaborado. Como resultado de un complot, el poder se concentra más y más en manos de un Estado soberano y la minoría que se ubica junto a él hace de la explotación de las masas –en la medida en que lo hace la gran mayoría de la clase explotadora– su función habitual, tradicional, ritual y aceptada con mayor o menor grado de ingenuidad.

Poco a poco, en medida siempre creciente, la mayoría de los explotadores, por su nacimiento y posición social heredada, comienzan a creer seriamente en sus derechos innatos e históricos. Y no solamente ellos, sino también las masas explotadas, sometidas a la influencia de los mismos hábitos tradicionales y al perjudicial efecto de malintencionadas doctrinas religiosas, comienzan a creer en los derechos de sus explotadores y verdugos, y continúan creyendo hasta que su capacidad de sufrimiento llega al borde, despertando en ellos una conciencia diferente.

Esta nueva conciencia surge y se desarrolla muy lentamente en las masas. Pueden pasar siglos antes de que comience a agitarse, pero una vez que comienza a hacerlo no existe fuerza capaz de detener su curso. La gran tarea en el arte de gobernar es evitar, o al menos retardar en lo posible, el despertar de la conciencia del pueblo.

La lentitud del desarrollo de la conciencia racional del pueblo tiene dos causas: primero, el pueblo abrumado por el duro trabajo y más por las angustiantes preocupaciones de la vida cotidiana, y segundo, su posición política y económica, lo condena a la ignorancia. La pobreza, el hambre, el trabajo agotador y la opresión continua bastan para quebrar al hombre más fuerte e inteligente.

El conocimiento es poder, la ignorancia es la causa de la impotencia social. La situación no sería tan mala si todos se hundieran en el mismo nivel de ignorancia. Si así fuera, los

dotados de mayor inteligencia serían los más fuertes. Pero considerando la mayor educación de las clases dominantes, el vigor natural de la mente del pueblo pierde significación. ¿Qué es la educación sino el capital mental, la suma del trabajo mental de todas las generaciones del pasado? ¿Cómo puede una mente ignorante, por vigorosa que sea su naturaleza, sostener una lucha contra el poder mental producido durante siglos de desarrollo? Por eso vemos a menudo a hombres inteligentes del pueblo reverenciando sumisamente a tontos educados. Esos tontos los abruman no con su inteligencia sino con el conocimiento adquirido.

Esto, no obstante, sucede únicamente cuando un campesino sagaz enfrenta a un tonto educado con respecto a asuntos que están más allá del alcance de la comprensión del campesino. En su propio dominio, con respecto a temas que le son familiares, el campesino puede ser más que un competidor para una persona común educada. El problema es que debido a la ignorancia de las personas sencillas el alcance de su pensamiento es muy limitado. Son escasos los campesinos cuya visión vaya más allá de su poblado, mientras que el hombre educado más mediocre aprende a abarcar con su mente superficial los intereses y la vida de países enteros. Es la ignorancia principalmente la que impide al pueblo adquirir conciencia de sus intereses comunes y de su inmenso poder numérico. Es la ignorancia la que le impide elaborar una comprensión compartida y formar una organización subversiva contra el robo y la opresión organizada por el Estado. Por consiguiente, todo Estado precavido empleará cualquier medio para conservar la ignorancia del pueblo, condición sobre la cual descansan el poder y la existencia misma del Estado.

Así como en el Estado el pueblo está condenado a la ignorancia, las clases gobernantes están destinadas, por su posición en él, a llevar adelante la causa de la "civilización del Estado". Hasta ahora no ha habido otra civilización en la historia que la civilización de la clase gobernante. El verdadero pueblo, el pueblo laborioso, fue sólo la herramienta y la víctima de esa civilización. Su pesado y brutal trabajo creó las condiciones materiales para la cultura social, que a su vez incrementó el poder de dominación de las clases gobernantes, en tanto éstas recompensaban al pueblo con pobreza y esclavitud.

Si la educación clasista continúa progresando mientras las mentes del pueblo permanecen en el mismo estado, la esclavitud

se intensificará más con cada nueva generación. Pero afortunadamente no se da ni un avance ininterrumpido por parte de las clases gobernantes ni una inercia absoluta por parte del pueblo. Además, la educación tradicional de la clase gobernante contiene en su médula un gusano, difícilmente advertible al comienzo pero que crece en la medida en que continúa avanzando la civilización, un gusano que carcome sus partes vitales y que, por último, la destruye completamente. Ese gusano no es otra cosa que el privilegio, la falsedad, la explotación y la opresión del pueblo, que constituyen la esencia de la clase gobernante y, por consiguiente, su conciencia.

En el primer período heroico de gobierno llevado a cabo por las clases gobernantes todo esto era escasamente sentido o comprendido. El egoísmo de éstas aparece velado al comienzo de la historia por el heroísmo de individuos que se sacrifican, pero no con vista al beneficio del pueblo sino al beneficio y la gloria de la clase que para ellos constituye todo el pueblo y fuera de la cual sólo son enemigos o esclavos. Tales fueron los famosos republicanos de Grecia y de Roma. Pero este período heroico pasó fugazmente; fue seguido por un período en el que el privilegio, al aparecer bajo su verdadera forma, originó egoísmo, cobardía, ruindad y estupidez. Y paulatinamente la tenacidad del Estado se convirtió en corrupción e impotencia.

Durante el período de decadencia de las clases gobernantes surge en su seno una minoría menos corrupta: individuos inteligentes, magnánimos y animosos que prefieren la verdad a sus propios intereses y que han llegado a la idea de que los derechos del pueblo son pisoteados por los privilegios clasistas. Esos individuos generalmente comienzan por hacer intentos de despertar la conciencia de la clase a la cual pertenecen por nacimiento. Luego, convencidos de la inutilidad de esos esfuerzos, le dan la espalda, reniegan de ella y se convierten en apóstoles de la emancipación y de la rebelión del pueblo. Tales fueron nuestros decembristas[1].

Si los decembristas fracasaron, ello se debió a dos causas principales. En primer lugar, eran nobles, lo cual significaba que no

[1] Revolucionarios rusos, surgidos de la nobleza, organizadores de la sublevación que estalló en diciembre de 1825 contra la autocracia y el régimen de servidumbre. El movimiento *decembrista* era un reflejo del descontento de las masas populares que luchaban contra el régimen feudal.

tenían mucha interacción con el pueblo y que poco sabían lo que había que hacer. En segundo lugar, y por la misma razón, no pudieron aproximarse al pueblo ni despertar en él la fe y el fervor necesario, pues les hablaban a las masas en el lenguaje de su clase y no expresaban los pensamientos del pueblo. Sólo hombres del pueblo pueden ser verdaderos dirigentes de la lucha por la emancipación. Pero, ¿pueden surgir esos libertadores del pueblo de las profundidades de la ignorancia?

En la medida en que la inteligencia y el vigor de las clases dominantes se deteriora, continúan aumentando la inteligencia y por lo tanto el poder del pueblo. En el pueblo, por lento que haya sido su movimiento hacia la liberación, y por más que muchos textos puedan estar fuera de su alcance.

El pueblo tiene dos libros de los cuales aprender: uno es la amarga experiencia de privaciones, opresión, despojo y tormentos infringidos por el gobierno y las clases dominantes; otro es la viviente tradición oral, que se transmite de generación en generación, ampliándose siempre su alcance y volviéndose más racional su contenido. Con la excepción de momentos muy escasos en que el pueblo intervino en una etapa de la historia como actor principal, su papel se ha limitado al de espectador del drama de la historia, y si tomó parte en él, fue en la mayoría de los casos como supernumerario, empleado como instrumento por coerción.

En las luchas intestinas de las facciones, la ayuda del pueblo siempre ha sido requerida, prometiéndosele toda clase de beneficios como recompensa. Pero, apenas terminada la batalla con la victoria de uno u otro grupo o con la avenencia mutua, las promesas hechas al pueblo fueron olvidadas. Además, es el pueblo el que siempre ha debido pagar las pérdidas provocadas por esos conflictos. La reconciliación o la victoria sólo pueden tener lugar a expensas del pueblo. Y esto no puede haberse dado de otra manera y será siempre así hasta que las condiciones económicas y políticas sufran un cambio radical.

¿En torno de qué giran todas las pendencias de las facciones? En torno de la riqueza y del poder. ¿Y qué son la riqueza y el poder sino dos formas inseparables de la explotación del trabajo del pueblo y de su poder no organizado? Todas las facciones son fuertes y ricas sólo en virtud del poder y la riqueza robados al pueblo. Esto significa que la derrota de cualquiera de ellas es en realidad la derrota de una parte del poder del pueblo; las

pérdidas y la ruina material sufridas por él representan la ruina de la riqueza del pueblo.

Empero, el triunfo y el enriquecimiento de la facción victoriosa no solamente fracasa en beneficiar al pueblo, sino que en verdad empeora su situación: primero, porque únicamente el pueblo soporta el peso de esa lucha, y segundo, porque la fracción victoriosa, habiendo eliminado a todos los rivales del campo de la explotación, emprende con renovado gusto y desembozada falta de escrúpulos el negocio de explotar al pueblo.

Tal ha sido la experiencia que el pueblo ha hecho desde comienzos de la historia, experiencia que finalmente lo conduce a la conciencia racional, a una comprensión clara de las cosas adquirida a expensas de sufrimiento, ruina y derramamiento de sangre.

Capítulo 2
El problema económico origina todo los demás

Subyaciendo a todos los problemas históricos, nacionales, religiosos y políticos estuvo siempre el problema económico, el más importante y esencial no sólo para el pueblo trabajador sino también para todas las clases, el Estado y la Iglesia. La riqueza siempre ha sido –y todavía lo es– la condición indispensable para la realización de todo lo humano: autoridad, poder, inteligencia, conocimiento, libertad. Esto es verdad en tal medida, que la iglesia más idealista del mundo –la iglesia cristiana–, que predica el desprecio por los bienes terrenales, tan pronto logró vencer al paganismo y fundar su propio poder sobre las ruinas de aquél, orientó toda su acción hacia la adquisición de riqueza.

El poder político y la riqueza son inseparables. Los que tienen poder tienen los medios para obtener riqueza y deben centrar todos sus esfuerzos en adquirirla, pues sin ella no serán capaces de conservar su poder. Los que son ricos deben hacerse fuertes, pues, al carecer de poder, corren el riesgo de ser despojados de su riqueza. El pueblo trabajador ha sido siempre impotente porque estaba golpeado por la pobreza, y estaba golpeado por la pobreza porque carecía del suficiente poder. Considerando esto no es de extrañar que, entre todos los problemas que enfrenta, haya visto y vea como problema primero y principal el problema económico, el problema de obtener el pan.

El pueblo trabajador, perpetua víctima de la civilización, mártir de la historia, no siempre vio y comprendió este problema como lo hace actualmente, pero siempre lo sintió intensamente, y uno puede asegurar que entre todos los problemas históricos que provocaron su pasiva simpatía, en todos sus esfuerzos instintivos en los campos religioso y político, ha sido siempre el problema económico el que trató de solucionar. Todo pueblo, tomado en su totalidad, es socialista, y todo trabajador que pertenece al pueblo es socialista en virtud de su posición.Y esta forma de

ser socialista es incomparablemente más seria que la de aquellos socialistas que, perteneciendo a las clases privilegiadas por la condición ventajosa su vida, llegan a las convicciones del socialismo sólo por vía de la ciencia y del pensamiento.

De ninguna manera me inclino a subestimar la ciencia o el pensamiento. Comprendo que principalmente son estos dos factores los que distinguen al hombre de los demás animales, los reconozco como a las estrellas que guían toda prosperidad humana. Pero al mismo tiempo comprendo que la suya es sólo una luz fría, que mientras no vaya de la mano de la vida, su verdad no descanse sobre la verdad de la vida, se volverá impotente y estéril. Siempre que contradicen la vida, la ciencia y el pensamiento, degeneran en sofisticación, en culto de la falsedad o cobardía vergonzosa e inactividad, pues ni la ciencia ni el pensamiento existen aislados; no son algo abstracto, se manifiestan sólo en el hombre real y todo hombre real es un ser completo que no puede buscar la verdad y la teoría rigurosas y al mismo tiempo gozar los frutos de la falsedad en la práctica. En todo hombre, inclusive en el socialista más convencido, que pertenezca –no por nacimiento sino por una circunstancia accidental– a la clase gobernante, es decir, que explote a otros, se puede descubrir esta contradicción entre el pensamiento y la vida. Y esta contradicción invariablemente lo paraliza, lo vuelve impotente. Por eso sólo puede convertirse en un socialista completamente convencido recién cuando haya roto todos los lazos que lo atan al mundo privilegiado y haya renunciado a todas sus ventajas.

El pueblo trabajador no tiene nada a que renunciar ni nada de qué separarse: es socialista por su misma condición. Golpeado por la pobreza, injuriado, oprimido, el trabajador se vuelve por instinto representante de todos los indigentes, de todos los injuriados y de todos los oprimidos. ¿Y cuál es este problema social sino el de la emancipación última e integral de todos los sumergidos? La diferencia esencial entre el socialista educado, que pertenece a la clase gobernante aunque sólo sea por su educación, y el socialista inconsciente del pueblo trabajador, reside en el hecho de que el primero, deseando convertirse en un socialista, nunca podrá serlo plenamente, en tanto que el último, siéndolo, no es consciente de ello, no sabe que existe la ciencia social en el mundo e inclusive no oyó nunca la palabra socialismo.

El uno sabe todo acerca del socialismo, pero no es socialista; el otro es socialista aunque nada sepa acerca de él. ¿Qué es preferible? En mi opinión, es preferible ser socialista. Resulta casi imposible pasar, por decirlo así, del pensamiento abstracto –el pensamiento despojado de vida y carente de su fuerza impulsora– a la vida. Pero el caso inverso –la posibilidad de pasar del ser al pensamiento– ha sido confirmado por toda la historia de la humanidad. Y ahora encuentra una fundamentación adicional en la historia del pueblo trabajador.

Todo el problema social se reduce, pues, a un problema muy simple. Inmensas multitudes han estado y aún están condenadas a la pobreza y a la esclavitud. Siempre han constituido una inmensa mayoría comparándola con la minoría opresora y explotadora. Esto significa que el poder numérico siempre estuvo de su lado. ¿Por qué entonces no lo ha usado para librarse del yugo odioso y funesto? ¿Puede uno llegar a imaginar que haya existido un momento en que las masas comenzaron a amar la opresión y a no sentir su penoso yugo? Eso sería contrario al sentido común, contrario a la misma naturaleza del hombre. Todo ser viviente lucha por la prosperidad y la libertad, y para odiar al opresor no es necesario siquiera ser un hombre, basta con ser un animal. Por tanto, la larga y sufrida paciencia de las masas debe explicarse por otras razones.

Indudablemente, una de las causas principales reside en la ignorancia del pueblo. Debido a esa ignorancia, el pueblo no se concibe a sí mismo como una masa todopoderosa unida por lazos de solidaridad. Está desunido en la concepción de sí mismo tanto como está desunido en la vida, como resultado de las oprimentes circunstancias. Esta doble desunión es el origen principal de la impotencia cotidiana del pueblo. Debido a eso, entre las personas ignorantes o que poseen el más bajo nivel de educación o una experiencia colectiva e histórica escasa, todos, toda la comunidad, consideran los problemas y las opresiones que sufren como un fenómeno particular o personal y no como un fenómeno general que los afecta a todos en la misma medida y que, por consiguiente, debe unirlos en un destino compartido, en la resistencia o en el trabajo.

Lo que sucede es precisamente lo contrario: toda región, toda comuna, toda familia y todo individuo consideran a los otros como enemigos dispuestos a imponer su yugo y a despojarlos,

y mientras esta alienación mutua continúe, cualquier partido –aunque esté apenas organizado–, cualquier casta o poder estatal, que quizá representen a un número comparativamente pequeño de personas, puede fácilmente embaucar, aterrorizar y oprimir a millones de trabajadores.

La segunda razón –también secuela directa de la misma ignorancia– es que el pueblo no ve y no conoce los verdaderos orígenes de su misería, y a menudo odia únicamente la manifestación de la causa y no la causa misma, así como un perro puede morder el palo con el que un hombre le pega, pero no al hombre mismo. De esta forma los gobiernos, las castas y los partidos –que han fundado hasta ahora su existencia en las aberraciones mentales del pueblo– pueden continuar engañando. Ignorante de las verdaderas causas de su infortunio, el pueblo no puede, por supuesto, tener idea de la forma y de los medios para lograr su emancipación y se deja desviar de uno a otro camino falso, buscando la salvación donde es imposible hallarla y prestándose como instrumento para ser usado en su propia contra por los opresores.

De este modo, las masas del pueblo, impulsadas por la misma necesidad social de mejorar su vida y de liberarse de la intolerable opresión, se dejan llevar de una a otra forma de sinsentido religioso, de una a otra forma política elaborada para la opresión del pueblo –pues la última siempre es tan opresiva como la anterior o aún peor–, de manera similar al hombre que, atormentado por la enfermedad, va de un lado a otro, pero no encuentra alivio en ninguno.

Tal ha sido la historia del pueblo trabajador en todos los países, en el mundo entero. Una historia desesperanzada, odiosa, horrible, capaz de llevar a la angustia a cualquiera que busque justicia humana. Y sin embargo uno no debe dejarse arrastrar por este sentimiento. Por aborrecible que haya sido esta historia hasta el presente, no puede decirse que se haya dado en vano o que no arrojó ningún beneficio. ¿Qué se puede hacer si, por su propia naturaleza, el hombre está condenado a elaborar su camino desde la más negra oscuridad a la razón, desde el estado animal al humano, en medio de todo tipo de abominaciones y tormentos? Los errores históricos y los infortunios que van de la mano con ellos han dado origen a multitudes de analfabetos. Y esas gentes han pagado con su sudor y con su sangre, con su pobreza, su hambre, su penosa esclavitud, su tormento y hasta

su muerte, cada uno de los nuevos movimientos los que fueron atraídos por las minorías explotadoras. En lugar de los libros que no pudieron leer, la historia inscribió a latigazos esas lecciones sobre sus espaldas. Tales lecciones no pueden olvidarse fácilmente. Pagando costosamente cada nueva fe, cada nueva esperanza o cada nuevo error, las masas del pueblo alcanzan la razón por la vía de las estupideces históricas.

A través de amarga experiencia han llegado a comprender la inutilidad de todas las creencias religiosas, de todos los movimientos políticos y nacionales, y de esta manera han llegado por primera vez a plantearse el problema social con claridad. Ese problema corresponde al instinto original y ancestral pero, a través de siglos de desarrollo, desde los comienzos de la historia del Estado, estuvo oscurecido por las miasmas religiosas, políticas y patrióticas. Apartadas ya esas miasmas, Europa se agita por el problema social.

En todas partes las masas comienzan a vislumbrar la verdadera causa de su miseria, comienzan a tener conciencia del poder de la solidaridad y comienzan también a comparar su inmensidad numérica con la insignificancia de quienes las despojan. Pero si han alcanzado esa conciencia, ¿qué les impide liberarse?

La respuesta es: la falta de organización y la dificultad para llegar a un acuerdo mutuo.

Hemos visto que en toda sociedad históricamente desarrollada, como en el caso de la actual sociedad europea, por ejemplo, las masas están divididas en tres categorías principales:

1- La inmensa mayoría, completamente desorganizada, que es explotada y que no explota a otros;

2- Un sector considerable que abarca todos los estratos intermedios, una minoría explotadora y al mismo tiempo explotada, que es oprimida y oprime a otros;

3- Por último, la pura y simple minoría de opresores y explotadores, el grupo más pequeño, conscientes de su función y plenamente de acuerdo con respecto a un plan de acción: afianzar esa clase gobernante suprema.

Hemos visto, además, que en la medida en que ésta crece y se desarrolla, la mayoría de aquellos que forman las clases gobernantes se vuelven en sí mismos una masa semi instintiva o,

si ustedes quieren, un Estado organizado, pero que carece de una comprensión mutua o de una dirección consciente en sus movimientos y acciones. Respecto de las masas trabajadoras, no organizadas en absoluto, estos últimos –los miembros de las clases gobernantes– juegan, por supuesto, el papel de explotadores y continúan oprimiéndolas, no a través de un plan deliberado sobre el cual se vayan puesto de acuerdo, sino a través de la costumbre, del derecho tradicional y jurídico, creídos –en su mayoría– de la legalidad y de la santidad de ese derecho.

Pero al mismo tiempo, respecto de la minoría que controla el gobierno, respecto del grupo que mantiene un acuerdo mutuo y explícito en cuanto a su curso de acción, ese conjunto intermedio juega el rol más o menos pasivo de una víctima explotada. Y puesto que esta clase media, si bien no suficientemente organizada, conserva más riqueza, educación y libertad de movimientos y acción, como así también una mayor proporción de los otros medios necesarios para organizar conspiraciones y darse una organización –más de los que posee el pueblo trabajador–, a menudo sucede que las rebeliones provienen de esa misma clase media, rebeliones que con frecuencia finalizan con la victoria sobre el gobierno de turno y con su reemplazo por otro gobierno. Tal ha sido la naturaleza de todos los alzamientos políticos internos de los que nos habla la historia.

Estos alzamientos y rebeliones nada bueno pueden reportar al pueblo, pues las rebeliones de las clases gobernantes son siempre debidas a las injurias infringidas a ellos mismos y no a las que sufre el pueblo; tienen como motivo sus intereses y no los intereses del pueblo. No importa cuánto luchen entre sí las clases gobernantes, cuánto puedan rebelarse contra el gobierno existente; ninguna de sus revoluciones tuvo ni tendrá nunca como propósito demoler los fundamentos económicos y políticos del Estado, que son los que hacen posible la explotación de las masas trabajadoras, la existencia de las clases y el principio clasista. No importa cuán revolucionarias puedan ser en espíritu esas clases y cuánto puedan odiar una forma particular del Estado.

El Estado mismo es sagrado para ellas; su integridad, poder e intereses son erigidos como intereses supremos. El patriotismo, o sea el sacrificio de sí mismos, de la propia persona y de la propiedad en pro de los fines del Estado, siempre ha sido y es aún hoy estimado como la virtud más alta.

Por consiguiente, ninguna revolución, por denodada y violeta que pueda ser en sus manifestaciones, osará nunca poner su mano sacrílega sobre las arcas sagradas del Estado. Y puesto que ningún Estado es posible sin una organización, una administración, un ejército y un número considerable de hombres investidos de autoridad –o sea, que resulta imposible sin un gobierno–, el derrocamiento de un gobierno es seguido necesariamente de otro más afín o de mayor utilidad para las clases que triunfaron en la lucha.

Pero, por útil que pueda ser, después de su luna de miel el nuevo gobierno comienza a despertar la indignación de las mismas clases que lo llevaron al poder. Tal es la naturaleza de cualquier autoridad: está condenada a actuar mal. No me refiero al mal desde el punto de vista de los intereses del pueblo, pues el Estado, en tanto fuerte de las clases gobernantes, y el gobierno, en tanto guardián de los intereses del Estado, siempre constituyen un mal absoluto para el pueblo. No, me refiero a un mal sentido como tal por las mismas clases en cuyo exclusivo beneficio existen el Estado y gobierno. A pesar de esa necesidad, el Estado siempre cae sobre ellas como una pesada carga y, si bien sirve a sus intereses esenciales, las esquilma y las oprime, aunque en menor medida que a las masas.

Un gobierno que no haga abuso de su poder y que no sea opresivo, un gobierno imparcial y honesto que actúe igualitariamente y que ignore intereses clasistas, preocupándose exclusivamente de las personas que están subordinadas a él es, como la cuadratura del círculo, no ideal inalcanzable, pues va en contra de la naturaleza humana. Y la naturaleza humana, la naturaleza de todo hombre, tiene tales características que, si se le da poder sobre otros, invariablemente los oprimirá; ubicado en una posición excepcional y apartado de la igualdad humana, se convierte en un bribón. La igualdad y la ausencia de autoridad son las únicas condiciones esenciales para la moralidad de todo hombre. Tomen el revolucionario más radical y pónganlo en el trono de Rusia, u otórguenle un poder dictatorial –ilusión de tantos de nuestros revolucionarios novatos– y dentro de un año será peor que el propio Zar.

Las clases gobernantes se convencieron de esto hace mucho tiempo e hicieron circular un dicho que proclamaba que “el gobierno es un mal necesario”. Necesario, por supuesto, para ellos, pero de

ninguna manera para el pueblo, con respecto al cual el Estado y el gobierno que éste requiere no son un mal necesario sino un mal fatal. Si las clases gobernantes pudieran pasarse sin un gobierno, conservando sólo el Estado –o sea la posibilidad y el derecho de explotar el trabajo del pueblo– no instaurarían un gobierno en reemplazo de otro.

Para disminuir el mal causado por los gobiernos, las clases gobernantes del Estado proyectaron diversos órdenes y formas constitucionales que en la actualidad han condenado a los Estados europeos existentes a oscilar entre el caos social y el despotismo de gobierno; esto ha hecho temblar el edificio gubernamental en tal medida que inclusive nosotros, aun siendo viejos, podemos esperar ser testigos y agentes de su destrucción final. No hay duda de que, cuando llegue el momento del desastre, la inmensa mayoría de las personas pertenecientes a las clases gobernantes del Estado estrecharán filas en torno de este último, sin tener en cuenta su odio hacia los gobiernos existentes, y lo defenderán contra el pueblo trabajador enfurecido, para salvar la piedra fundamental de su existencia como clase.

Pero, ¿por qué es necesario un gobierno para conservar el Estado? Porque el Estado no puede existir sin una permanente conspiración, una conspiración dirigida, por supuesto, contra las masas para cuya esclavización existen todos los Estados. Y en todo Estado el gobierno no es sino una permanente conspiración por parte de la minoría en contra de la mayoría, a la que esclaviza y esquilma. De la misma esencia del Estado se deduce claramente que nunca ha existido ni puede existir una organización de tal carácter que no vaya en contra de los intereses del pueblo y que no sea profundamente odiada por éste.

Debido a su ignorancia, a menudo sucede que el pueblo, lejos de levantarse contra el Estado, le muestra cierto respeto, se halla ligado afectivamente a él y espera que éste administre justicia; por consiguiente, parece estar imbuido de sentimientos patrióticos. Pero cuando observamos más de cerca la actitud de cualquier pueblo –inclusive del más patriótico– con respecto al Estado, encontramos que sólo ama y reverencia en él la concepción ideal de todo eso y no su manifestación real. El pueblo odia la esencia del Estado en la medida en que llega a tener contacto con él y está siempre pronto a destruirlo en la medida en que no se halle reprimido por la fuerza organizada del gobierno.

Hemos visto ya que, cuanto mayor es la minoría explotadora menor es su capacidad de gobernar directamente los asuntos de un Estado. Las numerosas facciones y la heterogeneidad de los intereses de las clases gobernantes dan origen a su vez al desorden, al caos y al debilitamiento del régimen estatal necesario para mantener la requerida obediencia en el pueblo explotado. Por consiguiente, los intereses de todas las clases gobernantes exigen en forma imperiosa que en su seno cristalice una minoría gobernante aún más compacta y capaz, por ser poco numerosa, de llegar a un acuerdo mutuo para organizar su propio grupo y todas las fuerzas del Estado en beneficio de las clases gobernantes y en contra del pueblo.

Todo gobierno tiene un doble propósito. El propósito principal y reconocido es el de conservar y fortalecer el Estado, la civilización y el orden, civil, o sea, la dominación sistemática y legalizada de la clase gobernante sobre el pueblo explotado. El otro propósito, igualmente importante a los ojos del gobierno, aunque no reconocido de buen grado ni abiertamente, es la conservación de las ventajas gubernamentales exclusivas de su personal. El primero atañe a los intereses generales de las clases gobernantes; el segundo a la vanidad y a las ventajas excepcionales que gozan los individuos en el gobierno.

Debido a su primer propósito el gobierno se ubica en una actitud hostil al pueblo; debido al segundo, tanto hacia el pueblo como hacia las clases privilegiadas, pues hubo momentos en la historia en que el gobierno se volvió aparentemente más hostil con las clases propietarias que con el pueblo. Esto sucede siempre que las primeras, cada vez más insatisfechas con él, tratan de derrocarlo o de limitar su poder. Entonces, el sentimiento de autoconservación impulsa al gobierno a olvidar su propósito principal, que constituye todo el significado de su existencia: la conservación del Estado o el gobierno clasista y el bienestar clasista contra el pueblo. Pero esos momentos no pueden durar mucho, porque el gobierno –cualquiera sea su naturaleza– no puede existir sin las clases gobernantes, así como estas no pueden existir sin un gobierno. Ante la falta de cualquier otra clase, el gobierno crea una clase burocrática de su propio seno.

Todo el problema del gobierno es el siguiente: cómo conservar, mediante el empleo de la fuerza más pequeña posible, pero mejor organizada –tomada del pueblo–, la obediencia de éste

o el orden civil, y al mismo tiempo la independencia, no del pueblo –que, por supuesto, esta fuera de la cuestión– sino de su Estado contra los proyectos ambiciosos de los poderes vecinos y, por otra parte, cómo incrementar sus posesiones a expensas de los mismos poderes. En un palabra, guerra adentro y guerra afuera; tal es la vida del gobierno. Armado y constantemente en guardia contra los enemigos internos y externos. Aunque en sí mismo sea demagógico, inspire opresión y engaño, está obligado a mirar a todos –dentro y fuera de sus límites– como a enemigos, y debe conspirar contra todos ellos permanentemente.

No obstante, la enemistad entre los Estados y los gobiernos que los rigen no puede compararse con la enemistad de cada uno de ellos hacia su propio pueblo trabajador. Y así como dos clases gobernantes trabadas en fiera lucha están listas a olvidar sus odios más intransigentes todas las veces que surge una rebelión del pueblo trabajador, dos Estados o dos gobiernos están prontos a desechar sus enemistades y su abierto enfrentamiento apenas aparece en el horizonte la amenaza de una revolución social. El problema más esencial de todos los gobiernos, de todos los Estados y las clases gobernantes, cualquiera sea la forma, el pretexto, el nombre que puedan usar para disfrazar su naturaleza, es sojuzgar al pueblo y mantenerlo esclavizado, pues éste constituye un problema de vida o muerte para todo lo que se denomina actualmente civilización o Estado.

Todos los medios le son permitidos al gobierno para lograr esos propósitos. Lo que en la vida privada se llama infamia, vileza, crimen, asume con los gobiernos carácter de "valor, virtud y deber". Maquiavelo tenía mil veces razón al sostener que la existencia, la prosperidad y el poder de cualquier Estado –sea monárquico o republicano– debe basarse en el crimen. La vida de todo gobierno es necesariamente una serie de actos indignos, viles y criminales contra todos los pueblos extranjeros y también, y en mucha mayor medida, contra su propio pueblo trabajador. Es una conspiración sin fin contra la prosperidad y la libertad del pueblo.

La ciencia de gobernar ha sido elaborada y perfeccionada durante siglos. Creo que nadie me acusará de exageración si llamo a esta ciencia la bribonada máxima del Estado, desarrollada entre la lucha constante y con la ayuda de la experiencia de todos los Estados del pasado y del presente. Esta es la ciencia de esquilmar

al pueblo en la forma en que lo sienta menos, pero sin dejarle ningún sobrante –pues cualquier sobrante le daría un poder adicional– y al mismo tiempo de no privarlo del mínimo necesario para mantener su vida miserable y poder así seguir produciendo riqueza.

Es la ciencia de reclutar soldados del pueblo y de organizarlos mediante una hábil disciplina, de formar un ejército regular –el arma principal del Estado–, una fuerza represiva conservada con el propósito de mantener sojuzgado al pueblo. Es la ciencia de distribuir, inteligente y prontamente, unas pocas decenas de miles de soldados, ubicándolos en los puntos más importantes de una región determinada, de manera de mantener a la población en el temor y la obediencia. Es la ciencia de abarcar países enteros con la red más fina de la organización burocrática y, mediante disposiciones, decretos y otras medidas, encadenar, desunir y debilitar al pueblo trabajador de manera que no sea capaz de unirse y evolucionar, de manera que permanezca siempre en la más beneficiosa ignorancia –beneficiosa para el gobierno, para el Estado y para las clases gobernantes–, que hace imposible la influencia de nuevas ideas y de personalidades enérgicas.

Este es el único propósito de cualquier organización gubernamental, la permanente conspiración del gobierno contra el pueblo. Y esta conspiración, reconocida abiertamente como tal, abarca la diplomacia, la administración interna, –militar, civil, racial, judicial, financiera, educacional– y la Iglesia.

Y es contra su inmensa organización –armada con todos los medios, intelectuales y materiales, legales e ilegales y que en caso extremo puede contar con la cooperación de todas o de casi todas las clases gobernantes–, contra la que debe luchar el pobre pueblo. Éste, aun teniendo una superioridad numérica abrumadora, es ignorante, está desarmado y carece de organización. ¿Es posible entonces la victoria? ¿Existe, en estas condiciones, alguna posibilidad de tener éxito en la lucha?

No basta que el pueblo despierte y que finalmente se haga consciente de su miseria y de las causas que la producen. Es verdad que existe en él una gran dosis de fuerza elemental, mucho más que en el gobierno y las clases gobernantes, pero una fuerza elemental que carece de organización no es un poder real. Sobre esta irrefutable ventaja de la fuerza organizada ante la fuerza elemental está basado el poder del Estado.

Por consiguiente, el problema no es el de si ellos (el pueblo) tienen la capacidad de rebelarse, sino el de si son capaces de formar una organización que les permita llevar la rebelión a un fin victorioso, no a una victoria casual sino a un triunfo final y duradero.

En ello, podríamos decir que exclusivamente en ello, se centra todo este apremiante problema.

La primera condición de la victoria del pueblo es, pues, el acuerdo entre el pueblo o la organización de las fuerzas del pueblo.

Capítulo 3
Factores socioeconómicos y psicológicos

La ciencia social como doctrina moral sirve simplemente para desarrollar y formular los instintos del pueblo, e inclusive existe una brecha considerable entre estos y aquella. Si los instintos hubieran sido suficientes para emancipar al pueblo, esa liberación se habría dado hace ya mucho tiempo. Los instintos del pueblo, sin embargo, no han sido bastante fuertes como para evitar que las masas sufrieran, en todo el curso de su triste y trágica historia, diversos absurdos religiosos, políticos, económicos y sociales.

Las injusticias sufridas por las masas del pueblo no han sido completamente olvidadas por ellas. Su estela dejó algo que se asemeja a una intuitiva conciencia histórica, una ciencia práctica, basada en tradiciones, y que a menudo toma el lugar de la ciencia teórica. Así, por ejemplo, uno puede decir actualmente, con cierto grado de seguridad, que ninguna nación de Europa Occidental se dejará robar por un impostor religioso, un nuevo mesías o un embaucador político. Uno puede afirmar, asimismo, que las masas europeas sienten intensamente la necesidad de una revolución económica y social; si el instinto del pueblo no se hiciera sentir tan fuerte, profunda e intensamente en ese sentido, ningún socialista en el mundo, por más que poseyese una genialidad inigualada, sería capaz de agitar al pueblo.

¿Cómo podría ser capaz el proletariado urbano y rural de resistir las intrigas políticas de la iglesia, el Estado y la burguesía? Para defenderse cuenta solamente con un arma, la de su instinto, que siempre tiende a lo verdadero y a lo justo, pues el pueblo es la víctima principal, ya que no la única, de las iniquidades y falsedades que reinan en forma soberana en la sociedad existente, y porque, oprimido por los privilegios, naturalmente exige igualdad.

Pero el instinto no es un arma adecuada para defender al proletariado de las maquinaciones de las clases privilegiadas.

El instinto, abandonado, a sus propias fuerzas, sin haber sido transformado en pensamiento consciente y claramente definido, se deja con facilidad desencaminar, pervertir y engañar. Y le es imposible alcanzar esa autoconciencia sin la ayuda de la educación y de la ciencia. El conocimiento de los problemas y de los hombres, junto a la experiencia política está ausente en el oprimido. La consecuencia puede preverse fácilmente: el oprimido tiene una meta, pero individuos astutos, aprovechándose de su ignorancia, lo encaminan hacia otra, sin que él sospeche siquiera que su actuación lo esté alejando de sus fines. Y cuando finalmente advierte lo que está sucediendo, por lo general es demasiado tarde para evitar el mal ya producido, del cual el proletariado es naturalmente la víctima primera y principal.

Los gobiernos, esos guardianes oficialmente autorizados del orden público, de la propiedad y de la seguridad de las personas, nunca dejan de recurrir a tales medidas cuando se hacen necesarias para su conservación. Cuando las circunstancias lo requieren, se vuelven revolucionarios y explotan –orientándolas en su provecho–, las pasiones socialistas. Y nosotros, revolucionarios socialistas, ¡cómo no sabríamos dirigir esas mismas pasiones hacia su verdadera meta, hacia una meta que concuerde con los profundos instintos que animan al pueblo! Esos instintos, lo repito una vez más, son profundamente socialistas, pues son los instintos de todo hombre de trabajo contra todos los explotadores del trabajo, y precisamente eso es el socialismo elemental, natural y verdadero, el resto, todos los diversos sistemas de organización social y económica, no son más que elaboraciones experimentales, más o menos científicas, y por desgracia frecuentemente dogmáticas, de ese instinto fundamental y primitivo del pueblo.

La solidaridad de clases es más fuerte que la solidaridad de ideas. Los odios sociales, Como los odios religiosos, son mucho más intensos, mucho más profundos que los odios políticos.

Por lo general, a un burgués, –aunque sea el republicano más progresista–, lo afectarán, impresionarán y conmoverán más las desgracias de otro burgués, –aunque este último sea un imperialista acérrimo–, que los infortunios de un trabajador, de un hombre del pueblo. La diferencia de actitud representa, por supuesto, una gran injusticia, pero esa injusticia no es premeditada; es instintiva. Proviene de que las condiciones y hábitos de vida, –los que siempre ejercen sobre los hombres una influencia más poderosa que sus ideas y convicciones políticas–, la manera particular de ser, de desarrollarse, de pensar y de actuar. Todas esas relaciones sociales, tan numerosas y que convergen al mismo tiempo tan regularmente sobre un punto, –la vida burguesa, el mundo burgués–, establecen entre los hombres pertenecientes a ese mundo (cualesquiera sean las diferencias de opinión que puedan existir en su seno con respecto a los asuntos políticos) una solidaridad que es infinitamente más real, profunda, poderosa y, sobre todo, más sincera que la que puede establecerse entre la burguesía y los trabajadores en virtud de la existencia de una comunidad más o menos amplia de convicciones y de ideas.

Debido al origen animal de toda sociedad humana y como resultado de esa fuerza de inercia que ejerce una acción tan poderosa en el mundo intelectual como en el moral y en el material, en toda sociedad que no ha degenerado sino que continúa progresando y mejorando, el mal, ancestralmente, está más profundamente enraizado que el bien. Esto nos explica por qué del total de hábitos colectivos actuales en los países más o menos civilizados la mayoría de ellos son absolutamente despreciables.

Nadie imagine que quiero declarar la guerra a la tendencia general de la sociedad y de los hombres a dejarse gobernar por el hábito. En esto, como en muchas otras cosas, resulta inevitable que los hombres obedezcan a una ley natural y sería absurdo rebelarse contra una ley de la naturaleza. La acción del hábito en la vida intelectual y moral de los individuos como de las sociedades es la misma que la acción de las fuerzas vegetativas en la vida animal. Ambas son condiciones de existencia y de realidad. El bien y el mal, para adquirir realidad, deben convertirse en hábitos, ya sean los del individuo o los de la sociedad. Todos los ejercicios y los estudios que los hombres realizan tienen sólo este propósito como mira, y las mejores cosas echan raíces dentro del hombre y se transforman en su segunda naturaleza sólo por la fuerza del hábito.

Sería entonces un completo desatino rebelarse contra ella, pues se trata de una fuerza inexorable sobre la que nunca podrían triunfar

la inteligencia o la voluntad humana. Pero si –iluminados por las ideas racionales de nuestra época y por el verdadero concepto de justicia elaborado por nosotros– queremos seriamente convertirnos en hombres, debemos hacer sólo una cosa: usar constantemente nuestra fuerza de voluntad, es decir, nuestro hábito de controlar la voluntad ante las circunstancias, a fin de desarraigar los malos hábitos y reemplazarlos por buenos. Para humanizar a la sociedad en su totalidad es necesario destruir sin compasión todas las causas, todas las condiciones económicas, políticas y sociales que provocan en los individuos la tradición del mal y reemplazarlas por condiciones que tendrán como consecuencia necesaria alentar y desarrollar en esos individuos la práctica y el hábito del bien.

En Italia, como en cualquier otro país, existe un único e indivisible mundo de individuos rapaces que, saqueando el país en nombre del Estado, lo han conducido, para mayor beneficio de ese Estado, a la pobreza y a la desesperación más extremas.

Pero hasta la pobreza más terrible que pueda llegar a afligir al proletariado no es en sí misma garantía de la inevitabilidad de la revolución. El hombre fue dotado por la naturaleza de una paciencia asombrosa, a veces exasperante, y sólo el diablo sabe durante cuánto tiempo un trabajador es capaz de tolerar esos males cuando –además de la pobreza que lo condena a privaciones sin fin y a una muerte prolongada por inanición– está dotado también de estupidez, torpeza, falta de conciencia de sus derechos y una imperturbable resignación y obediencia. Un hombre así nunca reaccionará, moriría antes que rebelarse.

Cuando es llevado a extremos de desaliento, el hombre es capaz de estallar en un rapto de indignación. La desesperanza es un sentimiento penetrante, intenso. Lo saca del sopor del sufrimiento resignado y eso ya supone una comprensión más o menos clara de la posibilidad de una existencia mejor, a la que, sin embargo, no espera llegar.

Pero como no es posible permanecer mucho tiempo en la desesperación, rápidamente ésta lo lleva a la muerte o a la defensa de una causa.

¿Qué causa? La causa de la emancipación, por supuesto, y del logro de una vida mejor.

Pero ni siquiera la pobreza y la desesperanza bastan para provocar una revolución social. Aunque puedan originar un número

limitado de alzamientos locales, resultan inadecuados para mover a todas las masas populares. Eso sólo puede ocurrir cuando el pueblo está animado por una idea universal surgida históricamente de las profundidades de su instinto (desarrollado, ampliado y clarificado por una serie de acontecimientos significativos, experiencias amargas y penosas), y cuando tiene una idea general de sus derechos, como así también una fe profunda, apasionada –uno podría decir, hasta religiosa–, en esos derechos. Cuando ese ideal y esa fe popular confluyen con una pobreza que lleva al hombre a la desesperación, entonces la revolución social es inminente e inevitable y no existe poder en el mundo que sea capaz de detenerla.

Voy a explicar la situación particular que puede llegar a enfrentar el socialismo francés que siga a esta guerra*, en el caso de que la misma termine con una paz vergonzosa y desastrosa para Francia.

Los trabajadores estarán mucho más insatisfechos de lo que han estado hasta ahora. Por supuesto, esto es evidente por sí mismo, pero, se sigue de ello que: ¿se volverán más revolucionarios su temperamento y su espíritu, por su voluntad y sus decisiones? E incluso si sucede así, ¿resultará para ellos más fácil que hasta ahora emprender una revolución social?

No vacilo en dar aquí una respuesta negativa a ambas preguntas. Primero, el temperamento revolucionario de las masas trabajadoras –y no por cierto de los individuos excepcionales que tengo en mente–, no depende sólo del mayor o menor grado de pobreza y descontento sino también de la fe o la confianza que los trabajadores tengan en la justicia y en la necesidad del triunfo final de su causa. Desde que comenzaron a existir las sociedades políticas, las masas fueron siempre acicateadas por la pobreza y el descontento, pues todas las sociedades políticas y todos los Estados, desde el comienzo de la historia hasta nuestros días, siempre estuvieron basados, y todavía lo están, en la pobreza y en el trabajo forzado del proletariado. Por consiguiente, los derechos sociales y políticos, como los bienes materiales, han sido siempre privilegio exclusivo de las clases gobernantes; a las masas trabajadoras sólo le correspondieron las privaciones, el desprecio y la violencia de todas las sociedades políticamente organizadas. De ahí su descontento, sobrellevado durante siglos.

* *Alude a la guerra francoprusiana de 1870-71,* N. del *E.*

Sin embargo, ese descontento rara vez provoca revoluciones. Vemos que ni siquiera los pueblos reducidos a la miseria más extrema manifiestan signos de agitación. ¿Cuál es la razón de esta situación? ¿Están acaso conformes? En absoluto. La razón es que no tienen conciencia de sus derechos, no tienen fe en su propio poder, y porque carecen de ambas cosas es que siguen siendo esclavos sin esperanzas.

Los obreros, como ocurrió después del alzamiento de diciembre, estarán sometidos a un total aislamiento moral e intelectual y por ello estarán condenados a una completa impotencia. Al mismo tiempo, para dejar sin cabeza a las masas trabajadoras, unos pocos cientos, quizás unos pocos miles de los elementos más enérgicos, más inteligentes, más convencidos y más fervientes, serán arrestados y deportados a Cayena, como se hizo en 1848 y 1851.

¿Y qué harán las masas desorganizadas y decapitadas? Comerán pasto y, fustigadas por el hambre, trabajaran furiosamente para enriquecer a sus patrones. ¡Deberemos esperar mucho tiempo antes que el pueblo trabajador, reducido a tal estado, emprenda una revolución!

Pero si a pesar de ese miserable estado, el proletariado francés se rebela –conducido por la energía francesa que difícilmente pueda resignarse a la muerte, y también, y en mayor medida, por la desesperación–, entonces los últimos modelos de fusiles serán puestos en uso para hacer entrar en razón a los trabajadores. Por supuesto, estos, frente a tan terrible argumento, al que no opondrán organización, inteligencia ni voluntad colectiva sino únicamente la fuerza desnuda de su desesperación, se sentirán más impotentes que nunca.

¿Y luego? Luego, el socialismo francés dejará de contarse entre las fuerzas activas que impulsan el movimiento y la emancipación del proletariado de Europa. Quizás queden en Francia, escritores socialistas y diarios socialistas, si el nuevo gobierno y el canciller de Alemania, el conde Bismarck, aún se dignan tolerarlos. Pero ni los autores, ni los filósofos, ni sus obras, ni siquiera los diarios socialistas constituyen un socialismo viviente y poderoso. Éste se vuelve real sólo en el instinto revolucionario, en la voluntad colectiva y en la organización de las propias masas trabajadoras. Y cuando ese instinto, esa voluntad y esa organización faltan, los mejores libros del mundo no son más que teorizaciones en el vacío, ensueños impotentes.

Capítulo 4
Revolución y violencia revolucionaria

Las revoluciones no son juegos de niños, no son debates académicos en los que sólo se dañan las vanidades, ni justas literarias en las que sólo se derrama profusamente tinta. Revolución significa guerra y eso implica la destrucción de hombres y de cosas. Es de lamentar, por supuesto, que la humanidad no haya inventado todavía un medio más pacífico de progreso, pero hasta ahora cada paso adelante en la historia sólo ha sido alcanzado a costa de mucha sangre. Sobre este aspecto, la reacción difícilmente pueda hacerle reproches a la revolución; ésta siempre ha perdido más sangre.

Toda revolución política que no tenga como propósito inmediato y directo la igualdad económica es, desde el punto de vista de los intereses y derechos populares, sólo una reacción hipócrita y encubierta.

De acuerdo con la opinión casi unánime de los socialistas alemanes, a la revolución social deberá precederla una revolución política. Esto, en mi criterio es un error importante y fatal porque toda revolución política previa a una revolución social –en consecuencia, sin esta última– será necesariamente una revolución burguesa. Y una revolución burguesa sólo puede llevar a un socialismo burgués, es decir, está destinada a terminar en una nueva explotación –más hipócrita y más hábil, pero no menos opresiva– del proletariado por la burguesía.

El mundo burgués podrá someter y luego esclavizar a las fuerzas rebeldes del pueblo para obligar a las masas trabajadoras, mediante el poder del Knut* y de las bayonetas, a seguir trabajando como hasta ahora y esto conducirá directamente al restablecimiento del Estado bajo su forma más natural: una dictadura militar o una democracia burguesa. O bien las

*Tratamiento de suplicio ruso, N. del E.

masas trabajadoras romperán definitivamente el yugo odioso y secular y destruirán, hasta la raíz, la explotación burguesa y la civilización burguesa basada en esa explotación. Eso sería el triunfo de la revolución social, la abolición del Estado.

El Estado y la revolución social son dos polos opuestos, cuyo antagonismo constituye la esencia misma de la vida social de Europa.

La revolución social debe poner fin al viejo sistema basado en la violencia y dar plena libertad a las masas, a los grupos, comunas y asociaciones, y también a los mismos individuos, destruyendo de una vez por todas la causa histórica de todas las violencias: el poder y la existencia del Estado. La caída del Estado arrastrará consigo todas las iniquidades del derecho jurídico y también todas las falsedades de las religiones, pues éstas no son más que la consagración complaciente, ideal y real, de todas las violencias representadas, garantizadas y fomentadas por el Estado.

En el seno del proletariado –primero en el francés y en el austriaco, luego en el de los demás países de Europa–, ha comenzado a cristalizar una tendencia completamente nueva que se propone abolir en forma directa toda forma de explotación y todo tipo de opresión política, jurídica y también gubernamental; es decir, se propone abolir todas las clases por medio de la igualdad económica y de la desaparición de su último baluarte: el Estado.

Tal es el programa de la revolución social.

Por consiguiente, en la actualidad existe, en todos los países civilizados del mundo, un único problema: la emancipación total y definitiva del proletariado de la explotación económica y de la opresión social del Estado. Por supuesto, este problema no podrá resolverse sin una lucha terrible y sangrienta y, en vista de esa situación, el derecho y la importancia de cada nación dependerá de la orientación y del carácter y el grado de participación en esa lucha.

La revolución social, pues, no puede limitarse a un solo pueblo; es internacional por su misma esencia.

Bajo la organización histórica, jurídica, religiosa y social de la mayoría de los países civilizados, la emancipación económica de los trabajadores es una imposibilidad terminante y en consecuencia, a fin de lograr y llevar a cabo plenamente esa emancipación, es necesario destruir todas las instituciones modernas: el Estado, la Iglesia, las cortes, la universidad, el ejército y la policía, pues son murallas erigidas por las clases

privilegiadas contra el proletariado. Y no basta haberlas destruido en un solo país; es esencial destruirlas en todos los países, pues desde el surgimiento de los Estados modernos, en los siglos XVII y XVIII ha existido entre esos países y esas instituciones una solidaridad cada vez mayor y también poderosas alianzas internacionales.

Las revoluciones no se improvisan. No son realizadas a voluntad por individuos aislados, ni siquiera por las agrupaciones más poderosas. Se producen por la fuerza de las circunstancias y son independientes de cualquier conspiración o deseo deliberado. Pueden ser previstas pero nunca puede acelerarse su estallido.

La época de las grandes figuras políticas ha pasado. Cuando se trataba de emprender revoluciones políticas, esos individuos tenían su lugar, pues la política tiene por objeto la fundación del Estado y su conservación y quien dice "Estado" dice dominación y sometimiento. Los grandes personajes dominantes son absolutamente necesarios en una revolución política; en una revolución social no solamente resultan inútiles sino positivamente perjudiciales e incompatibles con el propósito esencial de esa revolución: la emancipación de las masas. En la actualidad, tanto en la acción revolucionaria como en los sindicatos, lo colectivo debe prevalecer sobre lo individual.

En una revolución social –opuesta diametralmente, en todo sentido, a una revolución política–, las acciones individuales son prácticamente nulas, en tanto la acción espontánea de las masas lo es todo. Todo lo que pueden hacer los individuos aislados es elaborar, aclarar y propagar ideas que responden al instinto popular, aportando sus incesantes esfuerzos a la organización revolucionaria de las masas, pero nada además de eso; el resto pueden y deben realizarlo las masas por sí mismas.

A fin de que, en el momento en que la revolución estalle en todo su poder, exista una fuerza real –bien enca minada y que en virtud de ello, sea capaz de organizar la revolución y de darle una orientación beneficiosa para el pueblo– es necesaria una organización internacional seria de las asociaciones de trabajadores de todos los países, capaz de reemplazar a los Estados y la burguesía.

La bancarrota general y privada es la primera condición para que se dé una revolución social y económica.

Pero los Estados no se derrumban por sí solos, no podrán ser destruidos más que por la revolución de todos los pueblos y de

todas las razas, por la revolución social internacional. Organizar las fuerzas del pueblo para realizar esa revolución: he aquí el único fin de quienes desean sinceramente la emancipación.

La iniciativa en el nuevo movimiento pertenecerá al pueblo; en Europa occidental, a los obreros fabriles y urbanos; en Rusia, Polonia y la mayoría de los países eslavos, a los campesinos.

Pero para que los campesinos se rebelen, es absolutamente necesario que la iniciativa en este movimiento revolucionario parta de los obreros urbanos, pues son quienes reúnen los instintos, las ideas y la voluntad consciente de la revolución social. Por consiguiente, todos los peligros que amenazan al Estado provienen del proletariado urbano.

La transformación social a la que aspiramos con todo nuestro sentimiento es un gran acto de justicia, que encuentra su sentido en la organización racional de la sociedad con igualdad de derechos para todos.

En ningún otro país es tan inminente la revolución social como en Italia, ni siquiera en España, a pesar de que tenga en marcha una revolución oficial. El pueblo espera en Italia una transformación social y aspira a ella conscientemente.

Ni de Italia ni de España puede esperarse una política de conquistas; por el contrario, uno puede esperar una revolución social, en ambos países, en un futuro cercano.

En Inglaterra, la revolución social está más próxima de lo que se espera y en ninguna parte será tan terrible, porque en ninguna otra parte encontrará una resistencia tan encarnizada y tan bien organizada.

Es posible afirmar que la necesidad de una revolución económica y social es sentida intensamente en la actualidad por las masas europeas y esto es precisamente lo que nos da fe en el triunfo cercano de la revolución social. Pues si el interés colectivo de las masas no se pronuncia por sí mismo muy clara, profunda, resueltamente, ningún socialista del mundo, aunque fuera un hombre genial, sería capaz de lograr que esas masas se levanten.

Profundos historiadores y juristas aún no han comprendido esa sencilla verdad, cuya explicación y confirmación hubieran podido encontrar en cada página de la historia, pues es sabido que para hacer inofensiva toda fuerza política, para apaciguarla y someterla, no hay más que un medio: su destrucción. Los filósofos no han comprendido que la única garantía contra las fuerzas

políticas es su destrucción completa; que en política, como en el ruedo en donde luchan fuerzas y hechos, las palabras, las promesas y los juramentos no tienen ningún valor, pues toda fuerza política, mientras continúe siendo una fuerza verdadera, aunque este separada o sea contraria a la voluntad de los soberanos y de otras autoridades que la dirijan, debe tender constantemente a la realización de sus propios fines en virtud de su naturaleza esencial y del peligro de autodestrucción.

El predominio y el triunfo incesante de la fuerza: ese es el núcleo del asunto y todo lo que se denomina derecho en el lenguaje político no es más que la consagración del hecho creado por la fuerza. Por supuesto, el pueblo, aun ansiando vehementemente su emancipación, no espera obtenerla del triunfo teórico del derecho abstracto; debe conquistarla por la fuerza y con ese fin debe organizarse fuera del Estado y contra él.

El triunfo fácil y sin precedentes de las rebeliones populares contra el ejército en casi todas las capitales de Europa, que marcó el advenimiento de la revolución de 1848, fue perjudicial para los revolucionarios no sólo de Alemania sino también de los demás países, porque suscitó en ellos la ingenua seguridad de que bastaría la menor manifestación del pueblo para romper toda resistencia armada del poder militar. A causa de esa convicción, los prusianos, y en general los revolucionarios y demócratas alemanes, creyeron que serían capaces por sí mismos de mantener al gobierno en un estado de temor permanente ante la amenaza de una rebelión popular y no vieron que era necesario organizar, dirigir y estimular los sentimientos revolucionarios y las fuerzas del pueblo.

En cambio, hasta los burgueses más revolucionarios temían –consecuentemente con su origen– esos sentimientos y esas fuerzas y, si estos llegaban a mostrarse, estaban dispuestos a apoyar al Estado para defender el orden establecido, pues consideraban que cuanto más lejana estuviese la rebelión popular tanta más tranquilidad tendrían ellos.

Así fue cómo los revolucionarios oficiales de Prusia y de Alemania menospreciaron el único medio que poseían para obtener una victoria definitiva y eficaz contra la reacción que surgía nuevamente. No sólo desdeñaron el problema de la organización de una revolución del pueblo, sino que hasta trataron de conciliar y de pacificar, aniquilando de este modo la única arma poderosa de que disponían.

¿Es posible hacer justicia sin emplear la violencia? Pero ¡cuidado! un problema resuelto en términos de fuerza sigue siendo un problema.

Pero si la fuerza no puede lograr justicia para el proletariado, ¿que será capaz de lograrla? ¿Un milagro? No creemos en milagros y quienes hablan al proletariado de tales milagros son mentirosos y corruptores.

La conciencia de la justicia de su causa resulta indudablemente vital para el proletariado, para organizar a sus miembros en una fuerza capaz de alcanzar el triunfo. Y el proletariado no carece hoy de esa conciencia. Donde todavía falte entre los trabajadores, es nuestro deber formularla, pues esa justicia se ha vuelto irrefutable aun a los ojos de nuestros adversarios. Pero la mera conciencia de tal justicia no basta; es necesario que el proletariado sume a ella la organización de sus propias fuerzas, pues ya quedó atrás la época en que los muros de Jericó se derrumbaban al sonido de las trompetas; hoy, para poder luchar es necesaria la fuerza.

Les decimos a los trabajadores: la justicia de su causa es indudable, sólo pueden negarla los canallas. Lo que les falta, sin embargo, es la organización de sus propias fuerzas. Organicen esas fuerzas y derriben lo que se interpone en el camino de la justicia. Comiencen derrocando a todos aquellos que los oprimen. Y luego, asegurada la victoria y destruido el poder del enemigo, muéstrense humanos con los desdichados enemigos vencidos, desarmados e inofensivos; reconózcanlos como hermanos e invítenlos a vivir, trabajar junto a ustedes en la búsqueda y el cimento de la igualdad social.

Los trabajadores son muchos, pero el número nada significa si las fuerzas no están organizadas.

¿Qué es, en verdad, lo que observamos? Los movimientos espontáneos de las masas del pueblo, inclusive movimientos tan importantes como el de Palermo en 1866 y el movimiento, aún más imponente, de los campesinos de muchas provincias contra las iniquidades de la ley de *macinato* (impuesto sobre la molienda), nunca encuentran simpatía, o encuentran muy poca, entre la juventud revolucionaria de Italia. Si el último movimiento hubiera estado bien organizado y orientado por gente inteligente, podría haber producido una formidable revolución.

Careciendo de organización y de rumbo, terminó en el fracaso.

Afortunadamente, el proletariado de las ciudades –sin exceptuar a aquellos que juran por los nombres de Mazzini y de Garibaldi–, nunca podrá convertirse completamente a las ideas de Mazzini y Garibaldi. A los trabajadores no les sucederá esto, simplemente porque ellos, oprimidos, despojados, maltratados, misérrimos y hambrientos, poseen la lógica inherente a su papel histórico.

En una revolución social, todos son socialistas, pese a sí mismos, con la excepción de unos pocos individuos, debido a cierta astucia, oportunidad o estafa de su parte, han ingresado o esperan ingresar en las filas de la burguesía.

Si se organizaran con este fin en toda Italia, armoniosa y fraternalmente, sin reconocer otros dirigentes que su propia juventud colectiva, dentro de un año no existirían más obreros: serían todos revolucionarios socialistas, y patriotas, además, pero en el sentido más humano de la palabra. Serían simultáneamente patriotas e internacionalistas. Crearían así una base inamovible para el futuro de la revolución social.

Organicen al proletariado de las ciudades en nombre del socialismo revolucionario y, al hacerlo, únanlo con el campesinado. Solo, el levantamiento del proletariado urbano no bastaría; con ello obtendríamos una mera revolución política que produciría necesariamente una reacción natural y legítima por parte de los campesinos, y esa reacción por parte de estos, o simplemente su indiferencia, ahogaría la revolución de las ciudades, como sucedió hace poco en Francia.

Sólo una amplia y arrolladora revolución que abarque tanto a los trabajadores urbanos como a los campesinos sería lo suficientemente fuerte para derribar y romper el poder organizado del Estado, respaldado como está por todos los recursos de las clases propietarias. Pero una revolución que abarque todo –es decir, una revolución social– es una revolución simultánea del pueblo de las ciudades y del campesinado. Esa es la clase de revolución que debe buscarse, pues sin una organización preparatoria los elementos más poderosos se vuelven insignificantes e impotentes. Los sindicatos crean ese poder consciente sin el cual es imposible cualquier victoria.

Capítulo 5
Métodos del período preparatorio

Para establecer cierta coordinación en el actuar –coordinación que en mi opinión resulta necesaria entre la gente responsable que persigue la misma meta– se requieren ciertas condiciones, un conjunto definido de reglas que rijan igualmente para todos, cierto acuerdo y comprensión que deben renovarse con frecuencia. Sin ellas, hasta la gente más responsable podría llegar a anular los esfuerzos de los demás. La consecuencia sería entones la desarmonía y no la armonía y la confianza serena en lo que nos proponemos.

Uno tiene que saber cómo, cuándo y dónde encontrar al otro y a quién se puede recurrir para lograr una posible cooperación. No somos ricos y sólo cuando unamos y combinemos nuestros medios y acciones podremos crear el capital (el poder de organización) capaz de enfrentar el capital combinado (fuerzas combinadas) de nuestros adversarios. Un pequeño capital bien organizado es de mayor valor que uno grande, pero desorganizado y mal aplicado.

No quiero la dictadura de un capitalista, o de un grupo de capitalistas, ni de un mercado sobre otro.

Quiero ver orden y serena confianza en nuestro trabajo, el que no debe ser resultado de los dictados de una voluntad única, sino de la voluntad bien organizada de todos nuestros camaradas dispersos en varios países. Esto significa que debemos reemplazar al gobierno centralizado por la acción anónima, pero poderosa, de todas las partes. Pero, a fin de que esa descentralización sea posible, es necesario contar con una verdadera organización y ésta no puede existir sin cierto grado de reglamentación, la que es, después de todo, simplemente, el producto de un acuerdo o contrato mutuo.

Tres hombres unidos en una organización ya forman, en mi opinión, un importante principio de poder. ¿Qué sucederá cuando logren varios cientos de seguidores en todo el país? Varios

cientos de jóvenes bien intencionados pero alejados del pueblo no forman por supuesto, una adecuada fuerza revolucionaria.

Hasta él parece haber advertido esta verdad, pues ahora dirige directamente a las masas de trabajadores. Pero esos varios cientos bastan para organizar el poder revolucionario del pueblo.

El único ejército es el pueblo, todo el pueblo, tanto de la ciudad como del campo. Pero, ¿cómo acercarse a ese pueblo? En la ciudad tropezarán con el gobierno, con la burguesía. En el campo interferirán los sacerdotes. No obstante, queridos amigos, existe un poder que es capaz de superar todo eso. Es el poder de lo colectivo. Si ustedes estuvieran aislados, cada uno se viese forzado a actuar por su propia cuenta, seguramente serían impotentes, pero estando unidos y organizando sus fuerzas, por pequeñas que pudieran ser al comienzo, en la acción conjunta, estando conducidos por un pensamiento y una actitud comunes y luchando por una meta común, serán invencibles.

En la actualidad, tanto en la acción revolucionada como en el trabajo diario, los grupos están destinados a reemplazar a lo individual.

Pensarán, vivirán y actuarán colectivamente, y esto, sin embargo, no impedirá el desarrollo individual. Cada uno aportará su propia capacidad y, al unirse, todos aumentarán su valor cientos de veces. Tal es la ley de la acción grupal.

El sentimiento de rebeldía, ese orgullo satánico que odia someterse a cualquier amo, ya sea divino o humano, produce en el hombre amor por la independencia y la libertad.

La insurrección popular, por su misma naturaleza, es espontánea, caótica y despiadada; supone siempre la destrucción de su propiedad y de la ajena. Las masas del pueblo están siempre dispuestas a sacrificarse y lo que las convierte en una fuerza dura y salvaje, capaz de actos heroicos y de objetivos en apariencia imposibles, es que poseen muy poco y con frecuencia absolutamente nada y que, por lo tanto, no están corrompidas por el deseo de propiedad. Si la victoria o la defensa lo exigen, no se detendrán ni ante la destrucción de sus mismas aldeas y, puesto que además la propiedad no está en su poder, pueden llegar a evidenciar una verdadera pasión por la destrucción.

Esa pasión destructiva, sin embargo, está lejos de elevarse a la altura de la causa revolucionaria, pero sin ella la revolución sería imposible, porque no puede haber verdadera revolución sin

una destrucción arrolladora y apasionada, una destrucción beneficiosa y fecunda, pues sólo de ella nacen y surgen mundos nuevos.

Pero nadie puede proponerse destruir sin tener al menos una concepción remota –ya sea verdadera o equivocada– de un nuevo orden que suceda al existente. Cuanto más vívidamente se visualiza el futuro más poderosa es la fuerza de destrucción. Y cuanto más se aproxima esa visión a la verdad, es decir, cuanto más se adecua al desarrollo necesario del mundo social actual, más beneficiosos y útiles resultan los efectos de la acción destructiva. Pues la acción destructiva está siempre determinada –no sólo en su esencia y grado de intensidad sino también en los medios que emplea–, por el ideal concreto, que es su inspiración inicial, su alma.

Si la Internacional estuviera integrada únicamente por secciones centrales, éstas probablemente hubieran logrado hasta ahora formas conspiratorias para derribar el orden establecido, pero tales conspiraciones se limitarían a meros intentos pues serían impotentes para lograr su fin y nunca atraerían más que a un pequeño número de trabajadores, los más inteligentes, los más enérgicos, los más convencidos y los más fervientes. De esa manera, la inmensa mayoría, los millones de proletarios, quedarían fuera de tales conspiraciones, pero para destruir y terminar con el orden social y político que actualmente nos aplasta será necesario contar con la cooperación de todos.

El sistema actualmente dominante es fuerte no por su idea y por su moral, de las cuales carece totalmente, sino por toda la organización ya afianzada, burocrática, militar y policial del Estado, y por la ciencia y la riqueza de las clases interesadas en respaldarlo. Y una de las ilusiones más tenaces y ridículas de Mazzini es, precisamente, la fantasiosa idea de que será posible aplastar ese poder con la ayuda de un puñado de jóvenes pobremente armados. Él sostiene y debe sostener esta ilusión porque, en tanto su sistema le prohíbe recurrir a una revolución emprendida por las grandes masas del pueblo, no le queda otra forma de acción que las conspiraciones de pequeños grupos de jóvenes.

El pueblo, guiado por su admirable sentido práctico y por su instinto, ha comprendido que la primera condición de su emancipación verdadera, o de su humanización es, ante todo, un cambio radical en su situación económica. El problema del pan cotidiano fue, con justicia, el primero para él, pues, cómo

lo señaló Aristóteles, el hombre necesita, para pensar, para sentirse libre, para convertirse en hombre, hallarse liberado de las preocupaciones de la vida material. Respecto de esto, el burgués, que vocifera tanto contra el materialismo del pueblo y le predica las abstinencias del idealismo, sabe bien que es así, puesto que lo predica con la palabra y no con el ejemplo.

El segundo problema es el del ocio después del trabajo, una condición indispensable de la humanidad. Pero el pan y el ocio nunca se lograrán sin una transformación radical de la sociedad y eso implica por qué la revolución, llevada por las implicaciones de su propio principio, dio nacimiento al socialismo.

Aparte del gran problema de la emancipación completa y definitiva de los trabajadores mediante la abolición del derecho de herencia y de los Estados políticos y mediante la organización de la propiedad y la producción colectivas, conjuntamente con otros medios que posteriormente serán examinados por el congreso de la Intenacional, la sección de la Alianza emprenderá el estudio de todos los medios provisionales o paliativos que puedan aliviar, al menos en parte, la situación actual de los trabajadores y tratará de llevarlos a la práctica.

El primer problema para el pueblo es su emancipación económica, pues engendra directa y necesariamente su emancipación política, a la que sigue la emancipación intelectual y moral. Por eso nos adherimos plenamente a la resolución adoptada por el congreso de Bruselas de 1867:

> "Reconociendo que por el momento es imposible organizar un sistema racional de educación, el congreso insta a sus distintas secciones a organizar cursos de estudio que sigan un programa de educación científica, profesional e industrial, o sea, un programa de instrucción integral para remediar tanto como sea posible la falta actual de educación científica, profesional e industrial, comprende perfectamente que debe considerarse una condición previa e indispensable una reducción de las horas de trabajo."

La Alianza de la cual les hablaré en adelante es completamente diferente de la *Alianza Socialdemócrata Internacional*. No es más una organización internacional, es una sección separada de la Alianza Socialdemócrata de Génova, reconocida en julio de 1869 por el consejo general como sección regular de la Internacional. La mejor respuesta que puedo dar a nuestros detractores, a quienes se atreven a decir que queremos disolver la Asociación Internacional de Trabajadores, son las nuevas reglas:

> "Artículo V- El ejercicio constante y real de la solidaridad concreta entre los trabajadores de todos los oficios, incluidos, por supuesto, los trabajadores del campo, es la más firme garantía de su inminente liberación. Observar esa solidaridad en las manifestaciones de los trabajadores, tanto públicas como privadas, y en su lucha contra el capital burgués será considerado el supremo deber de todo miembro de la sección de la Alianza Social demócrata. Cualquier miembro que deje de cumplir con ese deber será expulsado inmediatamente."

Pero, sin dejarse atraer por las voces de sirena de la burguesía y de los socialistas burgueses, los trabajadores deben centrar principalmente sus esfuerzos en la resolución del inmenso problema de la emancipación económica, que debe ser el origen de todos los demás.

Las noticias destacadas de los movimientos obreros europeos pueden resumirse en una palabra: huelgas. En la medida en que avanzamos, continúan difundiéndose las huelgas. ¿Qué significa esto? Significa que la lucha entre las clases obreras y el capital se profundiza más y más, que cada día aumenta el caos económico y que marchamos a grandes pasos hacia el final inevitable de ese caos: la revolución social. Con toda seguridad, la emancipación de los trabajadores podría darse sin violencia si la burguesía tuviera por propia iniciativa un 4 de agosto*, si estuviera disposición a renunciar a sus privilegios y a devolver a los trabajadores sus derechos sobre el capital. Pero el egoísmo y la ceguera burgueses son tan inveterados que uno sería un gran optimista esperando que el problema social pudiera ser solucionado mediante un mutuo entendimiento entre los privilegiados y los desposeídos. Por consiguiente, es más bien del actual exceso de caos de lo que puede esperarse el surgimiento de un nuevo orden social.

Cuando las huelgas comienzan a crecer en alcance e intensidad y se difunden de un lugar a otro, es porque las circunstancias

*Se refiere a la fecha en que los nobles y el clero francés sostuvieron en la Asamblea de París la renuncia a sus derechos feudales.

están maduras para una huelga general. Si ésta se produjera en este momento, en que el proletariado está profundamente imbuido de ideas de emancipación, sólo podría llevar a un gran cataclismo que regenerará a la sociedad. Indudablemente no hemos alcanzado aún ese punto, pero todo nos conduce a él. Sólo es necesario que el pueblo esté sobre aviso y que no se deje desplazar, por charlatanes, embaucadores y fantasiosos. Por esta razón es que deberá formar de antemano una organización fuerte y responsable.

¿Quién no sabe los sufrimientos y sacrificios que cuesta cada huelga a los trabajadores? Pero las huelgas son necesarias; en realidad, son tan necesarias que sin ellas sería imposible impulsar a las masas a la lucha y también sería imposible organizarlas. Huelga significa rebeldía, y las masas sólo se organizan en la rebelión y debido a ella; la rebelión empuja al trabajador común a salir de su existencia monótona, a romper su aislamiento sin sentido, sin alegría y sin esperanza. La rebeldía hace que todos los trabajadores se unan en nombre de la misma pasión y de la misma meta; más gráfica y perceptible convence a todos de la necesidad de una organización rigurosa para alcanzar la victoria. Las masas sublevadas son como metal ígneo; se funden en una masa continua que toma forma mucho más fácilmente que el metal en frío, mientras haya buenos operarios que sepan cómo moldearla.

Las huelgas despiertan en las masas todos los instintos sociales y revolucionarios que laten profundamente en el corazón de cada trabajador y constituyen, por así decirlo, su existencia socio-fisiológica. Pero, por lo común, esos instintos son percibidos conscientemente por muy pocos trabajadores, mientras la gran mayoría está aplastada por hábitos serviles y por un espíritu de resignación general. Pero cuando esos instintos, estimulados por la lucha económica, despiertan en las multitudes entusiasmadas, la propaganda de las ideas sociales y revolucionarias se vuelve más fácil, pues ellas son simplemente la expresión más pura de los instintos del pueblo. En la medida en que no correspondan a esos instintos, serán falsas y, en la medida en que sean falsas, serán necesariamente rechazadas por el pueblo. Pero si tales ideas llegan como una expresión honesta de los instintos, si representan el pensamiento genuino del pueblo, pronto embargarán a las multitudes sublevadas y, una vez encontrado el camino, velozmente se encaminarán a su plena realización.

Toda huelga es sumamente valiosa porque amplía y profundiza cada vez más la brecha que separa a la clase burguesa de las masas populares y demuestra así, de la manera más evidente, que sus intereses son absolutamente incompatibles con los intereses de los capitalistas y de los poseedores de la propiedad. Las huelgas son valiosas porque destruyen en la mente de las masas esclavizadas y explotadas la posibilidad de efectuar tratos o arreglos con el enemigo; destruyen de raíz lo que se llama *socialismo burgués*, manteniendo la causa del pueblo libre de cualquier enredo en las combinaciones económicas y políticas de las clases propietarias. No hay medio mejor que una huelga para aislar a los trabajadores de la influencia de la burguesía.

Sí, las huelgas tienen un valor enorme; crean, organizan y forman el ejército de los trabajadores, ejercito que está destinado a romper el poder de la burguesía y del Estado y a dar el fundamento de un mundo nuevo.

Ustedes saben que hay dos clases de cooperación: la cooperación burguesa, que tiende a crear una clase privilegiada, una especie de nueva burguesía colectiva organizada en una sociedad de accionistas, y la verdadera cooperación, que es la socialista del futuro y que por esa misma razón es prácticamente irrealizable en el presente.

Mientras los socialistas revolucionarios, convencidos de que el proletariado no podrá liberarse bajo el actual orden económico de la sociedad, exigen la desaparición de esta organización social y principalmente la abolición de la propiedad hereditaria y personal, los socialistas burgueses quieren, en cambio, conservar todas las bases principales y esenciales del orden económico existente, pues sostienen que, incluso bajo este orden y en estas condiciones sociales necesarias para el éxito de la civilización burguesa, los trabajadores pueden liberarse y mejorar sustancialmente su situación material, por obra del poder milagroso de la libre asociación.

Por consiguiente, proponen a los trabajadores, como únicos medios de salvación, la formación de mutuales, bancos sindicales y asociaciones cooperativas de productores y de consumidores. Al mismo tiempo, les suplican que no crean en los revolucionarios utópicos, quienes, en verdad, les prometen una igualdad imposible y consciente o inconscientemente los arrastran a la ruina y a la perdición definitivas.

La experiencia de veinte años en Inglaterra, Francia y Alemania, –la única experiencia prolongada que los movimientos cooperativos pueden invocar como respaldo–, ha demostrado por último que el sistema cooperativo, que lleva en sí el germen del orden económico futuro, no es capaz de liberar a los trabajadores bajo las condiciones actuales ni de mejorar siquiera su situación. La famosa asociación de los obreros de Rochdale en Inglaterra, que causó tanto revuelo e impulsó a que en otros países se intentara tantas veces copiarla, terminó por engendrar una nueva burguesía colectiva que no tenía escrúpulos en explotar a los trabajadores que no pertenecían a sus cooperativas.

Los trabajadores ingleses, con su gran sentido práctico, ya llegaron a ver la imposibilidad de concretar el sistema cooperativo bajo las condiciones existentes de predominio del capital burgués en el proceso de producción y en la distribución de la riqueza. Enseñados por la experiencia, los trabajadores más enérgicos y más adelantados de Inglaterra, se unen actualmente en los llamados sindicatos, formados no con vistas a la organización definitiva de la producción, lo que aún no sería posible, dadas las condiciones existentes, sino a la organización de los trabajadores contra el mundo privilegiado de los "señores bien nacidos".

En Alemania hay actualmente cinco mil asociaciones obreras de todo tipo, formadas principalmente por Schulze-Delitzsch, Hirsh, Dunker y otros seguidores de Schulze, y podemos decir, luego de la experiencia de tantos años, que el resultado de su existencia es prácticamente nulo. La situación de los obreros alemanes no mejoró ni un ápice; por el contrario, respondiendo a una ley económica determinada, según la cual la pobreza de la clase trabajadora aumenta en la misma medida en que el capital burgués crece y se concentra en menos manos, la situación de los obreros alemanes, y asimismo de los de otros países, ha empeorado considerablemente.

En la actualidad, la inmensa mayoría de los trabajadores alemanes ha dado la espalda a las cooperativas del tipo de Schulze-Delitzch y de Max Hirsh para unirse en gran número a organizaciones activas de lucha, la antigua asociación de Lassalle o la nueva asociación socialdemócrata.

Desde el punto de vista económico, y como resulta evidente ya para todos, el sistema de Schulze-Delitzsch tendía directamente a preservar al mundo burgués contra la tempestad social; en cuanto al punto de vista político, tendía a someter completamente al proletariado a la explotación de la burguesía, en cuyas manos no sería más que un instrumento obediente y estúpido.

Contra este doble y burdo engaño se había levantado Ferdinand Lassalle. Le fue fácil demoler el sistema económico de Schulze-Delitzsch y demostrar también la insustancialidad de su sistema político. Nadie sino Lassalle pudo explicar y demostrar tan convincentemente a los obreros alemanes que bajo las condiciones económicas actuales la situación del proletariado no podría mejorar en ningún aspecto; por el contrario, en virtud de la inevitable ley económica, empeoraría de año en año, a pesar de las ventajas efímeras y temporales que las cooperativas pudieran aportar a un número ínfimo de trabajadores.

Al destruir el programa político de Schulze-Delitzsch, Lassalle demostró que toda esa política pretendidamente popular sólo tendía a consolidar los privilegios económicos de la burguesía.

En Francia el sistema cooperativo fracasó estrepitosamente.

Ya nadie piensa ni cree más en las cooperativas como medio de salvación y todas las agrupaciones obreras existentes en Francia se encaminan hacia un gran cambio y a asociarse en una inmensa unión federada para sostener la lucha revolucionaria contra el capital.

Los economistas liberales y los socialistas científicos convienen en su crítica de las cooperativas; convienen en que no pueden resistir la competencia del gran capital.

El socialismo pacífico, el socialismo cooperativo burgués, está condenado y en la actualidad prácticamente extinguido. La experiencia demostró que no puede concretarse y, con anterioridad, también el análisis teórico había demostrado su imposibilidad.

Los economistas serios de dos escuelas opuestas –la escuela liberal y la de los comunistas científicos–, que difieren en todos los puntos y convienen sólo en uno, han formulado desde hace mucho tiempo su convicción (una de ellas basándose en la ciencia, es decir, en un estudio riguroso del movimiento cooperativo y del desarrollo de los hechos económicos), de que, bajo la actual organización de la economía social y de la producción de bienes, y el incremento, la concentración y el dominio del capital que deriva necesariamente de esa organización económica, ningún esfuerzo por parte de las agrupaciones obreras será capaz de liberar al trabajo del yugo opresivo del

capital; y de que los bancos sindicales, sostenidos únicamente por los exiguos ahorros de los trabajadores, nunca serán capaces de resistir la competencia de los poderosos bancos burgueses, internacionales y oligárquicos.

También llegaron, hace mucho tiempo, a la conclusión de que frente al sostenido aumento de la oferta de mano de obra y de estómagos hambrientos, incremento que se acelera como resultado de la concentración del capital en menos manos y de la consiguiente proletarización de las capas bajas, e inclusive de las capas inedias de la burguesía, los trabajadores, para escapar de la muerte por inanición, están obligados a competir entre sí, llevando los salarios hasta el límite mismo de subsistencia; por lo tanto, todas las agrupaciones obreras cooperativas, al disminuir los precios de los principales artículos de sus listas, deben necesariamente reducir la escala de salarios, empeorando así la situación de los trabajadores.

Los economistas han demostrado, asimismo, que las asociaciones de productores dan resultado sólo en aquellas ramas de la industria todavía no acaparadas por el gran capital, pues ninguna asociación obrera puede competir con éste en la producción en gran escala. Y en la medida en que el gran capital, por una necesidad que le es inherente, hace lo posible por lograr el control exclusivo de todas las ramas de la industria, el destino final de las asociaciones de productores será el mismo que el de la pequeña y media burguesía: la miseria general y el esclavizado sometimiento al capital oligárquico burgués y la absorción de cualquier tipo de propiedad pequeña o mediana por la gran propiedad, patrimonio de unos pocos cientos de afortunados en toda Europa.

La libertad de explotar el trabajo del proletariado, obligado a venderse al capital al precio más bajo posible, obligado no por una ley política o civil cualquiera sino por la amenaza del hambre, no teme la competencia de las asociaciones de trabajadores, ya sea de productores o de consumidores, o de mutuales de crédito, por la simple razón de que las asociaciones de trabajadores, reducidas a sus propios medios, nunca serán capaces de reunir el capital necesario para luchar contra el capital burgués.

Las sociedades de consumidores, organizadas en pequeña escala, pueden contribuir a mejorar el penoso destino de los trabajadores, pero apenas comiencen a crecer, apenas logren bajar los precios

de los artículos de primera necesidad, traerán como consecuencia inevitable una caída en la escala de salarios.

Alianzas políticas y colaboración entre las clases. ¿A qué precio? La confianza produce unión y la unión crea poder.

Estas son verdades que nadie intentará negar, pero para que puedan imperar son necesarias dos cosas: que la confianza no se convierta en locura y que la unión, sincera igualmente para todos, no se vuelva una ilusión, una falsedad o una explotación hipócrita. Es necesario que todas las partes unidas olviden completamente –no para siempre, por supuesto sino durante el lapso de su unión– sus intereses particulares, esos intereses y propósitos que las dividen en épocas normales, y que se encaminen hacia un propósito común.

¿Si no fuera así, cuál sería el resultado posible? El partido sincero se convertiría por fuerza en víctima incauta del menos sincero; sería sacrificado no por el triunfo de la causa común sino en detrimento de ella y sólo se beneficiaría el partido que hubiera explotado hipócritamente esa unión.

¿Para que la unión sea factible y verdadera, acaso no es preciso que el propósito que une a las partes sea el mismo? ¿Y es eso lo que ocurre ahora? ¿Puede decirse que el proletariado y la burguesía quieran exactamente la misma cosa? En absoluto.

Es evidente que el sector socialista revolucionario del proletariado no puede aliarse con ninguna facción de la política burguesa, ni siquiera con la facción más progresista, sin convertirse inmediatamente, aun en contra de su voluntad, en un instrumento de esa política.

Si la burguesía y el proletariado franceses persiguen propósitos no solamente distintos sino completamente opuestos, ¿por qué milagro podría establecerse entre ellos una unión sincera y verdadera? Resulta manifiesto que esa conciliación tan alabada y ardientemente defendida no será más que una completa mentira. Fue esa mentira la que destruyó a Francia. ¿Puede esperarse que la misma mentira la vuelva a la vida? Por más que esa división sea condenada, no dejará de existir en los hechos. Y como existe, como está condenada a existir por la misma naturaleza de las cosas, sería infantil, y hasta mortal, desde el punto de vista de la salvación de Francia, negarla y no reconocer abiertamente su existencia. Y además, como la seguridad de Francia exige la unión, el olvido, el sacrificio de todos los intereses, de todas

las ambiciones y diferencias personales, olviden y sacrifiquen, tanto como sea posible, todas las diferencias partidistas, pero en nombre de una salvación purificada de todo tipo de ilusiones, que serían funestas; busquen la unión únicamente con quienes quieran tan seria y apasionadamente como ustedes salvar a Francia a cualquier precio. Cuando debe enfrentarse un gran peligro, ¿no es mejor marchar contra él en pequeño número pero con la certeza de mantenerse unidos en la lucha, en lugar de hacerlo junto a una multitud de falsos aliados capaces de traicionar en la primera batalla?

Capítulo 6
Los jacobinos de 1870 temieron la anarquía revolucionaria

La administración imperial, de la Francia napoleónica de 1870, no podía ser destruida de un soplo, pues hubiera sido imposible reemplazarla inmediatamente por otra. Si eso se intentara hoy, sobrevendría, en medio de un terrible peligro, un período más o menos prolongado durante el cual Francia se encontraría sin administración y, por consiguiente, sin vestigios de gobierno, período en el que el pueblo francés, abandonado completamente a sí mismo, sería víctima del más completo caos. Eso nos parecería muy bien a nosotros, los socialistas revolucionarios, pero no entra en los planes de los jacobinos, partidarios sin igual del Estado.

Para tomar medidas extraordinarias en bien de la seguridad pública, para tener el poder de crear fuerzas nuevas, de insuflar una provechosa energía a una administración corrompida y a un pueblo alejado de toda iniciativa, es necesario poseer eso que la burguesía de 1792-1793 tenía en gran medida y de lo que carece absolutamente la burguesía actual, incluso entre sus representantes más radicales, los republicanos de hoy. Para hacer todo eso es necesario poseer una mente revolucionaria, voluntad y energía revolucionarias; es necesario tener el anarquismo dentro del cuerpo.

Aparte de esas cualidades personales, que ponían una marca verdaderamente heroica sobre los hombres de 1793, el éxito de los comisarios de gobierno de la Convención Nacional de jacobinos se debió a que la Convención en sí misma era genuinamente revolucionaria y a que, para excluir a la burguesía liberal, ordenó a todos los procónsules enviados a las provincias basarse, siempre y dondequiera que estuvieran, en el pueblo mismo.

El antagonismo entre la revolución burguesa y la revolución popular aún no existía en 1793; no existía en la conciencia del pueblo ni tampoco en la conciencia de la burguesía. La experiencia histórica no había puesto aún de manifiesto la verdad eterna de que

la libertad de toda clase privilegiada, incluida por supuesto, la de la burguesía, se funda esencialmente en la esclavitud económica del proletariado. Esa verdad ha existido siempre como hecho, como consecuencia real, pero entonces estaba oscurecida por otros hechos y encubierta por tantos intereses y tantas tendencias históricas, (en particular tendencias religiosas, nacionales y políticas) que todavía no aparecía claramente para la burguesía.

La burguesía y el proletariado han sido siempre, sin tener conciencia de ello, enemigos naturales, eternos, y debido a esa ignorancia atribuyeron, la burguesía, sus terrores, y el proletariado, sus infortunios, a causas ficticias y no a su antagonismo real. Creyeron ser amigos y debido a esa creencia marcharon juntos contra la monarquía, contra la nobleza y contra los sacerdotes. Eso fue lo que dio a los revolucionarios burgueses de 1793 su gran poder. No solamente no temieron desatar las pasiones populares sino que las fomentaron por todos los medios a su disposición, considerándolas único camino para salvar al país y salvarse a sí mismos de la reacción interna y del ataque exterior.

Cuando un comisario extraordinario, nombrado por la Convención, llegaba a una provincia, nunca se dirigía a la gente importante de esa región ni a los revolucionarios de guante blanco; se dedicaba a los *sans-culottes*, al populacho, y de éste dependía, para poner en práctica contra la voluntad de los aristócratas y de los revolucionarios "bien alimentados", los decretos de la Convención. Lo que hacían esos comisarios, pues, no tendía a una centralización o a formar una nueva administración; pretendían verdaderamente suscitar un movimiento popular.

Generalmente, no iban a una provincia con la intención de imponer dictatorialmente la voluntad de la Convención Nacional. Eso sucedía rara vez, cuando entraban en provincias que eran unánimes y decididamente hostiles y reaccionarias, y en tales casos no iban solos sino acompañados por tropas que agregaban a su elocuencia cívica el argumento de las bayonetas. Pero lo más usual era que fueran solos, sin llevar ni un soldado para apoyarlos, y que buscaran apoyo en las masas, cuyo instinto invariablemente coincidía con las ideas de la Convención.

Lejos de restringir la libertad de los movimientos populares por temor a la anarquía, los comisarios trataron de fomentarlos por todos los medios. Lo primero que hacían era formar un club del pueblo donde todavía no existiera uno; por ser verdaderos revolucionarios descubrían fácilmente a sus pares y los unían para avivar las llamas revolucionarias, para fomentar la anarquía, para levantar a las masas y organizar en una línea revolucionaria esa anarquía popular. La organización revolucionaria era la única administración y la única fuerza ejecutiva de que disponían los comisarios extraordinarios para revolucionar y conmover a las provincias.

Tal fue el verdadero secreto del poder de esos gigantes de la revolución a quienes los pigmeos jacobinos de nuestra época admiran sin haber logrado aproximarse a ellos.

Al igual que en 1792, Francia sólo puede ser salvada de los prusianos mediante un gran levantamiento del pueblo.

Lo único que puede salvar a Francia ante los terribles y mortales peligros que la amenazan actualmente es un levantamiento salvaje, espontáneo, imponente, apasionadamente violento, anárquico y destructivo de las masas del pueblo en toda Francia.

Creo que justamente hoy en Francia, y probablemente también en otros países, existen sólo dos clases capaces de un movimiento semejante: la de los obreros y la de los campesinos. Que no sorprenda que hable de los campesinos. Los campesinos, inclusive los de Francia, pecan únicamente por ignorancia y no porque carezcan de temperamento. No han abusado de su vida, ni siquiera la han usado, no han sufrido el efecto perjudicial de la civilización burguesa, que los afectó sólo superficialmente y por ello conservan el temperamento enérgico y la naturaleza del pueblo. La propiedad y el amor, no a los placeres sino a la usura, los ha hecho bastante egoístas, pero no han anulado su odio instintivo hacia los "señores bien nacidos" y sobre todo hacia los terratenientes burgueses, que gozan de la renta de la tierra sin producirla con su trabajo. Además, los campesinos son profundamente patriotas y nacionalistas y han hecho un culto de la tierra, pues tienen pasión por ella; yo creo que nada será más fácil que incitarlos contra los invasores extranjeros que quieren arrebatar a Francia dos de sus más grandes provincias.

Es evidente que para levantar a los campesinos, ganándose su voluntad, es necesario usar mucha prudencia, es necesario cuidarse, al hablarles, de formular ideas y de emplear frases que ejercen sobre los trabajadores urbanos un efecto todopoderoso pero que, por haberles llegado a los campesinos por intermedio de reaccionarios de todo tipo, desde grandes terratenientes a

funcionarios estatales y del clero, que se las hicieron odiosas y amenazantes, producen sobre ellos un efecto opuesto al que pretenden. No, al hablarles a los campesinos se debe usar el lenguaje más simple, las palabras que mejor correspondan a sus instintos y a su comprensión.

En aquellos pueblos donde existe como prejuicio y hábito ferviente el amor platónico y ficticio al emperador*, no se debe siquiera hablar contra él. Es necesario socavar en los hechos el poder del Estado y del emperador, pero sin decir nada contra él. Creo que, minando la influencia, la organización oficial y, en la medida de lo posible, destruyendo las personas que actúan como funcionarios del emperador –alcaldes, jueces de paz, clero, gendarmes y jefes de policía locales–, será posible, como en el alzamiento de setiembre, levantar a los campesinos. Es necesario decirles que los prusianos deben ser expulsados de Francia –esto lo comprenderán perfectamente porque son patriotas– y que para lograrlo deben armarse, organizarse en batallones de voluntarios y marchar contra los invasores.

Pero antes de que comiencen a hacerlo, también es necesario que, siguiendo el ejemplo de las ciudades– que se han desembarazado de sus parásitos explotadores y que han encargado la tarea de la defensa a los hijos del pueblo, a los trabajadores– los campesinos se libren asimismo de los señores que los explotan, los deshonran y cultivan la tierra con mano de obra asalariada y no con sus propias manos. Por lo tanto, es esencial impulsarlos a oponerse obstinadamente a los notables del pueblo, a los funcionarios y, si fuera posible, al mismo clero. Déjeselos apoderarse de lo que quieran en la Iglesia y de las tierras que pertenecen a la Iglesia, si es que las posee, y déjeselos que tomen posesión de las tierras que pertenecen al Estado y también de los fundos de los grandes terratenientes.

Y luego será necesario decirles a los campesinos que, como en todas partes los pagos se han suspendido, ellos también deben suspender sus pagos, pagos de deudas privadas, impuestos y amortizaciones, hasta que haya sido establecido un perfecto orden; que de otra manera todo el dinero pasará a manos de los funcionarios que lo retendrán, o a manos de los prusianos.

*Napoleón III

Hecho esto, déjeselos marchar contra los prusianos, pero primero déjeselos organizarse, unirse según los principios de la federación, pueblo con pueblo y también con las ciudades, para brindarse mutua ayuda y defenderse juntos tanto de los prusianos externos como internos.

En este punto surge un interrogante: la revolución de 1792 y 1793 pudo dar a los campesinos, no gratis sino a precios muy bajos, las tierras pertenecientes de la nación, a la Iglesia y a los emigrantes nobles, las que habían sido confiscadas en su totalidad por el Estado. Pero ahora, se argumentará, la revolución no tiene nada para darle a los campesinos. ¿Es esto verdad? ¿Acaso la Iglesia y las órdenes religiosas no se han hecho nuevamente ricas debido a la tolerancia criminal de la monarquía legitimista y, sobre todo, del Segundo Imperio?

Ciertamente, la mayor parte de su riqueza ha sido prudentemente resguardada, en previsión de posibles revoluciones. La Iglesia, si bien preocupada siempre por asuntos celestiales, nunca dejó de lado sus intereses materiales, siendo famosa por sus astutas especulaciones económicas, y, sin duda, ha colocado la mayor parte de sus bienes terrenales –que continúa acrecentando día a día para mayor bien de los pobres y desafortunados–, en todo tipo de empresas comerciales, industriales y bancarias, como así también en títulos privados de todos los países.

Por lo tanto, produciría una verdadera bancarrota universal –que llegará como consecuencia inevitable de una revolución social universal– privar a la Iglesia de esa riqueza que hoy constituye el principal instrumento de su poder, desgraciadamente un poder todavía formidable. Y sigue siendo no menos verdadero que la Iglesia posee actualmente, en especial en las provincias del sur de Francia, inmensos feudos y edificios, así como ornamentos y platería que representan verdaderos tesoros en oro, plata y piedras preciosas. Bien, todo eso puede y debe confiscarse, y no en beneficio del Estado sino en beneficio de las comunas.

Esta es, pues, según mi parecer, la única forma efectiva de influir sobre los campesinos en dos direcciones: la defensa del país contra la invasión prusiana y la destrucción del aparato estatal en las comunas rurales, donde se encuentran sus principales raíces. Y, consecuentemente, hacia la revolución social.

Sólo mediante este tipo de propaganda, sólo mediante una revolución social así comprendida, puede uno luchar contra el

espíritu reaccionario de los pueblos, puede uno lograr superarlo y transformarlo en un espíritu revolucionario.

Las supuestas simpatías bonapartistas de los campesinos franceses no me alarman. Tales simpatías son simplemente síntomas superficiales del instinto socialista desviado por la ignorancia y explotado por la malicia, una enfermedad de piel que cederá al heroico tratamiento del socialismo revolucionario. Los campesinos no se van a deshacer de sus tierras, de su dinero ni de su vida para conservar el poder de Napoleón III, pero de buen grado darán, para ese fin, la vida y la propiedad de otros, pues detestan a esos otros. Abrigan el odio supremo, totalmente socialista, de los hombres de trabajo contra los hombres del ocio, contra los "señores bien nacidos".

Si queremos ser prácticos, si, cansados de ilusiones, resolvemos luchar de la forma más seria para efectuar una revolución, tendremos que comenzar por liberarnos nosotros mismos de muchos prejuicios burgueses, doctrinarios, que el proletariado urbano tomó, por desgracia, en gran medida, de la burguesía. El obrero de la ciudad, más evolucionado que el campesino, a menudo desdeña a éste y habla de él con un desprecio completamente burgués. Nada es más irritante que el desdén; por eso los campesinos responden con odio al desprecio de los trabajadores industriales. Y eso es una gran desgracia, pues el desprecio y el odio dividen al pueblo en dos campos, y cada uno de ellos paraliza y socava al otro. Entre esos dos partidos no existen en realidad intereses opuestos, existe sólo un inmenso y perjudicial malentendido que debe ser allanado a cualquier precio.

El socialismo más esclarecido, más civilizado, de los trabajadores urbanos –un socialismo que por esa misma circunstancia adquiere cierto carácter burgués– desdeña y menosprecia el socialismo de los campesinos, natural, primitivo y mucho más salvaje, y, como desconfía de él, trata siempre de coartarlo, de oprimirlo en nombre de la igualdad y de la libertad. Esto lleva a los campesinos a confundir el socialismo urbano con el espíritu burgués de las ciudades. Los campesinos miran al trabajador industrial como un lacayo burgués o como un soldado de la burguesía; por esta razón desprecian y detestan al trabajador urbano como tal. Lo odian hasta el punto de convertirse ellos mismos en sirvientes y ciegas herramientas de la reacción.

Este es el antagonismo fatal que ha paralizado hasta ahora los esfuerzos revolucionarios de Francia y de Europa. Todo el que quiera el triunfo de la revolución social debe primero disipar ese antagonismo. Como los dos campos se hallan divididos sólo por una incomprensión, es necesario que uno de ellos tome la iniciativa de explicar y conciliar. La iniciativa debe pertenecer al sector más esclarecido, o sea, a los trabajadores urbanos. Para lograr esa conciliación, ellos deben ser los primeros en aclararse a sí mismos las razones que tienen contra los campesinos.

¿Cuáles son sus principales motivos de queja?

Existen tres motivos: el primero, que los campesinos son ignorantes, supersticiosos y fanáticos que se dejan conducir por los sacerdotes; el segundo, que los campesinos son fieles al emperador, y el tercero, que los campesinos son partidarios fervientes de la propiedad individual.

Es cierto, los campesinos franceses son crasamente ignorantes. ¿Pero, es culpa de ellos? ¿Se ha preocupado alguien de proporcionarles escuelas? ¿Y es su ignorancia una razón para despreciarlos y maltratarlos? Si así fuera, los burgueses, que son sin duda más cultos que los trabajadores industriales, ¿tendrían el derecho de despreciar y de maltratar a éstos? Y conocemos un número considerable de burgueses que así lo creen y que fundan en su superioridad intelectual el derecho de dominar a los trabajadores y de exigirles sometimiento. Pero lo que constituye la grandeza de los trabajadores ante la burguesía no es su educación, en verdad muy escasa, sino su instinto y su sentido de justicia. Pero, ¿acaso los campesinos carecen de ese instinto de justicia? Observen bien y encontrarán entre ellos ese mismo instinto, aunque se manifiesta de distintas formas. Encontrarán junto a la ignorancia un profundo sentido común, una admirable perspicacia y esa energía para el trabajo que representa el honor y la salvación del proletariado.

Siempre me disgustó tener que escuchar no sólo de revolucionarios jacobinos sino también de socialistas formados en la escuela de Blanqui –e inclusive de algunos de nuestros amigos íntimos indirectamente influidos por esa escuela– pregonar la idea totalmente antirrevolucionaria de que la futura república deberá abolir por decreto todos los cultos públicos y asimismo disponer la expulsión violenta de todos los sacerdotes. Para comenzar, soy enemigo absoluto de una revolución por decreto, pues no sería

más que la aplicación de la idea de "un Estado revolucionario" y un corolario de ella, es decir, una reacción encubierta por apariencias revolucionarias. Al sistema del decreto revolucionario opongo el sistema de la acción revolucionaria, el único sistema efectivo, coherente y verdadero. El sistema autoritario del decreto, al pretender imponer la libertad y la igualdad, las destruye. El sistema anarquista de la acción las convoca y las origina necesariamente, sin la intervención de ningún tipo de violencia autoritaria u oficial. El primero conduce irremediablemente al triunfo final de una reacción abierta. El segundo, asienta la revolución sobre un fundamento natural e inamovible.

Por consiguiente, tomando este ejemplo, diremos que si la abolición de los cultos religiosos y la expulsión de los sacerdotes fueran decretados por ley, podríamos estar seguros de que hasta el campesino menos religioso se alzaría en defensa del culto proscripto y de los sacerdotes expulsados. Tal vez lo hicieran por simple espíritu de contradicción o por un sentimiento legítimo y natural –sentimiento que es el fundamento de la libertad–, surgido en el corazón de todo hombre ante una medida impuesta, aunque haya sido tomada en nombre de la libertad. Uno puede estar seguro, pues, de que si las ciudades cometen la locura de decretar la abolición de los cultos religiosos y la expulsión de los sacerdotes, los campesinos se pondrán de parte de los sacerdotes, se alzarán contra las ciudades y se convertirán en un terrible instrumento en manos de la reacción.

¿Se desprende de esto que deba dejarse a los sacerdotes el ejercicio pleno de su poder? En absoluto. Es necesario combatirlos más enérgicamente, no porque sean sacerdotes ni porque sean ministros de la religión católica romana, sino porque son agentes prusianos. Tanto en los pueblos como en las ciudades, no deben ser las autoridades revolucionarias –ni aun cuando se trate de un comité revolucionario de seguridad pública–, las que derriben a los sacerdotes. Debe ser la propia masa, los obreros de las ciudades y los campesinos de los pueblos quienes emprendan la acción contra los sacerdotes, mientras las autoridades revolucionarias aparentemente los protejan en nombre del respeto por la libertad de conciencia. Copiemos la sabiduría de nuestros adversarios. Observemos cómo, por ejemplo, todos los gobiernos se explayan sobre la libertad, mientras son totalmente reaccionarios en sus acciones. Dejen que las autoridades revolucionarias sean parcas en sus frases, pero, usando un idioma tan moderado y pacífico como sea posible, permítaseles que realicen la revolución.

Esto es completamente opuesto a lo que han estado haciendo hasta ahora las autoridades revolucionarias en todos los países. Muy a menudo han demostrado el mayor vigor y la mayor capacidad revolucionaria en su lenguaje, mientras sus actos eran moderados o incluso totalmente reaccionarios. Puede decirse que el vigor de su lenguaje les ha servido, en muchos casos, como una máscara para engañar al pueblo, para encubrir la debilidad y la inconsistencia de sus actos. Existen personas, sobre todo entre la pretendida burguesía revolucionaria, que por proferir algunas frases exaltadas creen estar haciendo la revolución y, una vez que han pronunciado esas frases, y precisamente por ello, consideran lícito arrojarse a la acción, demostrando entonces una inevitable incoherencia y entregándose a actos puramente reaccionarios. Nosotros, que somos verdaderamente revolucionarios, debemos actuar de una manera completamente opuesta. Hablemos menos de revolución y hagamos mucho más. Dejemos a los otros la tarea de desarrollar teóricamente los principios de la revolución social y contentémonos con aplicar ampliamente esos principios; concretémoslos en hechos.

Aquellos que me conocen bien entre nuestros aliados y amigos tal vez se asombren de que yo use este lenguaje, después de haber trabajado tanto en la elaboración teórica y habiéndome mostrado siempre tan celoso y feroz guardián de los principios revolucionarios. Pero los tiempos han cambiado. Un año atrás estábamos preparándonos para una revolución –inminente para algunos, menos próxima para otros–. Hoy, estamos en medio de una revolución. Entonces, resulta absolutamente necesario mantener el elevado nivel de los principios teóricos y presentarlos en toda su pureza para formar una organización, tal vez pequeña en número, pero compuesta por personas consagradas entera, sincera y fervientemente a los ideales revolucionarios.

Ahora ya no urge reclutar gente para ese grupo. Hemos logrado, bien o mal, formarlo y, aunque es pequeño respecto de la cantidad de personas que lo integran, es inmenso respecto de las grandes masas populares a las que representa. Ahora todos debemos embarcarnos en la violenta oleada revolucionaria y de aquí en adelante deberemos difundir nuestros principios

no a través de palabra sino a través de acciones, pues esa es la forma de propaganda más popular, más poderosa e irresistible. Guardemos silencio sobre nuestros principios cuando así lo requiera la prudencia, cuando nos lo exija nuestra temporaria impotencia ante una fuerza enemiga, pero seamos despiadadamente coherentes en nuestras acciones. En ello reside la salvación de la revolución.

Capítulo 7
La revolución por decreto está destinada al fracaso

La razón principal por la cual todas las autoridades revolucionarias del mundo han logrado tan poco en el camino hacia la revolución es que siempre han querido crear la revolución por sí mismas, por su propio poder, circunstancia que nunca deja de provocar dos graves consecuencias.

En primer lugar, se restringe fuertemente la actividad revolucionaria, pues hasta a las autoridades revolucionarias más inteligentes, más enérgicas y más sinceras les es imposible abarcar simultáneamente la inmensa cantidad de problemas e intereses que agitan a la revolución.

Toda dictadura, ya sea individual o colectiva, en medida en que esté en manos de uno o varios funcionarios, es necesariamente demasiado circunscripta, demasiado ciega e incapaz de alcanzar la profundidad de la vida del pueblo o de comprender su alcance, así como al navío de altura más grande y poderoso le es imposible medir la profundidad y la extensión del océano. En segundo lugar, todo acto de una autoridad oficial, impuesta legalmente, despierta inevitablemente en las masas un sentimiento de rebeldía, una legitima contrarreacción.

¿Qué deben hacer las autoridades revolucionarias –y trataremos de tener las menos posibles–, para organizar y extender la revolución? Impulsar a las masas a la acción. Ese debe ser su objetivo y no las autoridades mismas, por decreto revolucionario, tratar de imponer al pueblo ninguna organización, sino más bien tratar de que éste se dé organizaciones autónomas. Esto puede lograrse obteniendo influencia sobre los individuos más inteligentes y avanzados, que tengan ascendiente en cada localidad, de manera que esas organizaciones coincidan con nuestros principios tanto como sea posible. En esto reside todo el secreto de nuestro triunfo.

¿Quién duda de que ese trabajo esté lleno de inmensas dificultades? ¿Acaso alguien piensa que la revolución es un juego de niños y que puede llevarse a cabo sin superar innumerables obstáculos? Los revolucionarios de nuestros días nada –o muy poco– pueden encontrar de guía en las tácticas y procedimientos revolucionarios de los jacobinos de 1793. La rutina revolucionaria los llevaría a lo mismo. Deben actuar sobre la base de la experiencia vivida; deben crear todo de nuevo.

Vuelvo ahora al tema del campesinado. Ya he dicho que el pretendido apego del campesinado al emperador no me asusta. No se trata de un apego profundo ni real. Es simplemente una manifestación negativa de su odio contra la clase media propietaria y contra la burguesía urbana. Esa adhesión, por consiguiente, no puede significar mucho en el camino de la revolución social.

El argumento principal y definitivo de los trabajadores urbanos contra el campesinado es la avaricia de éste, su craso egoísmo, su adhesión a propiedad individual de la tierra. Los trabajadores que dirigen estos reproches al campesinado deberían preguntarse: ¿Quién no es egoísta? ¿Quién, en la sociedad actual, no se aferra a la pequeña propiedad que logró adquirir y que le garantiza –ante el caos económico reinante y ante el egoísmo de su prójimo– su propia existencia y la de los suyos?

Los campesinos no son comunistas, eso es completamente cierto. Temen, odian, a los partidarios de la división de la propiedad, pues tienen algo para mantenerse, al menos en su imaginación, y la imaginación es un gran poder generalmente subestimado por la sociedad. Los obreros, cuya gran mayoría no tienen ninguna propiedad, se hallan infinitamente más inclinados hacia el comunismo y eso es muy natural. El comunismo de los obreros es tan natural como el individualismo de los campesinos; nada hay aquí que merezca elogio, por una parte, o desprecio por otra. Ambos, con sus ideas, con sus sentimientos, son producto de medios diferentes. Y, por otra parte, ¿son comunistas todos los trabajadores urbanos?

No hay necesidad de quejarse, de despreciar o de desdeñar a los campesinos. En cambio, es necesario establecer una línea de conducta que anule la dificultad para convertirlos y que no sólo evite que su individualismo los arroje al bando de la reacción sino que además los haga útiles para el triunfo de la revolución.

Recuerden, queridos amigos, y repítanse cien veces, mil veces por día, que de la adopción de esa línea de conducta depende el resultado de la revolución, la victoria o el fracaso.

Estarán de acuerdo conmigo en que ya no queda tiempo para convertir a los campesinos por medio de la propaganda teórica. Sólo existe entonces, aparte de los medios que ya he propuesto, el terrorismo de las ciudades contra los pueblos. Esa medida es estimada por todos nuestros amigos, los obreros de los grandes centros de Francia, quienes no comprenden y ni siquiera sospechan que han tomado ese instrumento de revolución, iba a decir de reacción, del arsenal del jacobismo revolucionario, y que si nunca tienen la desgracia de aprovecharse de ello, se destruirán así mismos, y lo que es más, habrán destruido la propia revolución ¿Pues cuál sería la consecuencia inevitable y fatal de esa táctica? Simplemente, que toda la población rural, los diez millones de campesinos, se pasarían al bando de la reacción, reforzándola con sus masas imponentes e invencibles.

En esto, como en muchos otros sentidos, considero la invasión prusiana como un elemento venturoso para Francia y para la revolución social mundial. Si esa invasión no hubiera tenido lugar y si la revolución en Francia se hubiera producido sin su concurso, los socialistas franceses habrían intentado nuevamente, por su propia cuenta y riesgo, llevar a cabo una revolución para apoderarse del Estado. Eso sería completamente insensato, sería un paso fatal en lo que concierne al socialismo, pero seguramente los socialistas lo hubieran intentado, tanto se hallan imbuidos de los principios del jacobinismo.

Por consiguiente, entre otras medidas de seguridad pública decretadas por una convención de delegados urbanos, tratarían de imponer el comunismo o el colectivismo a los campesinos. Harían que toda la masa de campesinos, se rebelase y armarse contra ellos, y para aplastar el alzamiento se verían obligados a recurrir a un gran despliegue de fuerzas militares, bien organizadas y disciplinadas. En resumen, proporcionarían un ejército a la reacción y darían origen, crearían en su propio seno, una casta de militares reaccionarios, de generales ambiciosos. Con la máquina estatal así fortalecida, pronto tendrían un conductor para esa máquina: un dictador, un emperador. Todo esto sucedería fatalmente, pues está en la lógica de las cosas, no en la fantasía caprichosa de un individuo, y esa lógica nunca se equivoca.

Afortunadamente, las mismas circunstancias abrirán los ojos a los trabajadores urbanos y los obligarán a desechar el fatal sistema heredado de los jacobinos. Uno debería estar loco para desear volver, bajo las condiciones actuales, al terrorismo contra los campesinos. Si los campesinos se levantaran hoy contra las ciudades, éstas, y Francia con ellas, se hundirían en la ruina.

En la situación existente, el empleo del terrorismo, método tan estimado por los jacobinos, se ha vuelto obviamente imposible. Y los trabajadores franceses que no conocen otros métodos se hallan ahora sin saber qué hacer.

No creo que ni bajo las circunstancias más favorables los trabajadores urbanos tengan poder suficiente para imponer el comunismo o el colectivismo a los campesinos y nunca he querido esa forma de realizar el socialismo, pues odio cualquier sistema impuesto por la fuerza y amo la libertad sincera y fervientemente. Esa idea falsa y esa esperanza destruyen la libertad y constituyen el error fundamental del comunismo autoritario que, debido a la necesidad de la violencia regularmente organizada del Estado, conduce fatalmente a restablecer el principio de autoridad y a crear una clase estatal privilegiada.

El colectivismo sólo puede ser impuesto a esclavos y entonces se convierte en la negación de la humanidad. Entre las personas libres el colectivismo sólo puede darse en el curso natural de las cosas, por la fuerza de las circunstancias, no imponiéndolo desde arriba sino impulsándolo espontáneamente desde abajo, surgiendo necesaria y libremente cuando las condiciones del individualismo privilegiado –la política del Estado, los códigos de leyes civiles y criminales, la familia jurídica y los derechos de herencia, –hayan sido arrasadas por la revolución.

¿Cuáles son las quejas principales de los campesinos, las principales causas de su áspero y profundo odio hacia las ciudades?

1-Los campesinos sienten que en las ciudades se los menosprecia y ese desdén es sentido violentamente, hasta por los niños, y nunca se olvida.

2- Los campesinos creen –no sin un cúmulo de razones, aunque careciendo de experiencias y pruebas históricas suficientes para respaldar esa suposición, –que las ciudades quieren dominarlos y gobernarlos, a menudo explotarlos, e imponerles un orden político que ellos no comparten.

3- Además, los campesinos consideran a los trabajadores urbanos partidarios de la división de la propiedad y temen que los socialistas les confisquen su tierra, a la que aman por sobre cualquier otra cosa.

¿Qué deben hacer entonces los obreros para vencer esa desconfianza y esa animosidad de los campesinos? Ante todo, dejar de manifestarles desprecio; dejar de despreciarlos. Esto es necesario en bien de la revolución y de ellos mismos, porque el odio de los campesinos constituye un inmenso peligro. De no existir esa desconfianza y ese odio, hace ya mucho tiempo que hubiera triunfado la revolución, pues la animosidad que desgraciadamente existe en el campo contra la ciudad conforma, en todos los países, la base y la principal fuerza de la reacción. Por lo tanto, en interés de la revolución que emancipará a todos, los obreros deben dejar cuanto antes de despreciar a los campesinos. Deben hacerlo, además, por justicia, porque no tienen verdaderamente la menor razón para despreciarlos o aborrecerlos. Los campesinos no son parásitos holgazanes, son duros trabajadores, como lo son los proletarios urbanos, sólo que cumplen su labor bajo condiciones diferentes. Ante la burguesía, los obreros industriales deberían sentirse hermanos de los campesinos.

Los campesinos harán causa común con los obreros urbanos tan pronto se convenzan de que estos no pretenden imponerles su voluntad o un orden político y social inventado por las ciudades para mayor infelicidad de la campaña; se unirán a ellos tan pronto como adquieran la seguridad de que los obreros no tienen la menor intención de arrebatarles sus tierras.

Y bien, hoy es absolutamente necesario que los obreros renuncien realmente a esa pretensión y a esa intención y que lo hagan de modo que los campesinos lo sepan y queden completamente convencidos de ello. Los obreros deben olvidar esas pretensiones, pues aun cuando parecieran practicables, son injustas y reaccionarias en extremo, y ahora que se torna imposible realizarlas sería una locura criminal hacer el menor intento en ese sentido.

¿Con qué derecho los obreros habrían de imponerles a los campesinos una forma cualquiera de gobierno o de organización económica? Se dice que con el derecho de la revolución, pero la revolución deja de serlo cuando actúa como déspota y cuando, en vez de promover la libertad en las masas, provoca en el seno de

éstas la reacción. El significado y la condición de la revolución, si no su propósito, es la aniquilación del principio de autoridad en todas sus posibles manifestaciones, la abolición, la destrucción completa y si fuere necesario, la destrucción violento del Estado. Pues éste, hermano menor de la Iglesia, como lo ha probado Proudhon, es la consagración histórica de todos los despotismos, de todos los privilegios, la razón política de toda esclavización económica y social, la esencia y el núcleo de toda reacción. Por consiguiente, siempre que se construye un Estado en nombre de la revolución, son la reacción y el despotismo los que están siendo fomentados y no la libertad; y como resultado se establecerán privilegios en contra de la igualdad.

Esto es claro como la luz del día. Pero los trabajadores socialistas de Francia, formados con las tradiciones políticas del jacobinismo, nunca han querido comprenderlo. Ahora estarán obligados a hacerlo y será una suerte para la revolución y para ellos mismos. ¿De dónde proviene esa pretensión tan ridícula como presuntuosa, tan injusta como perjudicial, de imponer una idea política y social sobre diez millones de campesinos que no la quieren? Claramente, eso es otra herencia burguesa, un legado del revolucionarismo burgués. ¿Cuál es la base, la explicación, la teoría que subyace a esta pretensión? Es la supuesta o real superioridad de la inteligencia, de la educación; en una palabra, la supuesta o real superioridad de la civilización de los obreros urbanos sobre la de la población rural.

¿Pero, ustedes comprenden que con ese principio se puede justificar fácilmente cualquier tipo de conquista y de opresión? La burguesía siempre ha recurrido a ese principio para probar su visión y su derecho de gobernar o, lo que es lo mismo, de explotar al mundo del trabajo. En las luchas entre naciones así como entre clases, ese principio fatal –que no es otro que el principio de autoridad–, explica y legitima todas las invasiones y conquistas. ¿Acaso los alemanes no esgrimieron siempre este principio para justificar su amenaza a la libertad y la independencia de los pueblos eslavos y su intento de germanización violenta y forzada sobre estos? Constituye, dicen ellos, la victoria de la civilización sobre la barbarie.

¡Cuidado!, los alemanes ya comienzan a advertir que la civilización germánica protestante es muy superior a la civilización católica de los pueblos de raza latina, en general, y

a la civilización francesa, en particular. ¡Cuidado!, no sea que muy pronto se imaginen que tienen la misión de civilizarlos y hacerlos felices, tal como vosotros imagináis que es vuestra misión civilizar y emancipar por la fuerza a vuestros compatriotas, a vuestros hermanos, los campesinos de Francia. Para mí, una y otra pretensión son igualmente odiosas y declaro que, tanto en las relaciones internacionales como en las relaciones de una clase con otra, siempre estaré del lado de aquellos a quienes se quiera civilizar con ese procedimiento. He de sublevarme con ellos contra todos los civilizadores arrogantes, así se llamen obreros o alemanes, y al volverme contra ellos he de ponerme al servicio de la revolución y en contra de la reacción.

Pero si así son las cosas, se dirá ¿hay que abandonar a los campesinos, ignorantes y supersticiosos como son, a todas las influencias y a todas as intrigas de la reacción? De ninguna manera. Hay que destruir a la reacción en el campo así como hay que destruirla en las ciudades, pero para alcanzar esa finalidad no basta con decir: queremos matar a la reacción. Hay que matarla, extirparla de raíz y nada se extirpa por decreto. Muy por el contrario, y puedo probarlo con la historia, los decretos y en general todos los actos de la autoridad no extirpan nada, y en cambio eternizan aquello que quieren matar.

¿Qué se deduce de ello? Que como en el campo no se puede imponer la revolución, hay que producirla promoviendo el movimiento revolucionario a partir de los mismos campesinos, impulsándolos a destruir con sus propias manos el orden público y todas las instituciones políticas y civiles y a constituir y organizar en el campo la anarquía.

¿Pero, que debe hacerse? Existe sólo un camino, el de revolucionar el campo así como la ciudad ¿Quién lo hará? La única clase que actualmente es el verdadero agente de la revolución es la clase trabajadora de las ciudades.

¿De qué modo pueden emprender los trabajadores urbanos la tarea de revolucionar el campo? ¿Enviarán trabajadores a cada pueblo, como apóstoles de la república? ¿De donde obtendrán el dinero necesario para cubrir los gastos de la propaganda? Es cierto, los prefectos, los subprefectos y los comisarios generales pueden enviarlos a expensas del Estado, pero entonces esos emisarios no serían delegados del mundo del trabajo sino del Estado y esto alteraría totalmente su papel y la naturaleza

de su propaganda. Esta tendría un carácter reaccionario y no revolucionario, puesto que lo primero que tendrían que hacer sería inspirar en los campesinos confianza hacia la autoridad recientemente establecida o hacia aquellas autoridades que subsistieran del antiguo régimen; eso sería inspirarles confianza en las autoridades bonapartistas, cuya acción perjudicial todavía pesa fuertemente sobre el campo. Empero, es evidente además que los prefectos, los subprefectos y los comisarios generales, actuando según la ley natural que hace a todos preferir lo más acorde con su naturaleza y no lo que es contrario a ella, seleccionarían para cumplir el papel de propagandistas de la república a los trabajadores menos revolucionarios, a los más más dóciles y a los más condescendientes. Sería nuevamente la reacción actuando bajo el estandarte del trabajo. Como hemos dicho, sólo la revolución puede revolucionar al campo.

Por último, debe agregarse que la propaganda individual aun cuando fuera realizada por la más revolucionaria del mundo, no puede ejercer una gran influencia sobre los campesinos. Estos no responden mucho a la retórica, pues las palabras, cuando no les llegan como una manifestación de fuerza y acompañadas por hechos, siguen siendo para ellos sólo meras palabras. El obrero que simplemente se limitase a arengar los campesinos, correría el riesgo de convertirse en el hazmerreír de cualquier pueblo y sería expulsado por burgués.

Capítulo 8
Programa revolucionario para los campesinos

Hay que enviar agitadores al campo, como voceros de la revolución. La regla general al respecto es que quien quiera propagar la revolución debe comenzar por ser él mismo verdaderamente revolucionario. Uno debe tener el anarquismo dentro para ser capaz de sublevar a las masas, de otra manera, sólo se hacen discursos huecos y ruidos estériles, pero no actos revolucionarios. Por consiguiente, los agitadores deben estar revolucionariamente inspirados y organizados; deben llevar la revolución en su mente y en su corazón si quieren promoverla y suscitarla. Luego deben elaborar un plan, una línea de conducta acorde con el propósito que se formularon a sí mismos.

¿Cuál es ese propósito? Es no imponer la revolución a los campesinos, sino provocarla y hacerla surgir en ellos. Una revolución que es impuesta sobre el pueblo –ya sea por un decreto oficial o por la fuerza de las armas–, no es una evolución sino su opuesto, pues provoca necesariamente la reacción. Al mismo tiempo, los agitadores deben presentarse en el campo como una fuerza respetable y capaz de hacerse respetar, no, por supuesto, para emplear la violencia sobre los campesinos sino para quitarles las ganas de reírse y maltratarlos antes de haberlos escuchado. Los campesinos son algo toscos y burdos y las naturalezas así son fácilmente arrastradas por el prestigio y las manifestaciones de fuerza, aunque puedan muy bien rebelarse contra ella si se les imponen condiciones que vayan en contra de sus instintos y de sus intereses.

Ante eso deben estar prevenidos los agitadores. Deben recordar que no están para imponer nada, sino para estimular y animar. Naturalmente, lo que pueden y deben hacer al comienzo es eliminar todo lo que pueda entorpecer una propaganda eficaz. Por lo tanto, su primera tarea será destruir sin derramamiento de sangre toda la administración municipal

–necesariamente infiltrada por elementos bonapartistas, orleanistas y legitimistas–, apresando, deportando y si fuera necesario encarcelando a los burócratas municipales así como a todos los grandes terratenientes reaccionarios –y a los sacerdotes conjuntamente–, por ninguna otra razón que su connivencia secreta con los prusianos. La municipalidad legal debe ser reemplazada por un comité revolucionario formado por un reducido número de campesinos, los más enérgicos, los más sinceramente convertidos a la causa de la revolución.

Pero antes de constituir ese comité, habrá que haber provocado un gran cambio en los sentimientos de la gran mayoría de los campesinos, si no en todos ellos. Es esencial que esa mayoría se apasione por la revolución. ¿Cómo puede producirse ese milagro? Por interés. Se dice que el campesino francés es codicioso. Muy bien, esa codicia debe ser apuntada a los intereses de la revolución. Hay que ofrecerles y darles de inmediato grandes ventajas materiales.

Existe un solo medio para llevar a cabo este programa: hablarles e impulsarlos hacia donde los guíen sus propios instintos. Ellos aman la tierra; pues que la tomen y que echen de ella a todos los propietarios que la explotan gracias al trabajo ajeno. No sienten el menor gusto en pagar hipotecas impuestos; que no los paguen más. Que aquellos que no se preocupan por pagar sus deudas privadas dejen de ser obligados a pagarlas. Por último, aborrecen la conscripción; pues que no se los obligue a proporcionar soldados al ejército.

Pero, ¿quién habrá de combatir a los prusianos? Al respecto no temáis nada; cuando los campesinos hayan sentido y experimentado las ventajas de la revolución, darán para defenderla más dinero y más hombres que los que podría obtener de ellos la acción común del Estado o las medidas extraordinarias adoptadas por él. Los campesinos harán contra los prusianos lo mismo que hicieron en 1792. Para ello deben obsesionarse con la furia de la resistencia y sólo una revolución anarquista puede infundirles ese espíritu.

¿Al permitir que se repartan las tierras arrancadas a los propietarios burgueses, no se establece sobre un fundamento nuevo y más sólido la propiedad privada? De ninguna manera, pues carecerá de la consagración jurídica y política del Estado, en la medida en que el Estado y toda la institución jurídica, la defensa

de la propiedad por el Estado, el derecho de familia, incluida la ley de herencia, habrán necesariamente desaparecido en el inmenso torbellino de la anarquía revolucionaria. Ya no habrá derechos políticos ni jurídicos; sólo habrá hechos revolucionarios.

Pero, dirán, en ese caso será la guerra civil, pues si la propiedad privada no va a ser garantizada de ninguna manera y por ningún poder externo, ya sea político, administrativo, jurídico o policial, sino que va a ser defendida sólo por los esfuerzos de los propietarios, todos querrán apoderarse de la propiedad de los demás y el más fuerte despojará al más débil.

¿Pero qué evitará que los más débiles se unan para despojar al más fuerte?

Sin duda, al comienzo las cosas no se desarrollarán apaciblemente, sobrevendrá un período de agitación y lucha. El orden social, santo de los santos para la burguesía, se verá alterado y los resultados inmediatos derivados de este estado de cosas podrán aproximarse mucho a lo que se llama guerra civil.

¿Por qué estigmatizáis, porque teméis tanto la guerra civil? Me pregunto, tomando a la historia como guía, ¿fue la guerra civil o el orden impuesto por algún gobierno tutelar el que produjo grandes pensamientos, grandes caracteres, grandes naciones? ¿Acaso por la fortuna de haberse escapado de la guerra civil durante los últimos veinte años tienen ustedes una gran nación, que no es tan indefensa como para que los prusianos puedan tragarla de un bocado?

Volviendo al tema del campo, les pregunto: ¿Quieren ver a diez millones de campesinos unidos contra ustedes en una masa sólida y compacta, impulsada por un odio compartido suscitado por sus decretos y su violencia revolucionaria? ¿O preferirían, en cambio, que esa revolución anarquista provocara en sus filas una profunda escisión que les permitiera formar un poderoso partido entre ellos? ¿No ven, pues, que los campesinos son tan atrasados precisamente porque la guerra civil todavía no los ha dividido? Su masa compacta es simplemente un rebaño humano, muy poco capaz de desarrollo y casi impermeable a la propaganda ideológica. La guerra civil, por el contrario, al dividir esa masa compacta, engendra ideas, creando una diversidad de intereses y aspiraciones. Los campesinos no carecen de alma o de instintos humanos, pero carecen de espíritu. Pues bien, la guerra civil ha de dárselo.

La guerra civil, en el campo, abrirá de par en par las puertas a la propaganda de las ideas revolucionarias y socialistas. Ustedes tendrán, repito, lo que no tienen aún: un partido, y en él podrán organizar de manera amplia un verdadero socialismo, una colectividad inspirada y animada por la más completa libertad.

No teman que la guerra civil y la anarquía conduzcan a la destrucción de las poblaciones campesinas. En toda sociedad existe mucho instinto de conservación, de inercia colectiva, que la protege contra el peligro de aniquilación y que precisamente hace tan lento y difícil el progreso de la acción revolucionaria. La sociedad europea de hoy, en los pueblos así como en las ciudades, inclusive más en los pueblos, se ha quedado dormida, bajo el tutelaje del Estado ha perdido toda energía, todo poder e independencia de acción y de pensamiento. Unas pocas décadas más en esas condiciones y ese sueño puede terminar en la muerte.

No teman que los campesinos se devoren entre sí porque la autoridad pública y el derecho penal y civil dejen de contenerlos. Tal vez al comienzo traten de hacerlo, pero no han de tardar en convencerse de la imposibilidad material de seguir por ese camino y entonces procurarán entenderse, transigir y organizarse. La necesidad de comer y de dar de comer a su hijos y, por consiguiente, la necesidad de trabajar la tierra y proseguir con todas las labores del campo, así como la necesidad de proteger su hogar, su familia y su propia vida contra ataques imprevistos; todo ello ha de obligarlos indudablemente a entrar en algún tipo de acuerdo mutuo.

Y no crean que si estos acuerdos se concertan fuera del tutelaje de una autoridad oficial y se producen por la fuerza de las circunstancias, los campesinos más fuertes y más ricos ejercerán una influencia predominante. Una vez que la riqueza de los ricos no está protegida por las leyes, dejará de ser un poder. Los campesinos ricos son actualmente poderosos porque están amparados por los funcionarios del Estado, porque son respaldados por el Estado. Con la desaparición de éste, ese respaldo y ese poder también desaparecerán. En cuanto a los campesinos más astutos y económicamente más fuertes, tendrán que dar paso al poder colectivo de las masas campesinas, del gran número de campesinos pobres, una masa hoy esclavizada y reducida a un sufriente silencio, pero que la anarquía revolucionaria volverá a la vida y dotará de un poder irresistible.

La guerra civil, tan funesta para el poder de los Estados, es, por el contrario y justamente por esa causa, siempre favorable para despertar la iniciativa popular y al desarrollo intelectual, moral e incluso material del pueblo. La razón de ello es muy sencilla: la guerra civil perturba y trastorna esa disposición de carnero de las masas, tan cara a todos los gobiernos, que convierte a los pueblos en rebaños a los que se esquilma a voluntad. La guerra civil rompe la monotonía embrutecedora de su existencia cotidiana, rutinaria y desprovista de pensamiento, obligando a las masas a reflexionar sobre las pretensiones de los distintos príncipes o partidos que se disputan el derecho de oprimirlas y explotarlas. Y eso a menudo las lleva a comprender, si no en forma consciente, sí al menos instintiva, la verdad profunda de que ninguno de los partidos rivales tiene derecho sobre ellas y que todos son igualmente malos.

Además, en el momento en que despierta la mente colectiva del pueblo, que por lo general se mantiene en un estado de sopor, necesariamente se hace sentir en otros aspectos. Se agita, rompe con su inercia terrena y, trascendiendo los límites de una fe mecánica, sacudiéndose el yugo de las representaciones tradicionales y petrificadas que han ocupado el lugar de los verdaderos pensamientos, somete todos sus ídolos de ayer a una ferviente y severa crítica, guiada por su propio sentido común y por su equitativa conciencia, a menudo más valiosa que la ciencia.

Así despierta la mente del pueblo y con ese despertar llega el instinto tan humano y sagrado de la rebeldía, origen de toda emancipación; simultáneamente se desarrollan en él la moral y la prosperidad material, esos dos hijos gemelos de la libertad. Esa libertad, tan beneficiosa para el pueblo, encuentra apoyo, garantía y aliento en la propia guerra civil, que, al dividir las fuerzas de los opresores, de los explotadores, tutores y amos del pueblo, socava necesariamente el nefasto poder de unos y de otros.

¿Pero la guerra civil no paralizara la defensa de Francia, pese a ser ventajosa desde otros puntos de vista? Esta lucha interna entre los habitantes de cada comunidad, agravada por la lucha entre las comunas, ¿no va a entregar a Francia en las manos de los prusianos? De ningún modo. La historia demuestra que las naciones nunca se sintieron tan poderosas en sus relaciones con el exterior como cuando se encontraban profundamente agitadas y revueltas en su vida interna. Y por el contrario, nunca fueron

tan débiles como cuando aparecían unidas bajo una autoridad o cuando algún tipo de armonía prevalecía aparentemente en ellas. Eso es muy natural: la lucha es vida y la vida, es poder.

Para convencerse de esto sólo hay que comparar dos épocas –o más bien cuatro épocas–, de la historia francesa: primero, la Francia surgida de *La Fronde*, desarrollada y templada por las luchas de *La Fronde*; después, la Francia del temprano reinado del joven Luis XIV contra la Francia de los últimos años de su reinado, con la monarquía firmemente, establecida, unida y pacificada por el Gran Rey. Comparen la primera Francia, resplandeciente de victorias, con la segunda Francia, marchando de derrota en derrota.

Asimismo comparen la Francia de 1792 con la Francia de hoy. En 1792 y en 1793, Francia a estaba desgarrada por la guerra civil; una conmoción violenta, una lucha a muerte cubrían toda la república. Empero, Francia rechazó exitosamente la invasión de casi todos los demás poderes europeos. Sin embargo, en 1870 la Francia del Imperio, unida y pacificada, fue derrotada por el ejército alemán y se desmoralizó hasta tal punto que uno debe temer hoy por su existencia.

Capítulo 9
El mañana de la revolución social

Los hombres, que son preeminentemente animales carnívoros, han comenzado su historia con la antropofagia. Hoy aspiran a la asociación universal, a la producción colectiva y al consumo colectivo de la riqueza.

Pero entre esos dos puntos extremos ¡que horrible y sangrienta tragedia! Y aún no se vislumbra el fin. Después de la antropofagia vino la esclavitud, luego la condición de siervo, luego la de asalariado, a la que deberá suceder el día terrible de la justicia, y más tarde, mucho más tarde, la era de la fraternidad. Estas son las fases a través de las que la lucha animal por la vida se transforma gradualmente, durante el desarrollo histórico, en una organización humana de la vida.

El futuro, el lejano futuro, pertenece en primer lugar a la Internacional europeo-americana. Más tarde, mucho más tarde en verdad, esta gran nación europeo-americana se unirá organizadamente con el conglomerado asiático y africano. Pero eso se halla demasiado distante, para ser analizado aquí de manera concreta y precisa.

Lo que nosotros pedimos es que se proclame nuevamente el gran principio de la Revolución Francesa: que cada hombre tenga los medios materiales y morales para desarrollarse totalmente. Ese principio, en nuestra opinión, debe ser transformado en la siguiente tarea:

Organizar una sociedad de tal manera que cada individuo, hombre o mujer, encuentre al nacer los mismos medios para lograr el desarrollo de sus facultades y el aprovechamiento pleno de su trabajo; la de crear una sociedad en la que a todo individuo le sea imposible explotar el trabajo de los demás y en la que todo individuo pueda gozar de la riqueza social, la cual en realidad es producida sólo por el trabajo colectivo, en la medida en que contribuya directamente a la creación de esa riqueza.

Por cierto que la realización de esa tarea llevará siglos. Pero la historia ya la ha planteado y desde ahora en adelante no podemos ignorarla sin condenarnos a la más completa impotencia.

Nos apresuramos a agregar aquí que rechazamos vigorosamente cualquier intento de organización social que no admita la más plena libertad de los individuos y de las organizaciones o que requiera un poder regimentador cualquiera. En nombre de la libertad, a la que reconocemos como único fundamento y único principio de cualquier organización, sea económica o política, protestamos contra todo lo que se asemeje aun remotamente a un comunismo de Estado o a un socialismo de Estado.

Todas las clases están destinadas a desaparecer con la revolución social, con la excepción de dos, los proletariados urbano y rural, que se convertirán en propietarios, sin duda en forma colectiva, bajo las diversas formas y condiciones determinadas en cada localidad, en cada región y en cada comuna, por el grado de civilización existente y por la voluntad popular. El proletariado urbano se convertirá en propietario del capital y de los medios de trabajo, y el proletariado rural, de la tierra que cultiva con sus propias manos. Ambos, impulsados por sus mutuos intereses y necesidades, se organizarán y, necesaria y naturalmente, se compensarán uno a otro en forma justa y totalmente libre.

La organización de la sociedad mediante la libre federación, desde abajo hacia arriba, de las asociaciones de trabajadores, industriales y agrícolas así como científicas, artísticas y literarias, primero en una comuna, luego de comunas en regiones, de regiones en naciones y de naciones en una fraternal asociación internacional.

La tierra pertenece a aquellos que la cultivan con sus propias manos, pertenece a las comunas rurales. El capital y todos los medios de producción pertenecen al trabajador urbano, a las asociaciones de trabajadores. Toda la organización del futuro no debe ser otra cosa que una libre federación de trabajadores, tanto rurales como fabriles y artesanos.

No afirmo que los pueblos, reorganizados de esta manera, libremente organizados desde abajo hacia arriba, crearán inmediatamente una organización ideal, coincidente en todo sentido con el tipo de organización que imaginamos o soñamos. Pero sí estoy convencido de que será una organización muy superior y más justa que la actual. Además, estando, por una parte, abierta a la propaganda activa de las ciudades y, por otra, tratándose de un tipo de organización que no puede fijarse o, por decirlo así, petrificarse debido a la protección del Estado o de la ley –pues entonces no existirá ni Estado ni ley–, cada nueva organización local que surja en los pueblos será capaz de procesar libremente y de continuar ese desarrollo en forma indefinida. No dejará de ser, simultáneamente, una organización viviente y libre y no producida ni promovida por decreto o por ley, y será capaz de desarrollarse hasta cualquier grado.

Como la vida y la acción espontánea, paralizadas durante siglos por obra del omnipotente Estado, van a ser devueltas a las comunas en virtud de la abolición del Estado, es natural que cada comuna tome como punto de partida de su nuevo desarrollo no la situación intelectual y moral adscripta a ella por la mentira oficial, sino el estado real de civilización. Y puesto que el grado de civilización real difiere mucho entre una y otra comuna francesa, así como entre las comunas del resto de Europa, necesariamente se darán diferencias importantes entre la velocidad de sus desarrollos progresivos, lo que puede llevar al comienzo a una guerra civil entre comunas y luego, inevitablemente, a su mutuo acuerdo, al desarrollo de una comprensión mutua, al equilibrio social y a la armonía. Aparecerá entonces una nueva vida y un nuevo mundo.

El ideal aparece para el pueblo, en primer lugar, como fin de la pobreza y como plena satisfacción de todas sus necesidades materiales por medio del trabajo colectivo, obligatorio e igual para todos.

El trabajo mental aislado, así como todo trabajo intelectual, en el campo de la investigación y de la invención, no debe ser retribuido. ¿Pero cómo se arreglarán entonces para vivir los hombres de talento, los hombres de genio? Por supuesto, vivirán realizando un trabajo manual y colectivo como todos los demás. ¿Acaso se quiere someter a las grandes inteligencias a la "indignidad" del trabajo manual, al mismo trabajo de las mentes inferiores? Sí, precisamente queremos eso por dos razones: primero, estamos convencidos de que las grandes inteligencias, lejos de perder, ganarán, por el contrario, mucho en salud y vigor mental y, sobre todo, en espíritu de solidaridad y de justicia; y segundo, porque nos parece éste el único medio para elevar y humanizar el trabajo manual e instituir así una verdadera igualdad entre los hombres.

Nos parece un error creer, como lo hacen algunos, que después de la revolución social todos serán igualmente sabios. La ciencia, tal como hoy, seguirá siendo uno de los numerosos campos especializados, con la diferencia de que esa especialidad, accesible en la actualidad sólo a los individuos pertenecientes a las clases privilegiadas, será luego, –cuando desaparezcan las distinciones de clase para siempre– accesible a todos los que tengan vocación o deseo de estudiar, pero no a expensas del trabajo común manual, que será obligatorio para todos.

Únicamente la instrucción científica general se convertirá en patrimonio común; principalmente el conocimiento general del método científico, el aprendizaje de la forma de pensar de la ciencia, es decir, de generalizar a partir de los hechos y extraer de ellos conclusiones válidas en mayor o menor grado.

Sin embargo, se nos pregunta: ¿si todos van a ser educados, quienes querrán trabajar? Nuestra respuesta es simple: todos trabajarán y todos serán educados. El conocimiento del sabio se tornará más fecundo, más útil, tendrá mayor alcance cuando ya no desconozca el trabajo físico, y la labor del obrero instruido será realizada más inteligentemente y, por consiguiente, será también más productiva que la realizada por un obrero ignorante. De aquí se desprende que redunda en beneficio tanto del trabajo como de la ciencia que no existan más trabajadores ni científicos, sino únicamente hombres.

Es posible y hasta probable que en el período de transición más o menos prolongado que naturalmente seguirá a la estela de una gran crisis social, las ciencias más elevadas descenderán a un nivel mucho más bajo del que tienen en este momento. ¿Lo que la ciencia pierde en excelsitud sublime, no lo ganará acaso ampliando su base? Sin duda, al comienzo habrá menos científicos ilustres, pero se habrá reducido en gran medida la cantidad de personas ignorantes. No existirán más unos pocos agraciados que alcanzan los cielos, sino que en su lugar habrá millones que ahora se encuentran aplastados por sus condiciones de vida; ellos recorrerán el mundo como hombres libres y orgullosos de sí mismos. No existirán semidioses, pero tampoco habrá esclavos. Los semidioses y los esclavos se habrán humanizado; los primeros descenderán algo y los otros se elevarán mucho. No habrá lugar entonces para la divinización ni para el desprecio. Todos los hombres se unirán y marcharán con sano vigor hacia nuevas conquistas de la ciencia y de la vida.

El socialismo emprenderá una guerra despiadada contra las "posiciones sociales", pero no contra los hombres. Y una vez que esas posiciones hayan sido destruidas, la gente que las había ocupado, ya desarmada y desprovista de todo medio de acción, se volverá inocua y mucho más débil, que el obrero más ignorante. Su poder actual no reside en ellos como tales ni en sus cualidades intrínsecas, sino en su riqueza y en el respaldo que obtienen del Estado.

La revolución social, entonces, no sólo los perdonará, sino que, habiéndolos derribado y despojado de sus armas, los incorporará nuevamente y les dirá: "Y ahora que ustedes se han convertido en nuestros iguales, queridos camaradas, prepárense a trabajar junto a nosotros. En el trabajo, como en todo lo demás, es el primer paso el más difícil y los ayudaremos fraternalmente a superar esa dificultad". Pues cualquier persona que siendo fuerte y gozando de buena salud no quiera ganar su sustento trabajando, tendrá el derecho a dejarse morir de hambre, en el caso de que no se resigne a una humilde y miserable existencia como protegido de la caridad pues seguramente no se le negará la satisfacción de sus necesidades básicas.

En cuanto a sus hijos, no hay duda de que se convertirán en bravos trabajadores, en hombres libres e iguales. En la sociedad habrá ciertamente menos lujo, pero mayor riqueza, y aún más, habrá una clase de lujo ahora ignorada por todos: el lujo de la humanidad, la felicidad del desarrollo integral y de la plena libertad de todos en la igualdad de todos.

Todas las otras clases [excepto el proletariado rural y urbano] deben desaparecer de la faz de la tierra; deben desaparecer no los individuos que las componen sino las clases. El socialismo no es cruel, es mil veces más humano que el jacobinismo, es decir, que la revolución política. No está dirigido contra los individuos, ni aun contra los más abominables, pues comprende muy bien que todos los individuos, buenos o malos, son producto inevitable de la posición social creada para ellos por la sociedad y por la historia. En verdad, los socialistas no son capaces de evitar que la gente, en los primeros días de la revolución, dé rienda suelta a su furia suprimiendo a sus enemigos más odiosos, más feroces y peligrosos. Pero una vez que pase el huracán, los socialistas se

opondrán con todo su poder, en un sentido político y jurídico, a una carnicería hipócrita perpetrada a sangre fría.

Al respecto, la revolución no es ni vindicativa ni sanguinaria. No exige la muerte, ni el exilio, ni siquiera deportaciones individuales de la pandilla bonapartista que, armada de medios poderosos y mejor organizados que la propia república, conspira abiertamente contra esa república, conspira contra Francia. La revolución exige sólo el encarcelamiento de todos los bonapartistas, simplemente una medida de seguridad pública hasta el fin de la guerra y hasta que esos bribones y sus mujeres devuelvan por lo menos el total de la riqueza que amasaron robando a Francia. Luego se les permitirá ir donde deseen; la revolución les dará incluso el dinero que les permita terminar normalmente sus días y ocultar su vergüenza. Como se puede ver, esto difícilmente puede llamarse una medida cruel, pero obviamente será muy efectiva y absolutamente necesaria desde el punto de vista del bienestar de Francia.

Tan pronto como la revolución comience a tomar un carácter socialista, dejará de ser cruel y sanguinaria. El pueblo no es de ninguna manera cruel; son las clases gobernantes las que siempre se han mostrado crueles. A veces el pueblo se levanta enfurecido contra todos los engaños, vejaciones, opresiones torturas de las que es víctima, y entonces atropella como un toro enfurecido, sin ver nada y demoliendo todo lo que halla en su camino. Pero esos son momentos muy raros y breves; habitualmente el pueblo es bueno y humano. Sufre demasiado para ocasionar sufrimientos a los demás.

Pero desgraciadamente el pueblo ha servido muy a menudo como instrumento de la furia sistemática de las clases privilegiadas. Todas las ideas nacionales, políticas y religiosas, en pro de las que ha derramado su propia sangre y la sangre de sus hermanos –los pueblos extranjeros–, siempre han servido sólo a los intereses de las clases privilegiadas, y se han convertido constantemente en medios de nuevas opresiones y explotación. En todas las escenas violentas de la historia de todos los países en que el pueblo, enfurecido hasta la locura, ha puesto su energía en la destrucción mutua, encontrarán invariablemente que detrás de esas masas hay agitadores y dirigentes de las clases privilegiadas: militares, nobles, sacerdotes y burgueses. No es entre el pueblo que uno debe buscar la furia fría, concentrada y organizada cruel y sistemáticamente, sino en los

instintos, las pasiones y las instituciones políticas y religiosas y en la aplicación inicua y despiadada de esas leyes.

Ya hablé de la furia de la burguesía en 1848. Asimismo, la saña de 1792, 1793 y 1794 fue exclusivamente burguesa. La famosa masacre de Avignon (octubre de 1791), que inauguró la era de los asesinatos políticos en Francia, fue ordenada y perpetrada, en parte, por los sacerdotes y los nobles y, en parte, por la burguesía.

Las carnicerías de Vendee llevadas a cabo por los campesinos también fueron dirigidas por nobles reaccionarios vinculados a la Iglesia. Sin excepción, los instigadores de las masacres de setiembre fueron todos burgueses y, lo que es menos conocido, los iniciadores de esas masacres y la mayoría de los principales asesinos implicados pertenecían a esa clase. Collot d'Herboils, Panis, el adorador de Robespierre; Chaumette, Bourdon, Fourquier-Tinville, esa personificación de la hipocresía revolucionaria y de la guillotina; Carrier, quien fue responsable de las represiones en Nantes, todos ellos fueron burgueses. Y el comité de Seguridad Pública, el terror frío, calculado, legal, la misma guillotina, todas fueron también instituciones burguesas. El pueblo tuvo el papel de espectador y, a veces, por desgracia, aplaudió tontamente esas exhibiciones de legalidad hipócrita y de furia política de la burguesía. Luego de la ejecución de Danton, inclusive el pueblo se convirtió en víctima de ella.

La revolución jacobina de 1792-94, revolución burguesa y exclusivamente política, estaba condenada a llevar a la hipocresía legal y a la solución de todas las dificultades y de todos los problemas por medio del victorioso argumento de la guillotina.

Si, a fin de extirpar la reacción, nos contentamos con atacar sus manifestaciones sin tocar las raíces y las causas que la vuelven a producir permanentemente, llegamos por fuerza a la necesidad de asesinar mucha gente, de exterminar, con o sin justificaciones legales, muchos reaccionarios. Esto, inevitablemente, hace que los revolucionarios, después de matar mucha gente, se vean conducidos a la triste convicción de que no se ha ganado nada y de que no se avanzó un solo paso hacia la concreción de su causa, sino que, por el contrario, se dio un vuelco perjudicial a la revolución al emplear esos métodos y se preparó el triunfo de la reacción. Y ocurre así por dos razones: primero, porque permaneciendo intactas las

causas de la reacción, ésta puede reproducirse y multiplicarse en nuevas formas; y segundo, porque antes de que transcurra mucho tiempo las carnicerías y masacres sangrientas pondrán contra ellos todo lo humano del hombre.

La revolución de 1793, diga lo que se diga de ella, no fue ni socialista ni materialista; tampoco fue, de ninguna manera, usando la pretensiosa expresión de M. Gambetta, una revolución positivista. Fue burguesa, jacobina, metafísica, política e idealista. Generosa y arrolladora en sus aspiraciones, pugnaba por una cosa imposible: establecer una igualdad ideal en el medio de la desigualdad material. Al tiempo que preservaba como fundamentos sagrados todas las condiciones de la desigualdad económica, creía poder unir y desarrollar a todos los hombres en un arrebatador sentimiento de fraternidad, de igualdad humana, intelectual, moral, política y social. Ese fue su sueño, su religión manifestada por el entusiasmo, por los actos inmensamente heroicos de sus mejores y más grandes representantes. Pero la realización de ese sueño era imposible porque iba en contra de todas las leyes naturales y sociales.

Índice